



José de Benito

Estampas de España e Indias

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José de Benito

Estampas de España e Indias

Panorama de las Españas

Parte de las estampas que vas a leer -si te place, lector, mi compañía- se asomaron al mundo viendo la luz santafereña de la altiplanicie andina de Bogotá. Luz de meseta castellana a comienzos de otoño, finamente perlada, que recortan de cuando en vez álamos blancos y cipreses solemnes, enmarcando los regatos que rezuman de los cerros próximos a la manera de serpientes plateadas en reposo.

El paisaje de meseta, abierto y amplio hacia Naciente, como el de la castellana tierra de Campos, hace vislumbrar el espejismo del mar, allá a lo lejos, cuando en la línea perdida del horizonte cabrillea la reverberación del sol en su cenit; y con los mismos ojos alucinados veía el autor, al otro extremo de ese mar irreal, el perfil imborrable de la piel de toro hispánica, tendida en el confín de Europa y sujeta a las aguas del estrecho por dos inmensas columnas: las de Hércules.

Era inevitable que la preocupación por España y la presencia material en Indias, ligara ambos temas, ligados, por otra parte, indisolublemente en una historia común, en hermandad de lengua, de religión, de hábitos y de creación.

La que todavía en mis años mozos -estudiante de geografía en la escuela- se llamara Santa Fe de Bogotá, no sé si por haberse escondido entre dos cordilleras andinas o por la solera de su raigambre hispana, no desmentida ni en el decir castizo, ni en recato de las santafereñas, ni en la caballería de los bogotanos, ha sido para el que escribió las páginas que siguen, un remanso de paz, un paréntesis de introspección. Un a modo de ejercicio espiritual -12- en el que tantas cosas se revisan y aprenden de uno mismo.

Los viejos rincones de la Santa Fe del reino de la Nueva Granada que aún hablan de alcabaleros y oidores a quien abre los sentidos a la Historia, fueron sedante necesario a nervios rotos por la tragedia que incendiara primero a España, luego a todo el mundo. Esos viejos rincones podían ser pedazos de Toledo, o de Valladolid en los tiempos en que la Corte o la Cancillería daban rango y jerarquía a aquellas capitales de Castilla. ¡Callejuelas pinas toledanas que, en Santa Fe, se trepan buscando las alturas del Monserrate o del cerro de Guadalupe! ¡Plazas enmarcadas por caserones, sobre cuyos dinteles desafían los años las armas de familias que salieron del Andalus para poblar el reino legendario de los chibchas que el licenciado Jiménez de Quesada, capitán y letrado granadino descubriera, subiendo, después de navegar aguas arriba el río grande de la Magdalena, los escalones imponentes

de los Andes! ¡Balcones coloniales y aleros corridos de los tejadillos que dan la única sombra del mediodía, en los de sol, y protegen del agua en los de lluvia! ¡Patios santafereños en que el sonido de los caños de las fuentes sobre el pilón central, traen a la memoria el callejón del Agua de Sevilla y las fuentes de los patios de Andalucía! ¡Pregones callejeros de lotería y de diarios y de dulces como los que se grabaron en mis oídos recorriendo las provincias españolas! ¡Soportales como los de Segovia y Salamanca, cuando se gana el tiempo perdiéndolo, en deambular por el barrio de la Candelaria! ¡Atardeceres melancólicos en los que el tañido de las campanas de la iglesia Tercera, o de la de San Diego invita a la meditación! ¡Primera estampa recoleta e hidalga, y por hidalga pobre y altiva!

Bogotá, la vieja, la de alma secular, la que acoge en su casa a quien, como los abuelos de sus actuales moradores, llega de las tormentas de España, hizo rebrotar en mí, con acendrada pasión, la memoria de muchas horas de nuestra historia. Aquellas horas se interpretan en este volumen de Estampas de España e Indias. Son pedazos de la larga existencia española como pueblo y como nación; vienen -13- a ser pinceladas vivas de paisajes, de ambiente y de gentes; es historia sin notas, sin erudición, pero con el calor humano que, en ocasiones, huye de la pluma de los historiadores; son apuntes de la pequeña historia de un gran pueblo sobre el que cayeron el resto de las naciones europeas en coalición que presidió durante tres siglos Inglaterra.

La Historia es Historia y a lo largo y a lo ancho del mundo, Inglaterra y España -los dos pueblos que desbordándose como el fecundo Nilo, llevaron sus ideas y sus mercancías en la proa y en las bodegas de sus naves a todos los rincones del planeta- se han encontrado muchas veces frente a frente. En tres siglos de luchas el practicismo inglés salió victorioso del, no por erróneo en veces, menos respetable idealismo hispano. En otras, anduvieron al mismo compás. Ni puede quedar rencor por lo pasado, ni la verdad histórica ha de ofender a nadie.

Cuando en 1808 el afán de dominio de Bonaparte lo llevó a sujetar a Europa y a poner sus miras en las Españas de América, lord Wellington y Juan Martín el Empecinado -la aristocracia inglesa y el pueblo español- se batieron uno junto a otro en los valles y en los montes iberos. La amenaza de servidumbre era común a ingleses y españoles y por luchar contra ella en España, Wellington se llamó duque de Ciudad Rodrigo. Poco antes, sin embargo, en Trafalgar, Nelson, el primer almirante de Inglaterra, ofrecía con la vida, la victoria a su patria mientras la impericia del almirante francés Villeneuve y el valor de Churrua, le brindaban a España otra de sus gloriosas derrotas. Poco después, cuando por inspiración del vizconde de Chateaubriand, el duque de Angulema con los cien mil hijos de San Luis entraba en España para acabar con el régimen liberal, Inglaterra presencia la ola de represalias de Fernando VII no sólo con desinterés, sino aprovechando la debilidad de España para fomentar las guerras de independencia de las naciones americanas. Ello estaba en la línea de sus conveniencias y nada había que decir: España, no hacía mucho, había ayudado a las colonias inglesas del norte de América a convertirse, al conquistar su independencia, en los Estados Unidos.

España se desangra durante el siglo XIX en las guerras civiles y en terribles luchas políticas que acaban de liquidar el antiguo imperio español. Cuba, Filipinas y las Carolinas se desgajan al cerrar el siglo, las primeras por la ayuda de Norteamérica, que así pagaba el apoyo recibido, mientras en Inglaterra la era victoriana, la habilidad de lord Beaconsfield - Disraeli- y el impulso comercial de la City de Londres, aseguran y estabilizan el imperio inglés. En los albores de este siglo España, maltrecha y dolorida, se encierra en su solar, perdido el pulso por la sangría inagotable, vuelve la espalda al mundo, sin una política internacional definida -por tanto sin amigos- y, con la sensación de cansancio y hastío por sus fracasos, se convierte en menos de cien años de ser la primera de las grandes potencias a una de las pequeñas de Europa.

Inglaterra había tenido su revolución de la que habían salido fortificadas sus instituciones fundamentales -Parlamento, Corona y Administración de Justicia-. Francia la lleva a efecto en 1789 para ofrecer al mundo, en medio de la sangre inevitable, una declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. España no había logrado nunca cuajar la suya. Primero en la lucha de las Comunidades para defender las libertades municipales (1519-20), más tarde ahogándose los brotes del sentido liberal. Hay dos momentos de esa sorda y secular contienda, en los que parece conseguido el milagro de liberalizar a España: el primero con el carlostercismo, cuyos ministros llegan a formular un plan de una comunidad de naciones hispanas -anticipo de la actual Commonwealth británica- que hubiera dado a los pueblos de raigambre española la conciencia política de su existencia en una amplia confederación; pero a Carlos III sucede Carlos IV, y a los ministros liberales les sucede Godoy. El segundo momento lo brinda la coyuntura de la Guerra de la Independencia. En Cádiz los españoles de España y los españoles de América formulan la Constitución de 1812, acordando perfecta igualdad para los pueblos de América y para España. De un total de ciento ochenta y dos diputados que se congrega en la isla de León, hay cincuenta y uno nacidos en tierras -15- americanas, y en 15 de octubre de 1810 las Cortes generales y extraordinarias confirman y sancionan «el inconcuso concepto de que los dominios españoles en ambos hemisferios forman una sola y misma monarquía, una misma y sola nación y una sola familia, y que, por lo mismo, los naturales que sean originarios de dichos dominios europeos o ultramarinos, son iguales en derechos a los de esta península». Ha de transcurrir más de un siglo para que las potencias coloniales lleguen siquiera a plantearse semejante problema de justicia con los naturales de sus dominios imperiales y en casi ninguna ocasión se acuerde el trato concedido por las Cortes de España.

Las dos coyunturas fueron desaprovechadas. Ésa ha sido siempre la tragedia de España, partida por gala en dos, entre los que en el siglo XIX se llamaron carlistas y cristianos. Unos y otros medularmente españoles, porque si algo ha habido que ha caracterizado al pueblo español desde los primeros días de nuestra historia, ese algo ha sido un acusado sentido de dignidad; de cumplimiento a lo pactado y de llegar a las últimas consecuencias, por desagradables que ellas fueran, en el mantenimiento de los ideales. Por eso nuestra España ha tenido una manera de trágico velo que impedía ver su fisonomía peculiar; una armadura superpuesta, residuo de la vieja organización feudal de la Edad Media, que, ocultando el estrato popular, siempre noble, de la nación, la ha presentado ante el mundo, en las aventuras de apetitos guerreros, como el prototipo de la crueldad, la negación de la comprensión y la prioridad de los intereses de unos pocos sobre los de la comunidad.

El autor declara que no ha tenido el menor propósito transcendental al dejar correr la pluma para ofrecer, con la mayor sinceridad y exactitud posible, las fugaces visiones que integran las Estampas de España e Indias. Fueron surgiendo espontáneamente al estudiar, más por placer y deleite propio que por construir un sistema, algunas de las figuras de la gesta trisecular de España. Las tres partes en que se agrupan responden a tres puntos de vista que muestran con claridad, a su juicio, el espíritu bajo el cual han nacido y se han ido reuniendo.

-16-

La rúbrica Aventureros en la corte y en Indias cobija a aquéllos que de la aventura, en su sentido de correr el riesgo por impulso del carácter, hicieron el norte de su existencia. De entre ellos, alguno, como Jiménez de Quesada, el descubridor y poblador de Nueva Granada, mereció renombre universal, sin alcanzarlo; quiénes, como Juan de Castellanos, el autor de Elegías de varones ilustres en Indias, o como Pedro Ordóñez de Ceballos, el clérigo andariego que nos dejó para solaz de sus lectores El viaje del mundo, asombraron a quienes de sus vidas tuvieron noticia cierta; otros, en fin, personajes secundarios, cuyas anécdotas pueden servir a la comprensión del momento histórico y del medio en que vivieron.

El título de la segunda parte, España, botín eterno ampara unas cuantas estampas del corso que en Indias expoliaba a España, quebrantando su poderío. No hay en ellas -lo verá el lector- actitud dolorida. Eran también el corso y la piratería, flor de aventuras no carente de corazón y de belleza. España fue, en efecto, como lo fuera Europa en cierta ocasión, para los cosacos del desierto, «espléndido botín». Las estampas de Francis Drake perfilan una lucha prodigiosa con nuestros navíos, en la que se forjó la más sólida reputación de marino de sus tiempos.

En la denominación Apuntes de la España liberal se comprenden personajes políticos y literarios de las Españas en el período que va del carlostercismo a la primera mitad del siglo XIX. En las notas de sus vidas se reflejan las dos Españas que han coexistido.

La España liberal se acertó a definir o dibujar como un límpido arroyo, sobre cuyo cauce discurría el pensamiento libre de los hombres libres -que en todo tiempo los tuvimos-. La otra eran los obstáculos que salían al paso de esa corriente, en forma de accidentes insalvables: montañas ingentes, abismos profundos, terrenos permeables o pantanosos que se tragaban al pequeño caudal. Pero a lo largo de esta lucha tenaz, la experiencia venía a consolarnos con el hecho de que, a fuerza de paciencia para bordear por su base las montañas, o recoger tras el salto las pocas gotas de agua que llegaban al fondo de la sima, o al tropezar, -17- cuando ya se creían absorbidas por la tierra porosa, con una capa impermeable, volvían a juntarse, y a las veces, engrosando con otras limpias que comenzaban a fluir de nuevos manantiales escondidos, recorrían en fecunda irrigación la enjuta costra de la tierra hispana en una floración de libertades más o menos cuajadas.

Ese arroyo se llama Séneca en el siglo primero del cristianismo; se llamó luego Ruy Díaz el de Vivar, más tarde Luis Vives, Miguel de Servet, Juan de Padilla, Miguel de Cervantes o Francisco de Quevedo, y aflora ya con fuerza de torrente en el siglo XVIII con los Campomanes, Floridablanca, el Conde de Aranda y Jovellanos que preparan el movimiento

nacional de las Cortes de Cádiz. La lucha por regar el solar español yermo de vez en cuando, se acentúa en el siglo XIX y las tierras resacas de Castilla y Extremadura, y los prados de Galicia y de León y de Asturias y de las Vascongadas, y los jardines de Valencia y de Cataluña y de Murcia y de Andalucía, y los labrantíos de Aragón y de la Rioja y de Navarra se embeben con la sangre de las guerras civiles, en tanto al otro lado de la mar Océana, nuestros hermanos de la América se adelantan a las ansias peninsulares de libertad y respiran a pulmón lleno la gloria de ser libres.

La España oficial de los Austrias o la de los Borbones, recogió por medio de sus cronistas las aventuras, los desafueros, en los que siempre el pueblo salía malparado, como el noble hidalgo manchego. Pero entre los folios de esa historia castrense se escapan de cuando en cuando las pruebas de la existencia de la otra: de la España abierta a las inquietudes; de la España que suspiraba por sus libertades. Es, en ocasiones, una carta, como la de Juan de Padilla a la villa de Toledo momentos antes de subir al cadalso en la que le dice que va a refrescar con su sangre el recuerdo de las antiguas victorias por la libertad, es, en otra, una orden como la de Fernando VI a la Inquisición a propósito del proceso contra el padre Feijoo, en la que se lee «Quiere Su Majestad que tenga presente el Consejo que cuando el padre maestro Feijoo ha merecido de Su Majestad tan noble declaración de lo que le agradan sus escritos, -18- no debe haber quien se atreva a impugnarlos»; es más adelante un precepto legal que respira perfume de ingenua libertad, en medio de montañas de preceptos férreos, como aquel artículo 13 de la memorable Constitución doceañista cuando afirma que el objeto del gobierno es la felicidad de la nación; es, en una prolongada tradición, la savia jugosa del artesanado y del comerciante que se infiltra en sus compilaciones de costumbres honestas, entre el derecho que impone la Corona.

Así entre bandazos, temporales, golpes de mar, abordajes, varaduras y naufragios ha ido España al garete y desmantelada por los siglos, perseguida de cerca por los que se hallaban ávidos de sus despojos. Pero de cada avería de cada acaecimiento que se registraba en la navegación, el pueblo, ese pueblo cuya intuición está a las veces por encima de la sabiduría de la letra impresa, sacaba una enseñanza y colocaba aun sin pretenderlo una nueva piedra en el edificio del porvenir de España. Y así quisiera el autor de estas sencillas Estampas de España e Indias, que de la lectura de cada uno de los instantes que tratamos de poner ante el lector curioso, éste sacase en consecuencia un juicio más objetivo de la Historia de España; si es español, que se le aumentase el amor a la tierra por la que desfilaron los personajes que intentamos presentarle; si no lo es, que pueda comprender mejor las alegrías y los dolores de un pueblo que marchando durante varias centurias de la grandeza a la miseria lo ha hecho siempre con una falta de egoísmo acreedora al respeto y la consideración de los extraños.

I. Juan de Castellanos

Dos estampas

Al Occidente van encaminadas las naves inventoras de regiones.

Juan de Castellanos

1522

Paisaje de olivos y de viñas en las estribaciones de la Sierra Morena. Tendida en las faldas de la Sierra, la villa de Alanís, caserío blanco entre tierras rojas de secano, lanza a ese cielo azul de Andalucía en la provincia de Sevilla, centenares de alegres columnitas de humo. Hidalgos, pecheros y menestrales han dejado el calor de la cama, y toda la villa se despereza a los primeros rayos del sol del domingo 9 de marzo. Alanís es una villa de realengo con trescientos vecinos que rige un alcalde ordinario. Casi la mitad del pueblo trabaja en la mina de plata, cuya veta aflora media legua al sur del caserío en un campo abierto hacia el Norte. Los demás, laborean la tierra; lo mismo recogen la aceituna manejando las varas, que podan las viñas o los algarrobos y en septiembre saltan en los lugares repletos de uvas doradas para hacer el vino que bajarán a vender a Carmona y a Sevilla.

Nicolás, el sotasacristán de la parroquia de Santa María de las Nieves, está dando el segundo toque de misa matinal que se derrama por la villa y el campo. Hace tiempo que las cuerdas del campanario lo conocen, y él sabe que al primer golpe de badajo, el padre Juan hace la señal de la cruz, dice entre dientes su primera oración -22- del día y comienza a vestirse para cruzar el atrio de la iglesia parroquial diez minutos después. Nicolás sabe todo lo que sucede en la villa de Alanís. Fuera de su oficio, husmea los rincones del pueblo, lleva de casa en casa la última noticia. Él fue el que dio a conocer a los vecinos la muerte de don Juan de Padilla y la lucha de doña María de Pacheco hasta su huida a Portugal para sostener las libertades por las que el emperador había decapitado a su esposo. Él esparció la nueva de la terminación de la guerra con Enrique de Albret en Navarra. Pequeño, nervioso, con la frente estrecha y el pelo indómito, la silueta de Nicolás era parte integrante de la vida activa de Alanís.

Esa mañana de domingo, el señor cura, acabando de abotonarse la sotana, se sienta frente al balcón de la casa parroquial, ante una mesa de madera blanca de pino en la que junto a un tintero reposa un libro, que hojea despaciosamente. Del único cajón de la mesa saca una pluma de ganso, que corta con el cuidado y la habilidad de quien suele hacerlo con frecuencia. Ha llegado al folio 32. En el anterior terminan las anotaciones, y su mano alargada traza con delectación de pendolista un encabezamiento. Veamos lo que escribe: «Nueve de marzo, domingo. San Gregorio, obispo de Nisa; Santos Pasiano y Cirilo; Santa Catalina de Siena, y Francisca, viuda y fundadora de las oblatas.» Luego derrama sobre su bella letra española el polvo negro de una salvadera; lo recoge otra vez, cierra el libro, atraviesa la pieza en dirección a la puerta y desciende veintitrés escalones hasta el portón. Mientras baja la escalera podemos observarlo. No es muy alto, pero es hombre fuerte, aunque enjuto de carnes, la tez morena, los cabellos blancos, y sus ojos azules miran con dulzura y serenidad. Ya ha debido de pasar de los sesenta y necesita apoyarse en el rústico barandal de la escalera. Muchas veces se acuerda de que cuando mozo puso su vítor en lo más alto de la fachada del Colegio de Anaya en Salamanca, al terminar sus estudios de cánones y teología. Ahora le falla sobre todo la pierna derecha. Los -23- achaques aprietan y una sonrisa plácida asoma a sus labios al divisar a Nicolás, que como todos los días le aguarda en el portal.

-Santos y buenos días, don Juan -le dijo Nicolás con respeto.

-Santos y buenos nos los depare Dios, Nicolás, y el bendito San Gregorio, obispo de Nisa, cuya prudencia y sabiduría tanto hemos de seguir.

Mire vuestra reverencia que yo estoy muy de acuerdo en lo de San Gregorio, pero no se le vaya a olvidar, con tanto pensar en los santos y en el cielo, que hoy va a estar de norabuena su amigo el hidalgo don Cristóbal de Castellanos. Cuando venía a abrir la puerta de la iglesia pasé por ante su casa y oí muy fuertes gritos que daba la señora, diciendo que habían de matarla, que ya no podía resistir más dolores, y vuestra reverencia sabe que cuando piden que las maten, ya falta poco para que el crío asome la cabeza. Así que no se olvide, en saliendo del santo sacrificio, de acercarse por donde don Cristóbal, que en queriéndolo Dios, puede haber novedad y alegría en la familia.

-Gracias por la memoria, Nicolás -dijo bondadosamente el padre Juan-, y ahora ven a ayudarme a revestirme y darás después el tercer toque.

Dejemos al padre Juan y a su acólito dedicados a sus sagrados menesteres y trasladémonos a la casona en la que venía a este mundo pecador el primogénito del hidalgo Castellanos, con más pruebas de limpieza de sangre que doblones. De muchacho había, don Cristóbal, acariciado la idea de pasar a Indias para hacer fortuna, pero el cuidado de su corta hacienda y las lágrimas de su madre, unidos a cierto deseo de comodidades, le habían alicortado los proyectos y amarrado a la tierra. Luego, los amores con la que ahora acababa de darle un heredero le hicieron olvidar sus primeras ilusiones, y el buen hidalgo con la espada colgada en la panoplia, se sentía feliz al mirar aquel montoncito de carne sonrosada, que arropado en pañales, berreaba en necesario e inconsciente ejercicio de pulmones.

La madre descansaba en la alcoba con la placidez de las recién paridas. La comadre partera ponía aseo en las ropas de la cama, y el padre contemplaba con arrobos el cuadro, dejando volar su imaginación sobre lo que la vida podría deparar al recién nacido. Un recio golpe en la puerta de la calle y un «Ave María», cuya voz reconoció en el acto, le volvieron a la realidad.

-Pase su reverencia, don Juan, y alégrese conmigo de tan buenas albricias. Ya ha llegado a la casa el heredero. Véalo, rollizo como pella de manteca y llorón para pedir su yantar que aún no conoce.

El señor cura dio su bendición entrando, abrazó con alegría a su amigo, preguntó a la madre cómo se encontraba y requerido por el padre, que no cabía en sí de gozo, pasaron ambos a romper su ayuno con unas magras de jamón, una hogaza caliente y sendos vasos de vino añejo que el hidalgo hizo subir de la bodega.

-Agora, amigo Castellanos, que veis vuestro deseo del heredero colmado, habrá que decidir su nombre en el sagrado sacramento del bautismo, y habiendo nacido en este día, conmemoración de San Gregorio, el gran obispo de Nisa que persiguieron los arrianos, al igual que a su hermano San Basilio, bueno sería que se llamara Gregorio de Castellanos, que, además, resulta sonoro y expresivo. Imaginad que si Dios lo quisiera vuestro hijo llegase a entrar al servicio de la santa madre Iglesia, y sus prendas le hicieran emular a nuestro Santo, bien pudiera recibir el óleo episcopal para orgullo vuestro.

-Tiempo habremos para resolver este negocio, pero mi deseo sería que con el nombre de Juan ciñera esa espada que en pocas ocasiones tuve que sostener, y diese lustre y gloria por las armas a las de esta casa. Que los tiempos son propicios para que las armas se pongan al servicio de Dios tanto en las Indias como en la morería.

-No he de poner yo mayores reparos a vuestros deseos, que llamándose Juan o Gregorio, lo importante es que sea valiente ante los hombres y temeroso del Altísimo. Pero lo que se me hace es que convendría que vuesa merced, señor don Cristóbal, me dijera los nombres -25- de quienes hayan de sacar de pila a este arrapiezo, que por la música destemplada con que nos obsequia habrá de ser solista en el coro de querubines del Altísimo.

-Cuatro tenía yo pensados para mis compadres: Antón Martín de Alonso, que es viejo amigo y varias veces me ha dicho tener gran gusto en serlo mío cuando la Providencia dispusiera que un heredero viniese a continuar mi sangre; los hermanos Esteban, Pero y Martín, que a más de ser buenos y honrados vecinos de la villa y de tener muy famosos olivares, son devotos cristianos, y de faltar yo, habrían de mirar por que mi hijo Juan no fuera camino de su perdición.

-¿Ya está, pues, decidido que quede, como yo lo estoy, bajo la advocación del Bautista?

-Si los padrinos no lo dispusieren de otro modo, con ese nombre, que es, en efecto, el mismo que vos lleváis, y fuera también el de uno de sus abuelos, figurará ese querubín en el mundo. Pero con esto del nombre, me olvidaba de Pero Galves, a quien también prometí ser mi compadre.

-Bien habéis elegido el compadrazgo, don Cristóbal. A todos ellos y sus mujeres, y la mujer es en esto, como en tantas cosas, de principal importancia, téngolos por cristianos viejos y gentes de bien, que en estos tiempos es menester poner cuidado por abundar infelizmente no pocos judaizantes.

El señor párroco don Juan González Rico se persignó con calma tras de agotar el vaso de vino que don Cristóbal le sirviera al terminar las magras, se levantó, volvió a abrazar al feliz padre y mientras se encaminaba hacia el portón añadió todavía:

-Dejad de mi cuenta el avisar a los que van a ser vuestros compadres; Nicolás, mi sotasacristán, se sentirá dichoso de comunicar la buena nueva a los interesados. Y a las cuatro o cuartos para las cinco de esta tarde os espero en la pila bautismal para cristianar a vuestro hijo y futuro tocayo de este humilde siervo del Señor.

* * *

-26-

Las luces del bello atardecer de aquel domingo se extinguían en la villa de Alanís. Después de la ceremonia del bautizo del hijo de don Cristóbal Castellanos, once personas se hallaban reunidas en la habitación del piso alto de la casa parroquial. Don Juan, el párroco, pendoleaba sobre el libro que en la mañana le vimos escribir. Nicolás con la salvadera oficiaba de ayudante para secar la tinta de lo anotado. Convencido de la importancia de su misión y en espera de que su cometido indujera a los padrinos a mostrar su largueza, daba a sus movimientos la majestuosidad de ser él y no el señor cura el oficiante. Don Juan González Rico trazó, al acabar la inscripción y la firma, unos bellos arabescos como rúbrica. Cayó la arena sobre el libro graciosamente lanzada por Nicolás. Recogióla éste con ágil mano experta y pudo ya leerse:

«Este mismo día, domingo nueve del mes de marzo de mil e quinientos e veinte e dos años, bauticé yo, Joán González Rico, clérigo, cura, a Joán, fijo de Cristóbal Castellanos e de su mujer legítima: fueron sus padrinos, Antón Martín de Alonso, Martín e Pero Estevan, e Pero de Galves e mujeres legítimas. Joanes González Rico, clérigo.»

Cerrose el libro, trasladáronse todos a la casa del hidalgo Castellanos, donde les esperaba una copiosa merienda que hubo de presidir el señor cura.

Nicolás había salido a dar una vuelta, pues a su curiosa actividad le estaba vedado permanecer tranquilo en parte alguna por más de media hora. No hacía diez minutos que se ausentara cuando regresó a toda prisa, materialmente echando el bofe. El señor cura, que lo conocía, apenas le vio entrar, le preguntó sonriendo:

-¿Cuál es la nueva, que así de afanoso te presentas, Nicolás?

-Su reverencia me perdone, don Juan, pero creo bien vale la pena de interrumpir a vuestras mercedes. Acaba de llegar de Sevilla Andrés Vargas y dice que un capitán Hernando Cortés, allá en las Indias de Tierra Firme, ha conquistado la más bella ciudad y el más rico

imperio -27- de cuantos hasta agora se conocieron. Sus enviados llegaron a Sevilla y las gentes se hacen lenguas de la riqueza de los presentes que de su capitán traen para ofrecer a Su Majestad.

-¿Y cuál es ese imperio y esa ciudad? -preguntó don Cristóbal.

No son nombres cristianos, señor don Cristóbal, y no sé yo exactamente cómo son, pero la gran ciudad que aseguran ser más grande que Sevilla, se dice algo como Tomistán, y el imperio es el de México.

Y en estos coloquios, regados con moderadas libaciones y bien dispuesto el ánimo de los interlocutores a la fantasía, los abandonamos en la tarde del día domingo, 9 de marzo de 1522, en que vino al mundo y fue cristianado en Alanís, el que pasados los años había de escribir las Elegías de varones ilustres de Indias y la Historia del Nuevo Reino de Granada.

1535

Repicaban los martillos de los maestros carpinteros de carena en las cajas sonoras de dos bajeles y de un galeón acostados en el muelle de la Maestranza de la Casa de Contratación de Sevilla. Febrilmente carpinteros y calafates reparan bajo la mirada vigilante de los tres maestros de nao el cumplimiento de la ordenanza dada en el mes de septiembre del año anterior, por la cual ningún barco podrá salir para Indias, si no es nuevo, sin que sea reparado, carenado y calafateado por los «oficiales de la Casa». Parece que este año de gracia de 1535 el comercio de Indias ofrece las mejores perspectivas. La tesorería de la Casa de Contratación ha ingresado más de cien millones de maravedises. Claro que la mayor cantidad proviene del oro y de la plata que sacó del Perú en febrero del pasado el señor don Hernando de Pizarro, pero se dice que el visitador y el piloto mayor han hablado con el receptor de averías sobre un secuestro de cuatro navíos, en Tierra Firme del Perú, por valor de más de ochocientos mil ducados. Todo es actividad -28- en los muelles de Sevilla. Ya han salido en lo que va de año cuarenta y tres naves rumbo a las islas del mar Océano y Tierra Firme. Por dos veces, don Francisco de los Cobos, secretario de Su Majestad para los negocios coloniales, ha venido a la hermosa capital del Guadalquivir (el río grande de los moros) y una de ellas acompañado del secretario de Su Majestad, don Juan de Sámano. En el círculo de los mareantes aseguran que tan importantes personajes vienen con instrucciones del señor Conde de Osorno, presidente del Consejo de Indias.

Las noticias dan la vuelta a Sevilla apenas en horas. Bajeles llegados de Canarias han hecho saber que Fernández de Lugo va a salir con una poderosa flota para Santa Marta. Los doblones circulan como las noticias, y el antiguo maestro laminador de oro, que cerró su botica, y ahora escribe y representa piezas para divertimento de los sevillanos, ve progresar su nuevo oficio. Verdad es que el maestro Lope de Rueda ha dado en pintar tipos que todos conocían, y marineros, soldados y menestrales prefieren un rato de solaz, a saber si, como

cuando laminaba panes de oro, había entregado seis o siete onzas a Alejo Fernández para sobredorar el altar mayor de la catedral.

Los libros de geografía, cosmografía y arte de marear van saliendo de las prensas sevillanas para sustituir al tratado De sphaera mundi de Sacro Bosco, que ha venido sirviendo como texto de astronomía y cosmografía para los pilotos que titulaban los pilotos mayores de la Casa. Ahora se estudia la Suma de geografía de Martín Fernández de Enciso, que vio la luz en 1519 y aún está fresca la tinta del Tratado de la esfera y arte de marear con el regimiento de las alturas, que acaba de escribir el maestro de matemáticas Francisco Ruy Falero. El pleito entre Cádiz y Sevilla se ha resuelto, nombrando juez oficial de aquel puerto, como pendiente de la Casa de Contratación de las Indias, que cada día adquiere mayor jurisdicción y fuero, a Pedro Ortiz de Matienzo. Y los fletamientos y seguros aumentan y con ellos los estipendios de escribanos, letrados, liquidadores de averías, y -29- el trabajo del prior y cónsules, que no dan abasto a tanto y tanto negocio como han de despachar.

Pero volvamos a nuestro muelle de la Maestranza. Contemplando la silueta morisca de la Torre del Oro, que proyecta su sombra sobre las aguas tranquilas del Betis, apenas cruzadas por leves estelas de las barcas de los pescadores del pueblo de Triana que llegan recogiendo sus velas, dos personajes, de muy distinta edad, conversan junto a la orilla. El mayor es conocido entre las gentes de letras de la capital. Enseña Humanidades, es hombre de gracejo y donaire sevillano, gran conversador, recita a Horacio y a Virgilio, conoce de memoria a Tito Livio y a Cicerón; buen gramático y mejor latinista, compone sus hexámetros con estilo elegante. Lleva una a modo de hopalanda negra con mangas acuchilladas y en el cuello dos cordones azules le sujetan una especie de corbata de encaje. Es el maestro Miguel de Heredia. El otro es un mozalbete que puede tener entre trece y quince años. Su mirada es fogosa y leal, la frente despejada, el aire desenvuelto, sus cabellos castaños se alborotan al viento. El vestido indica a un escolar no mal acomodado, y el acento denuncia a un sevillano.

-Comprendo vuestras advertencias y consejos, maese Miguel, pero yo no sirvo para ver aparejar las naos y ser de los que siempre se quedan en tierra. No me llama Dios por la senda de sus elegidos, y cada vez que veo a algún hidalgo de los que vuelven de Tierra Firme y les oigo contar de las riquezas y las aventuras que deparan aquellas naciones, sueño por las noches que estoy en tremendos combates de los que me queda gran provecho y honra. He cumplido ya trece años, y si quiero seguir la carrera de las armas, es el instante de decidirme.

-No pretendo yo cortar tus alas, sino hacerte ver los peligros de esa vida que ignoras y que anhelas. Los tiempos están más que revueltos. Ese maldito impío de Kair-ed-Din al que nombran Barbarroja, como a su hermano el mayor, el que fue muerto en el ataque de las tropas castellanas a Tlemecén, merodea sin cesar de -30- acuerdo con el Gran Turco. Aún no hace muchos días me contaba un alferez recién venido de Roma, que Su Santidad Paulo III ha tenido que ordenar a sus mejores arquitectos, uno llamado Sangallo y otro Miguel Ángel, que trazasen los planos de grandes murallas, contrafuertes y fosos para la defensa de la plaza; y diz que también, por ahora hace un año asaltó la ciudad de Fundi para apoderarse de la bellísima condesa de Trajetto, Julia Gonzaga, a la que deseaba llevar a su serrallo. En noche cerrada llegó a la ciudad y asaltó con lo mejor de sus fuerzas el castillo,

logrando la condesa escapar con dificultades saltando por una ventana trasera; y fue tan grande la rabia que acometió al cruel pirata, al ver fallido su intento criminal, que incendió la ciudad, después de saquearla, pasó a cuchillo a todos sus infelices moradores y se llevó cautivas a todas las mujeres.

-¿Y es cierto que ese llamado Barbarroja nació en el castillo de Aulencia, cerca de la villa de Madrid? -preguntó el muchacho interesado por el relato.

-Eso se dijo, pero la verdad parece ser la de que es hijo de un renegado griego y de cautiva cristiana y que nació allá por el año de 1465 para desgracia de la cristiandad. Afortunadamente, Su Majestad el emperador no está dispuesto a dejarle disfrutar del reino de Túnez, del que se intitula rey desde unos meses, y agora se encuentra revistando una potente flota de la que es almirante el genovés Andrea Doria, y en la que hay veinte galeras portuguesas, con tropas y cañones, veinte más con las armas papales de Paulo III y veinticuatro del emperador, amén de trescientas diversas embarcaciones menores, con todo lo cual se harán pronto a la mar para presentar batalla a Barbarroja y que los buenos cristianos puedan dormir con sosiego, sin el sobresalto de no saber si cuando despiertan se encuentran esclavos de ese endemoniado.

Mientras su maestro hablaba, el discípulo se iba entusiasmando. Ya se veía a bordo de la gran galera Bastarda del valiente marino genovés, traspasando con su -31- acero a algún teniente infiel que había pretendido saltar al abordaje de la nave capitana. Sus ojos despedían chispazos de entusiasmo y su puño se crispaba como apretando la espada que sólo llevaba en su imaginación. El maestro se dio cuenta del efecto de sus palabras y trató de calmarle hablando de otros temas: de los errores en que recientemente habían incurrido algunos ingenios y las penas que el Tribunal del Santo Oficio habíales impuesto; de los últimos versos que había compuesto y que pensaba dedicar a la santa memoria de Adriano VI, pero la atención de su interlocutor no lograba fijarse. En su exaltado cerebro, el repiqueteo de los martillos de los calafates le sonaba a redoble de tambor llamando al arma. Aprovechando una pausa del maestro Heredia, su joven amigo se despidió de él. Lanzó una nostálgica mirada a los bajeles y con paso distraído se dirigió bordeando los muelles en dirección del puente de barcas que unos quinientos metros aguas arriba unía la populosa capital andaluza con el pueblecillo de pescadores de Triana. El maestro Heredia lo siguió unos instantes con la vista y mientras asomaba una sonrisa comprensiva a sus labios, no pudo menos de decirse a sí mismo: «Creo que tiene toda la razón; si yo tuviera su misma edad y energías, habría de salir al hacerse a la mar estos bajeles. Mi error fue seguir el consejo de Horacio y desdeñar el de Virgilio, que en estos azarosos y movidos tiempos más cierto es el hemistiquio de La Eneida, “audentes fortuna juvat”, que el “aurea mediocritas” de la oda horaciana, o el que yo mismo un día imité, sintiéndome pobre y sin demasiado ánimo: “Paupertas impulit audax ut versus facerem”.» Que vaya, si ése es su deseo, bendecido de Dios, que no habré de ser yo quien trate de apartarle de su vocación de aventura, y que si en los tiempos venideros llegase a ser famoso su nombre, alguien se acordará de que su galanura en el decir y sus principios le fueron inculcados por mí y acaso se lea en su historia: «Fue Juan de Castellanos hombre de buen decir y mejores modales. Siempre se observó en él que había sido uno de los más caros discípulos -32- del maestro sevillano de Humanidades Miguel de Heredia», por donde bien podrá recaer sobre mí alguna parte de su gloria.»

* * *

Mes y medio después de la escena que acabamos de presenciar y cuando corría por Sevilla alborozada la noticia de que las fuerzas combinadas del emperador, las de la República de Génova y de Paulo III habían conquistado Argel, libertando más de veinte mil cautivos cristianos que gemían en las mazmorras del brutal Barbarroja, y haciendo huir hacia los arenales del desierto al famoso pirata septuagenario, una mañana que se anunciaba como calurosa por la neblina que estaba levantando de las aguas del río, la flota que componían el galeón y los dos bajeles, se dirigía hacia Tablada. En Cádiz se tenían que unir a ella varios bajeles más. Sobre el castillo de popa del galeón con las pupilas dilatadas por la alegría y el nerviosismo de su nueva vida, un paje de la flota agitaba de vez en cuando un blanco lienzo. Juan de Castellanos decía así adiós a los que habían ido a despedirle. En el muelle de la Casa de Contratación, el hidalgo Cristóbal de Castellanos, su padre, y el maestro Miguel de Heredia se consolaban mutuamente de la marcha del paje. En el fondo, los dos envidiaban la decisión y el coraje del muchacho que iba en busca de conquistas, de fama y nombradía.

En la retina del paje Castellanos se grababa de por vida la silueta de la Torre del Oro que en aquellos momentos brillaba como una ascua al recibir los rayos del sol de finales de junio de Sevilla. La neblina, deshecha por su fuerza, dejaba ver la silueta de las agujas de la catedral y la esbeltez incomparable de la Giralda. Los gritos de las gaviotas parecían darle al muchacho la despedida, y cuando al ser llamado por segunda vez desde el entrepuente, por su compañero Baltasar de León, acudió sin darse demasiada cuenta de lo que hacía, los ojos de Juan de Castellanos estaban enrojecidos, no se -33- sabe si de tanto mirar con fijeza a la lejanía o de pensar que en aquel día comenzaban para él los trabajos y las aventuras, que le hicieron más tarde variar su condición de soldado conquistador en Indias, por la más tranquila de capellán beneficiado en Tunja, del reino de la Nueva Granada, donde falleció de edad de ochenta y cinco años el día 27 de noviembre del año de 1607.

«Y si, lector, dijeres ser comentario, como me lo contaron te lo cuento.»

De Juan de Castellanos, de quien lo
copia trescientos años más tarde el poeta
Espronceda en El estudiante de Salamanca.

El adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada y el ingenioso hidalgo don Alonso Quijada

Si es odio, envidia o mala querencia que muchas naciones tienen contra la española.

G. Jiménez de Quesada

Viejo, asmático y enfermo, pero sin perder su noble continente, ha salido de su sepulcro ignorado el descubridor del reino de Nueva Granada y fundador de Santa Fe, don Gonzalo Jiménez de Quesada, que murió en Mariquita por el año de gracia de 1579, a los ochenta de su edad.

Ha vuelto a esta planicie bogotana en la que un día se ocultara a sus persecuciones el chibcha Sacresaxigua y volverá a recorrer sus primeros pasos, esta vez por mejores caminos y de la mano de un hidalgo, natural de aquel vasto reino que descubriera. ¡Quiera Dios que se libre de admiradores a la manera de los que le abandonaron en su gloriosa y estéril expedición del Dorado y que no se tropiece con el arriero y el tedesco, ni con la ruin alma en pena de aquel Montaña a quien mandó ejecutar en Valladolid el rey nuestro señor!

«Exspecto resurrectionem mortuorum» mandó grabar el adelantado en su losa, y hoy una mano experta reconstruye sus cenizas, le encuentra su vestidura carnal y nos lo entrega con sus virtudes y con sus defectos en la reconstrucción literaria de su espíritu ingente.

Unamuno salió en busca del sepulcro de Don Quijote, y Germán Arciniegas ha encontrado el de don Gonzalo -35- que, bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos custodiaban también como el de Alonso Quijada para que no resucitase renovando sus santas y maravillosas locuras que le condujeron en vida hasta su ejemplar muerte.

«Cuando el hombre hace algún hecho heroico o alguna extraña virtud y hazaña -ha dicho Huarte en su Examen de ingenios-, entonces nace de nuevo y cobra otros mejores padres y pierde el ser que antes tenía. Ayer se llamaba hijo de Pedro y nieto de Sancho: ahora se llama hijo de sus obras.» Y si don Gonzalo, a sus locuras heroicas del Magdalena y del Dorado, une virtudes de honor, de templanza, de claridad, de disciplina y buen gobierno, y hazañas memorables que le hacían preferir la muerte a abandonar la gloria y el buen servicio que se le había encomendado, bien podemos decir que él era de los linajes que son y no fueron, como dijo Unamuno, y que su linaje comienza con él. Porque es cuento gracioso éste de los linajes que con tanto afán se buscan y muestran orgullosamente. Préciase mucho un duque de las hazañas de un abuelo, y desprecia a quien sin linaje como el suyo está fundando otro del que después habrán de vanagloriarse generaciones venideras.

Y no ha de ser tanto motivo de soberbia descender del héroe como tratar de imitarle en sus empresas.

Linajes propios tienen el adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada y el hijo, que Arciniegas nos muestra, nacido de coyunda de amor en pleno desengaño por trato con curiales y alguaciles, cuando fue a España en busca del gobierno de sus reinos de Nueva Granada y se encontró con pleitos, demandas y persecuciones. No es de extrañar que el don Alonso engendrado en pleno desafuero del César con el leal soldado y buen justicia que fuera don Gonzalo, diera a fuerza de pensar, en la sublime locura de desfacerlos. Linaje de Quesadas quedó después de muerto nuestro buen don Gonzalo, y aunque en tono menor, de tal linaje son tantos y tantos buscadores de aquel Dorado que no logró aprisionar. Linaje de Quijotes quedó después de muerto -36- don Alonso y mal andan los pobres en esta coyuntura de desvarío que sopla por Europa como en los tiempos azarosos de Francisco I, Enrique VIII, y Carlos V.

Y a don Gonzalo pudo por igual aplicar el bachiller Sansón Carrasco, si se hubiese encontrado en Mariquita cuando el tránsito del adelantado, el epitafio que aplicó a don Alonso:

Yace aquí el hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con la muerte.

Vuelve al camino don Gonzalo, y ahora sin capitanes, en peregrinación por los lugares de su Nueva Granada, que otro de los que fundan linaje supo arrancar a las manos rapaces de una corona vacilante, más hambrienta de diezmos, quintos y alcabalas que de que fuera justa la justicia que en su nombre se hacía. Y no podrán empañar sus jornadas ni los desafueros de fray Tomás Ortiz, ni el recuerdo de su rencilla con Lázaro Fonte, sobreviviendo, en cambio, su gesto de buen capitán que ofrece el caballo a los enfermos, sus defensas de indios, que llegan en la primera etapa del descubrimiento a la ejecución del soldado Juan Gordo por ladrón de mantas a un indígena, y en la segunda, a arrostrar el destierro del miserable de Montaña para que los naturales del país por él descubierto supieran que si había un español injusto, con poder suficiente para hacer ley de la arbitrariedad, había otro, capaz de enfrentarse a sus ruindades, en defensa de la justicia malparada.

Y no ha de olvidar el adelantado en esta su excursión por las tierras frías, temperadas y calientes que ganó con su corazón, una flor de piadoso recuerdo para cada uno de sus compañeros fieles caídos en la gran aventura, que hijos de su obra fueron, y por tanto, hermanos del don Alonso, cuyas empresas narrara con fidelidad Cervantes, otro español víctima no en Indias, mas en su propia tierra, de golillas y escribanos, compadres de los que

como plaga cayeron en las feraces campiñas de la -37- Nueva Granada detrás de los Quijotes para desgracia de sus moradores.

No irán con él, ni Rendón, «flor de la cortesanía / ni el recio Lázaro Fontes, / que le hizo gran compañía», pero a distancia y humildemente ha de seguirle el rucio que desde Santa Marta escaló con el adelantado la sabana de Cundinamarca, sin una queja ni una vacilación, como siguiera Sancho a don Quijote impregnado de la fe en los destinos de su señor a quien no obstante veía alancear molinos.

A las mentes se me viene el recuerdo de aquel canónigo que en sacando a don Quijote de la jaula, se empeñó en demostrarle que no había tales encantamientos, ni existieron jamás los caballeros andantes; porque a este redivivo don Gonzalo, que nos brinda ahora Germán Arciniegas, pudiera ocurrirle que tratasen de despojarle severos eruditos de algunas de sus virtudes o algunos de sus defectos para «restablecer un hecho histórico»; y en eso yo creo firmemente que la verdad no es tanto lo que fue, sino lo que es, con materia o espíritu -que ello es indiferente a este respecto-; y acordémonos de lo acertado que estuvo don Quijote respondiéndole al clérigo: «¿Que no son ciertos? Léalos y verá el gusto que saca de su leyenda.» Y estaba en lo fijo, como al agregarle: «De mi sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando y sufridor de trabajos...».

Tal fue el letrado Gonzalo Jiménez de Quesada desde que se metió a descubridor o caballero andante. Su pasado, que le hiciera abandonar Granada «por alguna fichería», murió con su primera hazaña en Indias, y su muerte en el poblado de Mariquita, fue el paso que en espera de su resurrección le llevara a la inmortalidad.

-38-

Coloquio de Autor y Protagonista

La escena entre tres lienzos blancos. Puede el espectador ver, según su gusto, las paredes frías de un nicho abierto, las primeras páginas de un libro por escribir, o el símbolo de la intención pura con que dialogan los que en ella se encuentran.

Una telaraña gigante, labrada en cuatro siglos, difumina la mitad derecha del escenario. En la escena dos personajes se mueven con desenvoltura. Por caso curioso las vestiduras dan un salto en la Historia y mientras la del Protagonista se ajusta a los cánones del siglo XVI, la del Autor es de época actual. La tela de araña tras la cual se mueve el Protagonista, impide ver con claridad los trazos de su rostro.

El Protagonista es conocido por el adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada; el Autor o biógrafo es Germán Arciniegas. Huelgan, pues, mayores explicaciones.

Autor.- Yo no sé, mi señor don Gonzalo, por qué milagro, o si no hubieseis de enfadaros tomándolo a irreverencia, por qué arte de encantamiento podemos encontrarnos frente a frente en este día, cuya fecha ignoro, y en este sitio que difícilmente puedo localizar. Lo que sí sé, es que me alegra el ánimo la perspectiva de nuestro coloquio hace tiempo por mí deseado.

Protagonista.- Amigo mío -y este título os indicará la disposición de mi espíritu hacia vos-, la razón de esta sinrazón aparente no ha de escapárseos, recordando -39- mis últimas voluntades que conocéis, y entre las que se encuentra expreso mi deseo con estas palabras: «Exspecto resurrectionem mortuorum»; y teníame yo por muerto de veras, cuando vuestro propósito de escribir un libro sobre mi vida, aventuras y desventuras me ha deparado la ocasión de reunir mis huesos harto dispersos y envolviéndolos en mi postrer figura, volver a vivir entre unas gentes de las que espero me informéis un tanto, ya que de mí podréis decirles lo que hasta hoy nadie imaginara de mi descendencia.

Autor.- ¿Será entonces verdad lo que sospecho?

Protagonista.- Porque lo sospechabais he querido informaros del secreto que me guardó mi contrapartiente don Miguel de Cervantes. Alonso Quesada es hijo mío. Hijo de unos momentos dolorosos de mi viaje a España, y a quien dejé una renta asegurada, para que sin necesidad de nuevas empresas de Indias, tratase allá de alzarse sobre el fango y mostrándole a mi desdichada España el camino de un ideal perdido, engendrarse el amor a la justicia por la que tanto padecemos juntos españoles y naturales destes reinos; y al ser tenido por loco en sus hazañas, pudieran sus verdades ser proclamadas sin temor al Santo Oficio, ni a los privilegiados cortesanos de los que guardé siempre recuerdo amargo. Sepa, sin embargo, su merced, mi buen amigo, que creo convendría en esa narración que vais a publicar, no dar la noticia como demasiado segura, porque la ceguedad de tantos como se han ocupado de mi hijo, habría de dejar en mal lugar una afirmación rotunda. Lanzad, pues, como posible nuestro parentesco, que él se abrirá camino y yo he de quedar contento con el servicio.

Autor.- Así habré de hacerlo, don Gonzalo, no sólo por obedeceros gustosamente, sino también por evitar el chaparrón que muy bien pudiera venírseme encima. Pero decidme, señor adelantado: ¿No sería posible ver vuestro rostro con la claridad suficiente para poder después hacer su descripción y que el público pudiera con seguridad reconoceros cuando estéis entre él?

-40-

Protagonista.- ¿Mi rostro? ¿Qué ha de importarle al mundo la fachada, si el retrato moral es el que vale y ése quedará limpio en vuestro libro? Más acertado será a mi juicio dejarlo en esta penumbra y así no causaremos pena a quienes creen conocerme, ni gasto nuevo a los peculios de coleccionistas y ellos habrán de agradecerlo. Ya quedó el nombre y memoria de mis trabajos, de mi amor a los indios y de mi recto proceder. Es algo a lo que creo, por el buen juicio que a la posteridad merezca un descubridor que pudo morir en la cama respetado y querido por indios, criollos y españoles. Que no merecían ese glorioso título los que con malas artes y peor intención vinieron a estas tierras de encomiendas a aprender el oficio de opresores para después ejercitarlo con más refinamiento de regreso a España. Pero

esto, mi señor Arciniegas, no es para este momento, y así os ruego que en nuestro próximo coloquio no dejéis de informarme de las mudanzas de estos reinos por cuya felicidad he de hacer mis mejores votos.

Y la noble figura del adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada se borra de la escena. Queda el Autor unos instantes recogido, esboza en sus ojos un ligero destello de sonrisa, y ante el espectador aparece la portada de un libro que dice: Germán Arciniegas, Jiménez de Quesada. A. B. C. - Bogotá, 1939.

¿Historia? ¿Novela? ¿Biografía? Verdad humana, profunda y cautivadora desde su comienzo.

Bogotá, a 15 de junio de 1939.

-41-

III. Pedro Ordóñez de Ceballos

Espejo de trotamundos

Estaba a la sazón allí, en Ginebra, un fraile de cierta orden, al que habíamos conocido en Indias, y se había casado, y era bodegonero, el cual nos regaló mucho y enseñó toda la ciudad.

Pedro Ordóñez de Ceballos: Viaje del mundo

Revueltas andaban las ideas sobre el lenguaje de Castilla en la Corte del rey nuestro señor don Felipe III; casi tan revueltas como las relaciones entre los príncipes de Europa o las de cristianos y moriscos, en la Península. Don Francisco de Rojas Sandoval, duque de Lerma y privado del rey, vestía ya la púrpura cardenalicia con que le había agraciado Su Santidad Paulo V al tener conocimiento del estado eclesiástico abrazado por el de Rojas a la muerte de su esposa.

El último correo de Londres traía una misiva del embajador de Su Majestad para el Duque de Uceda, en la que le contaba los sucesos del Parlamento británico, que al fin se había decidido a convocar al rey Jacobo, después de cuatro años de gobernar sin él. La experiencia había terminado encerrando en la Torre de Londres a los jefes de la oposición, por consejo del Conde de Somerset. De las Indias venían informes sobre continuos descubrimientos y poblaciones, así como del número de infieles que los padres de San Francisco, de la Compañía, y los dominicos y mercedarios, lograban convertir -42- para mayor gloria de Dios y riqueza de la Corona en sus nuevas y dilatadas tierras de ultramar.

Por la puerta de Nuestra Señora de Atocha, una mañana de junio de 1614, un clérigo alto, enjuto, con la piel quemada como de largas andanzas bajo sol inclemente, y con un envoltorio bien atado con cintas bajo el brazo, atravesaba la calzada en dirección al hospital nuevo que por la bondad del rey don Felipe II había levantado el maestro Herrera. Sigamos a nuestro clérigo hasta que subiendo por la costanilla de las Trinitarias toma la calle de San Agustín y dobla a la izquierda entrando en la de los Francos que iba del palacio de Medinaceli a la del León. Allí se le ve vacilar, busca en la faltriquera unos apuntes, se cerciora y por fin se interna en un portal de una casa de pobre aspecto, con dos plantas y un balcón en la segunda. Sube las pocas escaleras que le llevan al entresuelo sin gran prisa, se detiene ante la puerta de cuarterones que encuentra en el rellano y hace sonar discretamente el picaporte. Mientras salen a abrirle, examinemos con más detenimiento su aspecto. La primera impresión se confirma: la color de su rostro y la piel de sus manos, anchas y nudosas, nos harían creer en presencia de un párroco rural como de unos cincuenta y cinco años de edad; pero el brillo acerado de sus ojos, el fruncimiento de sus cejas pobladas y el movimiento vivo de su noble cabeza hacia atrás como para despejar la pesadez que el calor seco del día le ha podido prender, no hablan mucho de un clérigo adocenado por la vida tranquila de una aldea. La hebilla de plata que asoma bajo la sotana en su pie derecho, algo adelantado, vibra como atacada del baile de San Vito. Nuestro sacerdote muestra impaciencia más de acuerdo con un hombre de armas, que con un pastor de la santa Iglesia católica. Pone atención a lo que pueda oírse tras la puerta y el sonido de la campana de la capilla de Jesús de Medinaceli, le impide darse cuenta de si salen a darle paso, pero su expresión se dulcifica y hace la señal de la cruz con devoción. Apenas lleva la mano derecha a los labios, la mirilla se abre, -43- y sin ver quién le observa, inquiere en voz bastante baja si el amo está en casa. El acento con el que habla es algo ronco, se dijera un andaluz de Jaén, pero al mismo tiempo está como suavizado por larga estancia en Indias.

La puerta se abre tras el ruido de un gran cerrojo al despasarse, chirrían los goznes, y siguiendo a una especie de joven maritornes, recorre un pasillo de paredes blancas, en el que todo el ornamento es una rústica percha de madera oscura y un espejo de Venecia con marco de oro viejo. Ante una puerta entornada, la maritornes dice:

-Mi señor amo, aquí un padre desea ver a vuesa merced.

-Siga vuestra reverencia y sea bien venido, que estoy como criado para servirle -dijo un anciano en quien podemos reconocer al Príncipe de los Ingenios, don Miguel de Cervantes Saavedra, en sus sesenta y siete años.

Nuestro buen sacerdote se adelanta rápidamente para impedir que el anciano se incomode en su recibimiento y explica:

-Bien le ruego que me perdone, mi señor don Miguel, por esta mi audacia, pero la gloria de su fama es la causa desta molestia que vengo a traerle. Y sin pasar adelante, sepa vuesa merced que mi nombre es Pedro Ordóñez de Ceballos, que fui ordenado ya va por más de treinta años por el señor arzobispo de Santa Fe de Nueva Granada, después de haber servido en galeras como alguacil contra los turcos; de alferez y capitán de Indias; de veedor de la flota de Su Majestad, gobernador en Popayán y dado más de una vez la vuelta al mundo, conociendo sus cinco partes: la Europa, el Asia, el África, la América y la Malaganía o tierra desconocida; que de todas mis andanzas he hecho relación sucinta para buen espejo de trotamundos, y que en afanes de impresión ando ahora convenciendo para ello a Luis Sánchez, en cuyas prensas pudiera ser que viera la luz la obra de que os hablo y otra intitulada Cuarenta triunfos de la santa cruz de Nuestro Señor, que en su gloria y loor he compuesto y cuya devoción me ha acompañado -44- y salvado de tantas guazabaras en las que me tocó andar.

-Y yo habré de holgarme de que se cumplan vuestros legítimos deseos, mas no acabo de comprender en qué puedo ponerme a vuestro servicio -contestó don Miguel.

-Sí vais a comprender cuando os diga que el renombre de la historia de don Quijote de la Mancha ha sido tal y tan grande mi gusto cuando lo conocí, que por ir en mi compañía aventurera hubo de saber dél el grande Emperador de la China y deseoso de que en un colegio que tiene pensado fundar, se lea castellano, encargome muy reiteradamente que a mi regreso hiciera por veros y suplicaros de ir por aquellas tierras, donde pudierais ser rector del dicho colegio con grande honra y provecho para todos. Y por que no creyereis que es esto producto de mi fantasía, diome esta letra en lengua chinesca que yo os he trasladado a la nuestra, en la que explica sus deseos.

Y uniendo la acción a la palabra, el padre Ordóñez alargó a don Miguel dos documentos, quien leyó el uno no sin cierto asombro y dijo:

-Difícil habrá de serme agradecer al grande Emperador de la China el haber pensado en mi persona para trabajo de tanta honra y provecho, que habrá de serlo pues que vos lo decís, pero ni los achaques, ni los años, ni el trabajo en que estoy, dando fin a la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, que un clérigo menos andariego que vuestra reverencia y más envidioso, sin duda, lanzó por el mundo para empañar a mi señor don Quijote y el darle remate pronto a esta segunda parte, me impiden aceptarlo. Pero sí os prometo dar cuenta de vuestro generoso paseo hasta la Villa y Corte en las líneas con que habré de dedicar a mi gran protector el señor Conde de Lemos la aparición de estas últimas aventuras. Y ahora, dígame vuestra reverencia: ¿Tiene en su pensamiento volverse pronto para la Corte del gran Emperador de la China?

-En eso ando, y he solicitado de fray Juan de la Piedad, obispo de China y de Macao, el nombramiento -45- de provisor, juez y vicario general de los reinos de Cochinchina, Champao, Cikir y los Laos, y Dios mediante espero embarcar para aquellas tierras de infieles y atraer a la verdadera luz de nuestra santa religión a muchos miles, como ya tuve

la suerte de hacerlo con la reina de Cochinchina y muchos dignatarios de su Corte. Que con la ayuda de la sancta cruz, no ha de ser obstáculo mi ignorancia y tibieza.

-Y bien que lo lograréis, que me parece que vuestra suerte, mi señor don Pedro, ha sido en eso de andar por el mundo más afortunada que la mía. En Lepanto dejé, con honra pero sin gran provecho, la vida de la mano izquierda, y quiso mi desventura que cuando caí en manos de corsarios argelinos, durase largos años mi cautiverio, y de allá para acá, de poco valen mis pedimentos, dedicándome a construir con mi ingenio las aventuras que la vida hubo de negarme, y a vos, por lo que me contasteis, os las deparó notables y abundantes. También yo tuve curiosidad de ver las Indias, y ya me veía en la poderosa Cartagena o en Santa Marta, pero un lisiado de poco ha de valer en aquellas tierras, o a lo menos así lo entendieron los que tuvieron en su decisión la de mi vida, y si no es ingrata la charla con un viejo, os ruego no ser ésta la postrer visita, que en siendo vos, seréis bien recibido.

-Yo, por mi gusto, mi señor don Miguel, comenzara ya a narraros mis jornadas en corso, aunque nos despacharon a «tomar lengua»; mi cautiverio a manos de turcos que me libertaron y regalaron; los viajes por Flandes, por la Francia, la Dania y la Inglaterra; mi naufragio en la isla de Bermuda; las andanzas por el río Grande de la Magdalena; mis oficios en Indias y las muchas guazabaras de las que salí con bien, unas veces con los negros cimarrones y otras con los pixaos y demás naciones indias, hasta mi cambio de estado, que no lo fue para darme demasiado descanso, pues ya en él recorrí virreynatos y presidencias, pasé, por voluntad de Dios, a la Malaganía y al Asia, y allí espero como os decía tornar pronto, si la salud, que quiere resentirse, no me -46- abandona en cuanto acabe con este pelegrinar de imprentas. Pero si mis amigos, que los tengo, y buenos en la Corte, me consiguen la tasa y el privilegio para este Viaje del mundo que aquí traigo, será grande honra para mí que los ocios que pudiera tener vuesa merced, los distrajera con la letura de mi narración, que en ella nada invento, más bien abrevio, por no resultar de tan prolijo, fatigoso al lector.

-Vaya con Dios vuestra reverencia, y, si de ello es contento, sabiendo que habrá de ser para mí placer y grande la letura de vuestros viajes, con la que creo habré de olvidar las dolencias del cuerpo que aquí me tienen prendido a este sillón.

-Él os guarde y os guíe para deleite de cristianos y el glorioso San Gregorio, cuya medalla en una ocasión me quitó un gravísimo dolor de estómago que más de cuatro años, con excesivo sentimiento, me tenía atormentado.

Y así diciendo, estrecha nuestro buen clérigo la mano diestra de don Miguel, y sale de nuevo a la calle. En la esquina de la del León casi tropieza con otro sacerdote. Se saludan cortesmente. No imaginaba el padre Ordóñez que se ha cruzado con fray Gabriel Téllez de Girón, cuya última comedia había aplaudido la noche anterior en el Corral de la Pacheca. La Corte era entonces pródiga en ingenios, y el cura trotamundos desaparece con sus manuscritos camino de la imprenta de Luis Sánchez, y bien dispuesto para regalarse luego con unos hojaldres de los que habían ganado justa fama en el horno de la calle del Mesón de Paredes.

Al acabar la lectura del Viaje del mundo de Pedro Ordóñez de Ceballos, que el Ministerio de Educación de Colombia volvió a imprimir en 1942 como el volumen primero de Viajes en la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, viví esta escena que ahora cuento. Abrí el Quijote por la dedicatoria de la segunda parte al señor Conde de Lemos y leí con sorpresa: «... porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan a que le envíe, para quitar el ámago y la náusea que ha causado -47- otro don Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe; y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande Emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, o, por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y quería que el libro que se leyese fuese el de la historia de don Quijote. Juntamente con esto me decía que fuese yo a ser rector del tal colegio. Preguntele al portador si Su Majestad le había dado para mí alguna ayuda de costa. Respondiome que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podéis volver a vuestra China a las diez, o a las veinte, o a las que venís despachado; porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje...». Y pensando en la escena que actuando de cojuelo pude ver, me sonreí de cómo el Príncipe de los Ingenios disfrazaba la verdad al decirla a medias. Y sólo me queda pedir al que ha sacado a luz el primer tomo del Viaje del mundo que no deje para muy tarde la publicación de las páginas que aún quedan por publicar, que todos habremos de ir ganando con ello y podremos decir que en la disputa por el lenguaje que allá por los comienzos del siglo XVII se trabara en Madrid, don Pedro Ordóñez de Ceballos se inclinó sabiamente del lado de los que, siguiendo a Valdés, huían de la afectación para regalo de los que hoy podemos deleitarnos con su prosa fluida y sencilla.

Bogotá, abril 1942.

-48-

IV. La Condesa de Soissons

Una intriga en la Corte del rey Carlos II

El 25 de abril de 1686 las puertas del gabinete regio de Madrid se abrían para conceder audiencia privada a Olimpia Mancini, condesa de Soissons y sobrina del cardenal Mazarino, después de un complicado incidente protocolario, promovido por Olimpia, que se había negado a vestir de negro para la entrevista, como exigían las rigurosas leyes de la etiqueta palaciega, temiendo que su proximidad a los cincuenta años padeciese, al despojarse de sus encajes, terciopelos y brocados, con los que todavía conseguía defender su belleza ya un tanto pasada.

Los reyes mostraron, deliberadamente, toda su frialdad en la breve audiencia. Y mientras la reina María Luisa le hacía las indispensables preguntas de cortesía, pudo Olimpia darse cuenta del cambio operado en aquella princesita espiritual y alegre que bailaba siete años antes en el palacio de Nevers, al despedirse de la Corte de su tío Luis XIV de Borbón para sentarse en el Trono de España. Los grandes y expresivos ojos de la entonces Petite Demoiselle nada tenía de común con la mirada triste y huidiza de la reina de las Españas. Los largos cabellos que en París formaban recogidos bucles, pendían ahora a la moda española, silueteando el rostro marfileño que las penas, los temores y la ansiedad habían alargado y endurecido. El ambiente denso y sórdido de la Corte de Carlos II había impreso profunda huella en las facciones de María Luisa de Borbón y Orleáns.

-49-

Quedaban muy lejos los únicos recuerdos gratos de la reina a su llegada a la capital de las Españas. Su brillante entrada el 13 de enero de 1679, cuando montada en brioso caballo andaluz que llevaba de la brida su caballero mayor el Marqués de Villamagna, y tocada con precioso sombrero de plumas blancas en el que destacaba la maravillosa perla «Peregrina», se detuvo a saludar al rey y a su madre que presenciaban el desfile desde los balcones del palacio de Oñate; cuando escuchaba embelesada el tedeum que en la iglesia de Santa María dijera el cardenal Portocarrero y pasaba por debajo de los hermosos arcos triunfales levantados en su honor, y cuando en el salón del trono toda la Corte le había rendido pleitesía y besado su mano. Le parecía un sueño el recuerdo de las fiestas reales de toros celebradas pocos días después en la plaza Mayor, que había sido reconstruida por los cuidados del rey don Felipe III y bajo la dirección del arquitecto Juan Gómez de la Mora, sesenta años antes de su llegada a España. La suntuosa plaza, en la que se habían gastado novecientos mil ducados, sirvió de marco a la más animada fiesta con que el rey su esposo quiso obsequiar a María Luisa.

La presencia de Olimpia Mancini, al recordarle el baile de su despedida, trajo de nuevo a la memoria de la reina los detalles y las incidencias de la fiesta real de toros en la plaza Mayor. Volvía a ver los amplios balcones desde donde presenciaban el espectáculo los cinco Consejos de la Corona, las autoridades de la Corte, las embajadas de toda Europa, los grandes de España y los títulos de Castilla. Recordaba los reposteros y las colgaduras que los decoraban lujosamente y a la multitud aclamándola con entusiasmo. Oía otra vez las músicas y presenciaba el desfile de los caballeros, siguiendo a los seis alguaciles suntuosamente ataviados, que habían atravesado la plaza para ir a buscarlos. Ante ella se aparecían las sonrisas que le dirigían las damas de la Corte cuando recibían los bolsillos de ámbar llenos de monedas de oro con los que de parte de los reyes se les obsequiaba y distinguía, y veía como si los tuviera -50- presentes a todos los caballeros en plaza: al elegante Marqués de Camarasa; al Conde de Ribadavia, espléndido jinete; al Duque de Medinasidonia, resplandeciente como un ascua, y al joven Conde de Königsmark, que no queriendo quedar peor que los demás caballeros españoles, a pesar de ser sueco, había presentado la más brillante de las comitivas de doce caballos enjaezados y seis mulas cubiertas de gualdrapas de terciopelo bordado en oro. El espectáculo en verdad le había impresionado. Cada caballero llevaba cuarenta lacayos con vestidos exóticos, y el desfile, antes de retirarse a las barreras, había sido un prodigio de riqueza y de colorido. La reina era la primera vez que presenciaba lances de toros y sus ojos se habían entusiasmado al ver

la destreza y habilidad con que clavaban los rejones Ribadavia y Camarasa quebrando el mango y sacando el caballo de la suerte mientras los gritos de entusiasmo de la gente les pagaban de su valentía. Pero la mayor impresión la había recibido al ver aguantar una tremenda embestida del primer toro al Conde de Königsmark que, menos hábil, ya que no menos valeroso, no había querido huir, rodando por los suelos caballero y caballo, siendo aquél gravemente herido y salvando la vida gracias a la pronta intervención de uno de los peones vestido de moro que al ver en peligro al caballero sueco, metió una muleta, atrajo hacia sí al toro y clavándole la espada hizo rodar muerta a la fiera. María Luisa se había cubierto los ojos con las manos. Cuando tímidamente dirigió la vista al lugar del incidente, el diestro que había acabado con el toro, mostraba en la mano una bolsa de doblas de oro que el soberano le acababa de arrojar como premio a su acción. Entretanto el noble sueco había sido retirado de la plaza, y la fiesta continuaba con la salida del toro siguiente.

Pero en el recuerdo vertiginoso de aquellas escenas vino a mezclarse el de otra ocasión -año y medio más tarde- con el mismo escenario. El rey ya no era el mismo para con ella, y a pesar de que le había manifestado a Carlos su deseo de no asistir al auto de fe que iba a celebrarse en la plaza Mayor el día 30 de junio de 1680, había tenido que soportar doce mortales horas presenciando el horrible espectáculo. Ya entonces, como ahora, la sonrisa había desaparecido del rostro de la joven reina, a la que examinaba inquisitivamente la Condesa de Soissons.

Olimpia, voluptuosa y amena en su conversación, se retiró, advirtiendo que sería necesario desplegar la máxima habilidad para vencer la desconfianza de la reina hacia su persona. Pero el obstáculo era siempre un incentivo para la intrigante condesa, y el ofrecimiento del Gobierno de Flandes, que el embajador Mansfeld la había insinuado, si salía con bien de la tarea de inclinar a una Borbón del lado del Emperador de Austria, la dispusieron a vencer todas las resistencias. Además el recuerdo de Margarita de Parma que, antes que ella, había gobernado a los flamencos, animaba a la astuta cortesana.

Calma, sangre fría y tesón fueron siempre las principales armas de la Condesa de Soissons en la consecución de sus propósitos. Humilde unas veces y altanera otras, según las circunstancias lo aconsejaban, se fue adueñando del espíritu de la reina María Luisa, a pesar de que ésta, con clara intuición, había presentado en ella a un agente de Mansfeld.

Las rancias damas de la Corte velan con repugnancia la intromisión de la aventurera francesa en la alcoba de la reina. Pero las preocupaciones internacionales de Luis XIV de Francia vinieron a favorecer los planes austriacos. La reina María Luisa acariciaba hacía tiempo la ilusión de una entrevista entre Carlos II su esposo y Luis XIV su tío, convencida de que podrían en ella limarse las asperezas que separaban en aquellos momentos a los dos monarcas. Se había convenido ya, aprovechando el mal estado de salud de Luis XIV, que éste realizaría un viaje al balneario de Barèges y, si Carlos no podía reunirse con él, María Luisa acompañaría por unos días a su tío, para ponerle al corriente de las maniobras austriacas en los recovecos del palacio -52- de Madrid, y recibir allí instrucciones que pudieran servir para evitar la guerra entre España y Francia, temida por la pobre reina hacía tiempo. Mas las cosas no pudieron desenvolverse a medida de los deseos de María Luisa, y Olimpia, deshaciendo la labor del embajador de Francia, Feuquières, que trataba de animar a la reina asegurándole que seguía contando con el cariño de Luis XIV, logró llevar al

ánimo de la desdichada soberana el convencimiento de que había sido abandonada de los suyos y entregada por ellos a la camarilla de María Ana de Austria y del emperador Leopoldo.

Aprovechó la de Soissons la coyuntura favorable, y cuando vio a la reina suficientemente desilusionada, le hizo creer que su padre, el Príncipe de Orleáns, había recibido el encargo de Luis XIV de venir a Madrid para envenenar a su yerno Carlos II, al que a pesar de todo seguía amando María Luisa. Al mismo tiempo lanzaba por Madrid la profecía de que el rey tendría, de una segunda mujer, al cumplir los veinticinco años (el 6 de noviembre del año que corría) un heredero que vendría a calmar las inquietudes del pueblo y de la Corte que presentían guerras y males para la patria, si moría el monarca sin sucesión directa. La profecía llegó a oídos de la reina y sus temores y sobresaltos aumentaron de tal modo, que no pudo ocultarlos a Feuquières, quien inmediatamente puso a Luis XIV en guardia contra la maniobra que se cernía sobre la reina, ocultamente dirigida por los peones de Mansfeld en ventajosa posición, y del peligro que podía significar para la apetencia sucesoria de Francia, el éxito de la intriga austriaca, llevada a buen puerto por la aviesa habilidad de la sobrina de Mazarino.

Olimpia no perdía su tiempo. En cuanto vio el terreno preparado y la ocasión propicia, destapó sus cartas y pudo convencer a María Luisa del abandono absoluto de su tío, que la había sacrificado siempre a los intereses de su política, abandonándola después, por desesperada que su situación fuese. Le brindó, en cambio, la protección del emperador austriaco, de María Ana, la madre -53- de Carlos II, de Mansfeld y de Oropesa, el primer ministro, en contra de todos sus enemigos ocultos, si se decidía a secundar sus planes.

Todo parecía resuelto y sus sueños ambiciosos de mando se acercaban a la realidad cuando de pronto una carta de Luis XIV, presentada personalmente por Feuquières al rey, diciendo que si algo le ocurriese a la reina habría de tomarlo como si le sucediera a una hija, vino a quebrar la jugada de la condesa. La reina, en su reacción, se negó a admitirla más en su intimidad, y Mansfeld, para quien sólo el éxito contaba, se negó asimismo a premiar los servicios de su agente secreto.

* * *

Dos años apenas bastaron para agotar las veinte mil onzas que Olimpia había llevado en letras sobre Madrid. Su tren de vida escandalosa había dado buena cuenta de aquella fortuna. En su palacio era permanente la orgía desde las seis de la tarde hasta las horas de la madrugada en que se retiraban los más indeseables galanteadores de la Corte. Entretanto se decía en Madrid que la condesa se había casado secretamente con el Príncipe de Parma. Feuquières, el viejo y fiel embajador de Luis XIV, moría en la miseria el 5 de marzo del 88 y hasta el 2 de septiembre no llegaba a la Corte el Marqués de Rebenac, designado por el Rey de Francia para sucederle. Durante los seis meses que regentó interinamente la embajada Le Vasseur, la reina, aislada en palacio, cuidaba de la salud precaria de su marido a quien en varias ocasiones se creyó agonizante. El desdichado rey Carlos estaba convencido de que la Condesa de Soissons le tenía embrujado y que a ello se debían sus enfermedades. El Conde de Oropesa, dispuesto a mantener su privanza, decidió utilizar los servicios de Olimpia y cuando el rey quiso alejarla de la Corte y le hizo saber que se le

regalaría el castillo de Trevernes y una renta decorosa para que se trasladase a Bélgica en un dorado destierro, la condesa se humilló ante la reina pidiéndole -54- que no se la alejase de Madrid. María Luisa aconsejó a la Soissons que acatase la voluntad real, desatando la más horrenda de las furias en la intrigante cortesana, que juró a Oropesa vengarse de María Luisa, de Rebenac -el reciente y joven embajador de Francia- y de Luis XIV, a quien nunca había perdonado por su destierro de París.

* * *

Poco tiempo más tarde la reina fue víctima de un benigno ataque de viruela, que quisieron aprovechar sus enemigos para separarla totalmente de su esposo. La reina madre, María Ana de Austria, llegó a impedir que una vez recobrada la salud de su nuera, Carlos II, que ardía en deseos de verla, pudiera hacerlo diciéndosele para ello que tras la viruela, que ya la había desfigurado bastante, se le habían presentado unas llagas de aspecto repugnante. Cuando los esposos lograron de nuevo reunirse, con sorpresa y con ira comprobó Carlos que María Luisa se había librado de su enfermedad sin una sola señal en su cuerpo y con mejor aspecto que nunca. María Luisa supo utilizar en favor de un mejoramiento de las relaciones entre Francia y España, amenazadas por Austria, el influjo adquirido sobre el débil rey. Pero en su alegría volvió a admitir la presencia en palacio de Olimpia Mancini, que le hizo las mayores protestas de devoción y amistad.

La obsesión sucesoria del rey en su reconciliación con María Luisa le hizo creer que en breve la reina iba a darle descendencia, y el convencimiento, en enero de 1689, de que su pensamiento había sido pura ilusión, fue aprovechado por Oropesa y la reina madre para obligar a la infeliz María Luisa a ingerir toda suerte de drogas en remedio de la esterilidad. La reina se aterra. Comunica al embajador Rebenac los temores cada vez mayores de ser envenenada y le ruega angustiada que pida a París en prevención, el envío de contravenenos. Esto ocurría el 24 de enero del año de gracia de 1689.

-55-

El 8 de febrero siguiente, la reina dio su habitual paseo a caballo por el monte de El Pardo. A su regreso, la Condesa de Soissons le ofrecía un apetecible plato de crema de leche helada. Olimpia estuvo como nunca de cariñosa con la soberana. Hablaron de París con la añoranza de los diez años de ausencia. María Luisa pasó un rato agradable pleno de recuerdos, olvidando por un momento sus temores y sus preocupaciones, y la de Soissons se retiró para recibir en su casa un gran grupo de invitados entre los cuales figuraban varios amigos y consejeros de Oropesa.

Al día siguiente, a tiempo que se conocía en Madrid la fiesta suntuosa de Olimpia donde el champaña había corrido con singular esplendidez, comenzaba a circular de grupo en grupo la noticia de que la reina era víctima de un horroroso ataque de cólera. Rebenac se dirigió a Palacio alarmado por las confidencias que días antes le había hecho María Luisa, y porque desde París no habían llegado los remedios solicitados con premura. Vano intento el de ver a la soberana. So pretexto de que el protocolo impedía ver a la reina en su lecho, el embajador francés tuvo que volverse sin hablar con ella. ¡Dramática correspondencia la de Rebenac con Luis XIV en aquellos días tenebrosos en que la intriga triunfaba después de siete años de lucha solapada!

El viernes 11, la enferma da gritos espantosos por las horribles quemaduras que siente en el estómago. El médico de cabecera, un italiano, no toma medidas de ningún género para combatir el mal, y cuando Rebenac, enérgico en su petición, consigue entrar a la alcoba de la enferma, dice al médico: «Actúe usted como si la reina hubiera sido envenenada. Sé por qué lo digo.» Bassenne, en su estudio sobre la vida de María Luisa, analiza, con auxilio de autoridades en toxicología, los efectos del arsénico y la semejanza de los síntomas con las manifestaciones externas del cólera. Pero en Madrid no había epidemia de cólera en febrero de 1689, y el Marqués de Rebenac, cuando la reina hubo expirado, después de -56- perdonar a sus enemigos, solicitó, sin obtenerlo, el permiso de enviar a la autopsia varios médicos de su confianza.

* * *

Por los montes de El Pardo, camino de El Escorial, que había visitado recién llegada al Trono de las Españas, avanzaba un día frío de febrero a lomo de mulas la envoltura carnal de María Luisa de Borbón y Orleans, seguida por su camarera mayor en traje de dueña, y por el cortejo oficial seco y hierático que la acompañaba al panteón mandado levantar por Felipe II para las reinas españolas.

Quince meses más tarde, la desgracia de Oropesa en su condición de valido lanzaba de nuevo por el mundo a Olimpia Mancini, que imploraba a Vidame d'Esneval, embajador de Su Majestad Cristianísima en Lisboa, la protección del Rey de Francia para que se le permitiese embarcar en la capital portuguesa. D'Esneval comunicó la nueva a Luis XIV y aunque éste se había abstenido por política de reclamar por el asesinato de su sobrina, el silencio y el desprecio fueron -como dice Bassenne- la venganza del Rey Sol contra la víbora venenosa.

-57-

V. El capitán Mitrovich

Historia del primer vapor colombiano. 1825

Desde el Alto Perú hasta el oriente de Venezuela, los patriotas sentían el orgullo de la victoria de Ayacucho. El año de 1824 había terminado, marcando el ocaso definitivo del poderío colonial de la Corona de Castilla. Las guerras de independencia habían lanzado a la Gran Colombia a la adquisición de una escuadra con la que oponerse a las fuerzas de mar españolas. El empréstito extranjero acordado por el Congreso Constituyente de 1824 se

invertía rápidamente en la compra, en ocasiones desafortunada, de fragatas, goletas y cañoneras que consumieron 1.243.589 pesos. La quiebra de Goldschmidt y Compañía, y las dificultades para pagar el cuarto dividendo del primer empréstito dieron lugar a que numerosos almacenes de Venezuela y Ecuador se llenasen de toda clase de pertrechos marítimos. Cadenas, anclas, cordajes, alquitrán para calafateos, jarcias, etcétera, dormían envejeciendo y perdiendo precio; pero la fiebre por los negocios de mar se extendía por todas las costas atlánticas y pacíficas de la Gran Colombia.

* * *

En los puertos ingleses, algunos enamorados del nuevo método de propulsión para las naves, reñían una de las más oscuras y tenaces batallas para iniciar compañías marítimas de navegación a vapor que permitieran la regularidad de las comunicaciones, sometidas -58- hasta entonces a la volubilidad de los vientos, principalmente en la travesía transatlántica hacia la que volvían sus ojos los grandes comerciantes de la vieja Europa. El capitán Mitrovich, rudo y experto marino letón que hacía años venía cruzando las aguas difíciles que separaban el Viejo y el Nuevo Continente, aparejaba su goleta Telica y preparaba su pacotilla en el puerto de Liverpool, dispuesto a hacer pronto rumbo a la América española. En su cabeza terca se forjaba el proyecto de establecer con su pequeño buque una línea de pasaje y carga entre los puertos del Pacífico, y el nuevo método de propulsión del que le había hablado con entusiasmo William Wheelwright, que andando el tiempo tenía que fundar la Steam Pacific Navigation Company, le hacían acariciar la idea de transformar su goleta en un flamante barco de vapor.

* * *

Siete meses después, en febrero de 1825, la goleta Telica sufría una profunda transformación. Mecánicos y herreros, escondidos en las entrañas del barco y bajo la dirección personal del capitán Mitrovich, se ocupaban activamente en dotar al buque de las máquinas necesarias para que las velas reposasen en su incesante trabajo de arrastrar la nave. La escena ocurría en el puerto de Guayaquil, donde las tradiciones marinas no se interrumpieron desde los primeros días de la conquista. El puerto del Callao era ya el único reducto de las fuerzas peninsulares y en él pretendía sostenerse Rodil en un desesperado esfuerzo de energía estéril.

El capitán Mitrovich había conseguido ya en diciembre, a punto de terminar las reformas de su pequeña nave, el abanderamiento colombiano, y las noticias que llegaban del Callao, presagiaban una pronta capitulación de los defensores que desde el mes de mayo conocían los dolores del hambre y del racionamiento y en donde el escorbuto hacía estragos causando más de seis mil bajas. Un viaje al Callao con mercancías de primera necesidad se presentaba como un excelente -59- negocio, y además permitía el traslado de unos veinte pasajeros que esperaban la rendición de Rodil para unirse algunos con sus familiares, de los que se hallaban aislados desde hacía más de un año.

* * *

El día 7 de febrero de 1826, las primeras luces del amanecer sorprendieron al puerto de Guayaquil en plena actividad. Sobre el puente del Telica el capitán Mitrovich vigilaba los últimos preparativos. Como quienes fueran a emprender una aventura que no dejaba de ser extraordinaria, los pasajeros, acomodados en la popa del barco, daban grandes voces que ahogaban los escapes estruendosos del vapor, calmando la ansiedad de los parientes que quedaban en tierra con los ojos llorosos y llenos de temor, por los atrevidos deudos que se embarcaban en aquel ruidoso bajel, en el que se aseguraba podrían llegar a Guayaquil en doce días, aunque el viento se negara a rizar las aguas del Pacífico. Casi todos los pasajeros eran comerciantes, impacientes por ver sus mercancías vendidas a buen precio entre los desgraciados habitantes del Callao, hambrientos y necesitados por el prolongado asedio. Sólo cuatro de entre los arriesgados viajeros iban movidos por el deseo de reunirse con su familia. Por la larga y estrecha chimenea del Telica un humo espeso y negro acreditaba el fuego que ardía en las entrañas de la embarcación. Silbidos horriblos asustaron a los curiosos que presenciaban la salida, cuando el capitán Mitrovich ordenó avante a las máquinas, después de haber recogido el ancla. Alegremente el capitán ordenó a uno de los marineros, llamado Thomas Jump, que le subiera de su cámara al puente un vaso de whisky. El sol recortaba sobre la cubierta de popa de la nave la espesa columna de humo, que al contraste parecía aún más larga. Se había iniciado el primer viaje en barco de vapor partiendo de tierras colombianas y el pabellón tricolor de los libertadores ondeaba con gallardía prendido al asta que asomaba -60- por sobre la balconada de la brillante popa recién pintada.

Aún no llevaba el Telica nueve horas de navegación y una neblina espesa obligó al capitán a separarse de la costa para evitar los bajos. Uno de los comerciantes se percató del rumbo y formuló su primera protesta señalando el peligro que sus vidas podrían correr alejándose de la tierra firme. El capitán Mitrovich trató de calmarlo haciéndole comprender que precisamente de aquel modo era como evitaba el principal riesgo del viaje, ya que la mala visibilidad le impedía reconocer las señales de la costa y de no adentrarse en la mar era fácil embarrancar, con el consiguiente daño para todos. Toda la noche hubo de navegar con precaución. La niebla era cada vez más espesa. Las luces de situación apenas se distinguían desde cubierta, y Mitrovich tuvo que reducir el corto andar del buque. A los cinco días de viaje, sin salir de la niebla, el ánimo de los pasajeros se había ido entenebreciendo. Los tripulantes comenzaban ya a poner malas caras. Mitrovich, parte por contrarrestar los efectos de la neblina en sus largas jornadas sobre el puente de mando, cuanto para disipar los efectos de las constantes protestas del pasaje, que no cesaba de refunfuñar y de quejarse, acudía con frecuencia al consuelo de llamar a Jump y hacerse servir la botella de whisky que cada día había que rellenar dos veces del barril que guardaba en su cámara. De las seiscientos ochenta millas que debía recorrer, apenas si había vencido la tercera parte. El combustible se agotaba más de prisa de lo que se calculara y el humor del capitán Mitrovich comenzaba a encontrarse más negro que el denso humo que salía por la chimenea del Telica. Por si era poco todo esto, al séptimo día se les presentó fuerte viento del Sur que al levantar la mar y obligar a forzar el andar, disminuía rápidamente las carboneras. Sin embargo, Mitrovich se había negado sistemáticamente a dar explicaciones sobre lo que faltaba del viaje a las continuas y destempladas quejas de los viajeros que amenazaban con exigirle apenas llegasen al puerto de destino -61- la devolución del importe de sus pasajes que habían pagado a más del doble del precio ordinario por la «seguridad» de acortar la travesía en una tercera parte.

Así las cosas, al despuntar el 18 de febrero, y ya con tiempo abierto y despejado el Telica, quemando los últimos residuos de combustible, después de haberse ayudado casi durante dos días con las velas, enfilaba el puertecillo de Huarmey, al que llegaba en las primeras horas de la tarde. A pesar de la prohibición de Mitrovich, los pasajeros, situados todos en la proa del buque, trataban de distinguir las casas del puerto que calculaban no era otro que el del Callao. El mismo comerciante que había formulado la primera protesta y que al acercarse a tierra iba recobrando el valor que le faltaba mientras sólo veía aguas profundas a su alrededor, se dio cuenta de que arribaban a otro puerto. El escándalo fue mayúsculo. Secundado por la mayoría de sus compañeros de aventura, abrumaron al capitán con invectivas y amenazas. El viaje era, en opinión del pasaje, una verdadera estafa. El capitán había jugado con su plata y con sus vidas de una manera innoble. Todo tenían que arreglarlo las autoridades del puerto del Callao, si es que alguna vez lograban llegar a él. Mitrovich hacía gigantescos esfuerzos por conservar la calma que notaba se le estaba agotando por momentos. ¡Y le faltaban aún por cubrir, una vez hubiera hecho provisión de leña para las calderas, más de ciento cincuenta millas! Llamó rápidamente al contraestre y le ordenó anclar un poco afuera del abrigo, para evitar la desembocadura del río Huarmey, enviando en un chinchorro a Thomas Jump para averiguar si podría encontrar con facilidad el combustible que le era indispensable y preparar la carga para las primeras horas de la mañana siguiente. Apenas hubo dado fondo a las anclas y salido Thomas Jump, la indignación de sus pasajeros no tuvo ya límites y acaudillados por el sempiterno descontento se presentaron en la cámara de Mitrovich, cuyos ojos enrojecidos por el alcohol y por la ira, los miraron amenazadores.

-62-

-Capitán, esto ya es intolerable -dijo con voz campanuda el negociante adoptando una actitud insolente-; hace más de tres días que debíamos de haber llegado al Callao y ahora resulta que este puerto que tenemos a la vista no sabemos cuál es. Usted más que marino es un pirata y exigimos saber a dónde nos lleva en este barco infernal.

-Conque infernal, ¿eh? -barbotó Mitrovich descompuesto-. Pues si es infernal, será al infierno a donde vayan -añadió iracundo. Y uniendo la acción a la palabra, desenfundó un enorme pistolón que llevaba a la cintura y apuntando rápidamente a un barril de pólvora que se encontraba en un ángulo de la cámara, soltó un pistoletazo que al incendiar el contenido produjo una espantosa explosión. El buque dio un salto violento. La cámara saltó hecha pedazos y confundidos con ellos, salieron disparados por el aire capitán y pasajeros. Thomas Jump oyó el estampido, fijó la vista en el barco y apretó fuerte las remadas para llegar cuanto antes a tierra. El Telica envuelto en llamas, ardía como una tea. Aún vio caer el palo de mesana e inclinarse la pobre nave sobre su costado de estribor, para hundirse lentamente hasta la línea de cubierta. Allí el fondo arenoso de la bahía le permitió reposar, asomando su larga chimenea pintada de negro. Cuando saltó a tierra, unos cuantos pescadores le rodearon alarmados. La mar, como si quisiera acompañar los pensamientos últimos del capitán Mitrovich, se encrespó de repente y una fuerte lluvia apagó los restos del Telica que aún emergían de la superficie. El asta requemada se levantaba en popa. Orgullosa de haber hecho ondear sobre las aguas del Pacífico la bandera tricolor de Colombia en un barco de vapor, no se resignó pronto a desaparecer.

VI. Pierre d'Espagnat

Don Pedro el francés

Llegar a Bogotá desde el Terminal marítimo de Barranquilla, cómodamente sentado en un Douglas, en una travesía de menos de tres horas, está al alcance de cualquier turista. Salir de Bogotá en un rápido y moderno autoferro, hasta Ibagué, pasar en pocas horas el Quindío, dormitando en un carro, y continuar en ferrocarril hasta Buenaventura para alejarse luego de Colombia y anotar un país más en la lista de los recorridos, no es tampoco proeza de mucha monta. En el viaje de subida a la capital se puede ver una gran mancha verde que es la selva, nubes abundantes como en cualquier atmósfera de cualquier lugar del globo, los meandros del río Magdalena, empequeñecido por la distancia a que se vuela, cadenas de montañas un rato y el bello panorama vertical de la sabana de Bogotá que dice al viajero el final de su vuelo. No es mucho para quien apetezca sensaciones fuertes. Probablemente horas después, el huésped de la capital se encuentre por la calle Real con un muchacho sano, robusto y amable. Pasará por su lado sin saber que es el piloto gracias al cual salvó dificultades y distancias, mientras él, el pasajero, leía una revista, hacía un crucigrama, o rezaba in mente si su viaje era de «bautismo del aire». Y es también posible, que al regreso a su tierra, acosado a preguntas por amigos, incitado a relatar sus aventuras en «el trópico», se decida a publicar unas cuantas fantasías, estrujando de su memoria lo que escuchó contar, -64- adulterado por la necesidad de ofrecer emociones a sus lectores.

Y sin embargo el libro de viajes honradamente hecho es la mejor guía para el que quiera conocer a fondo el paisaje y el alma de un pueblo. El año 1913 decía don Antonio Gómez Restrepo en el prólogo al interesante libro del doctor Peña, *Del Ávila al Monserrate* (Por el Magdalena arriba): «La perla de estos libros es sin disputa, el del malogrado e insigne escritor francés D'Espagnat, *Souvenirs de la Nouvelle Grenade*, obra de un observador y de un artista, que supo descubrir y apreciar aspectos interesantes y matices muy delicados tanto de la naturaleza física como del carácter, de las costumbres, del espíritu nacional y especialmente de la ciudad de Bogotá. D'Espagnat era, con la pluma, un delicioso paisajista, y si la muerte no hubiera cortado tan pronto su carrera, es de creerse que hubiera aprovechado la rica mina de sus recuerdos y apuntes para otros trabajos análogos, en los cuales hubiera dado prueba de la simpatía que le inspiraba el país. Su muerte prematura fue, pues, una desgracia para Colombia.»

Gracias a la iniciativa de Germán Arciniegas desde el Ministerio de Educación de Colombia, este libro, escrito el año 1898, ha sido traducido al castellano y aparece como el tercer volumen de la serie de Viajes de la Biblioteca de Cultura Popular Colombiana.

Mientras la lluvia caía, como el día de agosto de 1897 en que D'Espagnat divisó por vez primera Bogotá, y teniendo tras los cristales de mi despacho la maravillosa vista del Monserrate y el Guadalupe separados «por el corte colosal del Boquerón», comencé la lectura de los Recuerdos de la Nueva Granada. Medio siglo había corrido desde que el joven viajero francés vino a Colombia con los ojos y el corazón bien abiertos para que otros pudieran gozar las emociones hondamente sentidas y bellamente escritas por él. ¡Cuántos colombianos ilustres de hoy serían sus amigos en sus jornadas santafereñas! Cuántos conversarían con D'Espagnat siendo muchachos, oyendo con cierta envidia sus correrías por -65- el África ecuatorial y sus proyectos inmediatos para adentrarse por los Andes, visitar las minas, navegar por los infinitos ríos de esta tierra y andar a pie y a caballo por los caminos y vericuetos de la Nueva Granada que abrieron los conquistadores. Y yo iba degustando las páginas de sus recuerdos, con ese placer casi morboso de oír el repicar del agua en los cristales, confortablemente reclinado en un amplio sillón y viviendo al mismo tiempo las inclemencias, los peligros de la cordillera, los escalofríos de la fiebre y la poesía de una puesta de sol, frente al nevado de Tolima.

Veía a D'Espagnat, como lo describe Carlos Rodríguez Maldonado, que fue su amigo y es hoy el prologuista de la edición castellana, con su bigote de mosquetero, lacio por el temporal de aguas, chapoteando por las llanuras de la Plana del Magdalena, bajo su gran chambergo que logró salvar en los peores pasos, detrás de su admirable y fiel espolique Alejandrino Góngora, el incansable andarín tolimense de Ibagué, sufrido, valiente y modesto, que al cabo de los años contaría a sus hijos sus andanzas con don Pedro el francés, cuando provistos ambos de batea y carriel se lanzaron a los baldíos próximos al río La Miel «al azar de los cateos, como hacen los mazamorreros». Y el instante horrible en que al pasar un rápido con enorme crecida, los bogas se asustaron abandonando la difícil maniobra y comenzando a rezar a la virgen del Carmen, recorrieron un kilómetro aguas abajo en treinta segundos sin que nada les sucediera.

Lo más extraordinario para el lector actual del libro de Pierre d'Espagnat es el salto prodigioso que el país ha dado en los años transcurridos desde que él escribiera aquellas bellas páginas y la Colombia de hoy. El año 1897, desde Honda era preciso subir a lomo de mula por Guaduas, el Campamento del Vergel, Villeta, Los Alpes, Agualarga para llegar a Facatativá donde el tren recorriendo la sabana dejó a D'Espagnat en Bogotá. El año 1913 se subía ya de La Dorada a Beltrán en tren, de Beltrán a Girardot por el Alto Magdalena en - 66- barco fluvial, y de Girardot a Bogotá de nuevo en ferrocarril. Hoy de La Dorada a Bogotá se sube en unas horas muellemente recostado en un sillón extensible. La mayor parte de los caminos y trechos que hubo de recorrer el autor de Recuerdos de la Nueva Granada, acompañado de la que él llama «la canción del camino», el clás-clás monótono del casco de la cabalgadura al sacar la mano del fango, son hoy carreteras que permiten rápido viaje en automóvil. Las montañas se han acercado; sobre los ríos, puentes de cemento y metálicos unen sus orillas, que entonces durante el invierno, las lluvias mantenían separadas y peligrosas para el vado, y las cambiantes rápidas del paisaje hacen que el turista pierda perspectivas de la que D'Espagnat hizo descripciones maravillosas

empapándose paso a paso en lenta andadura de su caballo, de cada piedra, de cada rincón, de cada picacho. Ya en pocos lugares se encuentra una tan bella y pintoresca escena como la que pinta de su arribo al Campamento del Vergel: «A toda prisa se encienden las velas en la posada, oyéndose el ruido de la loza removida y las voces de la patrona que dominan la zarabanda de las cacerolas, se ve salir el humo por el tejado, se ven entrar balando las ovejas en la sombra gris del establo y se oye chirriar su cierre de madera, y a la vez, de todas partes, de los escondrijos de las sombras, salen ruidos impresionantes, inacabados, propios de este silencio sin igual, el augusto sueño de la montaña.»

Y en Bogotá, apenas entonces una tercera parte de lo que es hoy, Pierre d'Espagnat se estacionaba apoyado en el bastón, con chistera y una orquídea en el ojal de la solapa de la levita, en alguna esquina de la calle Real, para ver desfilar a la salida de misa de San Francisco o de la Tercera, a las bellas muchachas santafereñas que tan honda impresión causaron en su espíritu, y recogerse después por la de Florián al Hotel Europa a anotar en su diario las impresiones de la jornada y a leer las crónicas de El Correo Nacional o de El Autonomista. Sus deliciosas observaciones sobre la sociedad bogotana: -67- «No quisiera ver perder a las bogotanas, por un espíritu de imitación insuficientemente aquilatado, esa distinción personal y encantadora que tienen»; o sobre el ambiente de la ciudad: «Este antiguo nido de águilas os acapara, os subyuga con una infinidad de detalles insignificantes, de indefinidas percepciones, de matices espirituales, y, un poco también por esa especie de melancolía provinciana de que todo está revestido, por la luz, que es aquí más gris, que está más matizada, por un ambiente de ensimismamiento extendido uniformemente sobre el cielo, sobre las piedras y sobre el fondo conventual de los Andes.» Y así, percibe en las cortas semanas que pasa en la capital, lo mejor de su espíritu, y en los diez meses que duraron sus correrías por Colombia, aprende a conocerla y a amarla en la Plana del Magdalena y en los Andes del Oro y en Santa Marta y en Cartagena. Pero sus recuerdos más fuertes, los que sin necesidad de las notas de viaje se graban en su alma bohemia, son los momentos prodigiosos en que frente a la naturaleza ciclópea de esta tierra cruzada por los tres grandes espinazos de los Andes, recoge en su retina la gama de colores calientes como el canto de los turpiales, o escucha en las quebradas el bullicio de las aguas tumultuosas que unas veces son las del Guali y otras las del Saldaña, el Cucuana, el Samaná, el Mauro, el Manso, el Nemá o el La Miel, en el que estuvo a punto de perecer; o se extasía ante la cumbre del Gigante o del Barragán o de la Muela del Tolima. De aquí que, cuando el barco larga anclas en Cartagena rumbo a Jamaica y a Nueva York al ver alejarse con el contorno de la vieja Cartagena de Indias la silueta alta de La Popa y el campanario de San Francisco, diga en su última página: «Se querría retroceder, se querría no marcharse aún del todo.» Y siente una tristeza dulciamarga, que le revela, al perderla de vista, la ternura que profesaba a esta tierra vislumbrada por vez primera desde aquel mismo mar, tan sólo diez meses atrás.

España, botín eterno

-70- -71-

I. Alborada del Corso en Indias

El destino del «Samson». 1527

Aguas abajo avanzaban por el estuario del Támesis, todavía cubierto en la madrugada por la fresca neblina que intentaba desgarrar un indeciso sol de primavera, dos bajeles armados: el Samson, de doscientas cincuenta toneladas, arbolado en bergantín, y el Mary of Guildford, de mayor porte y trapo. Las naves habían sido despachadas a riesgo y cuenta de sus capitanes propietarios, por Su Majestad británica Enrique VIII, «con diversos hombres hábiles y bastimentos, en busca de regiones remotas». Amanecía el día 20 de mayo del año de gracia de 1527. El río despertaba a su vida habitual de tráfico y el sonido húmedo de los remos de pequeñas embarcaciones que lo cruzaban amortiguaba las notas de una canción nostálgica lanzada al aire desde la cubierta de un bricbarca que regresaba de su excursión marina.

La aventura de los descubrimientos en Tierra Firme de Indias Occidentales y las riquezas que las flotas de galeones españoles desembarcaban en el puerto de Sevilla, habían sido el acicate que decidiera a los capitanes del Samson y el Mary a emprender su arriesgada expedición en busca de tesoros, sin saber con demasiada certeza al levar anclas y largar las velas de qué medios habrían de valerse para conseguirlos. La narración, en una taberna de Glasgow, de un piloto portugués al servicio de España, que en menos de tres años había redondeado una considerable pacotilla, a su decir, encendió -72- la codicia y avivó el espíritu de largas correrías en dos de sus oyentes. En cuatro meses quedó resuelto el avituallamiento y unos días bastaron para encontrar tripulaciones. La suerte estaba echada, y al dar la voz de partida y encomendarse a Dios para el viaje, las palabras del portugués resonaban con fuerte martilleo en las sienas de los dos aventureros.

Edward Morris, desde el puente de su Samson, y haciendo portavoz con sus manos recias, atendía a salvar los obstáculos que se aparecían por la proa, con órdenes breves que los hombres ejecutaban con precisión de prácticos. La gente de Morris había sido enrolada en contrato a la parte si la suerte deparaba botín, y así, las ilusiones del capitán las compartían piloto, maestre, marineros y marmitón, que ejecutaban sus quehaceres iluminados por el pensamiento del día incierto del retorno, en que el oro liberador habría de permitirles abandonar su azarosa existencia para afincar en sus aldeas y encender la imaginación de sus compadres con las narraciones maravillosas del crucero que apenas estaban emprendiendo.

El capitán Morris había nacido en Gales, de familia marina; era buen navegante y conocía las rutas de Cabo Verde y de las islas Afortunadas. Casi rompiendo el siglo su marcha hacia la Historia, se había hecho a la mar como grumete de su padre. Y a los cuarenta y tres años de su vida, la maravilla de un mundo nuevo le arrastraba a la gran aventura. A pesar de su corta talla, erguido en el puesto de mando, su complexión robusta y sotabarba roja le daban expresión de energía. De cuando en vez quedaba como abstraído, pensando en las cartas geográficas extendidas sobre la mesa de su cámara. Las había comprado en Londres y en ellas vio por vez primera nuevas tierras agregadas al ya famoso mapa del piloto español Juan de la Cosa. Con su colega el capitán James Goonsfield, del Mary of Guildford, había discutido largamente acerca del propósito de la expedición que comenzaba.

¿Descubrimientos, como rezaban sus despachos? ¿Comercio de cabotaje entre diversos - 73- puertos de las Indias, prohibido por el monarca de Castilla? ¿Piratería? Sus patentes les acreditaban como descubridores; pero los pañoles y la sentina de sus embarcaciones hablaban más de empresas de guerra. Las redondas bocas abiertas de sus cañones parecían avizorar fáciles presas. Las santabárbaras de sus bajeles iban atiborradas de pólvora y de plomo; y el resto lo constituían provisiones de boca para crucero largo. Nada de baratijas ni mercaderías, prestas a los trueques. Nadie, sin embargo, ni ellos mismos, sabían en aquella mañana de mayo, cuál debía ser su auténtico destino.

Como a cincuenta brazas por la popa le seguía el Mary. Goonsfield, su capitán, acodado en la amura de babor, veía deslizarse, entre los últimos restos de la niebla, la desdibujada silueta de Tilbury sobre la margen izquierda del río. Pronto las aguas agitadas del canal darían comienzo a las verdaderas singladuras del viaje. Pintadas de verde, las dos naves se reflejaban con gracioso cabrilleo en la superficie levemente rizada del Támesis, y docenas de gaviotas blancas trenzaban arabescos por entre los mástiles y el cordaje para descender rápidas y voraces sobre algún pececillo o un resto de comida lanzado por el marmitón.

del diario del capitán Morris

10 de julio de 1527

Singladura: 58. Posición: No se ha podido tomar la altura. Rumbo: 75 grados Noroeste. Viento: Segundo cuadrante del Sudeste, fuerte, con tendencia a aumentar. Andar: 9 millas. Seis ante merídiem: Se han recogido la redonda y la gran cacatúa. A las ocho ante merídiem, en la maniobra para rizar, Stephens cayó desde la gavia del trinquete al agua. Cuando he podido ordenar la bordada y arriar la chalupa, era tarde. Tercero de mis hombres que no ha de volver a la tierra. Dios lo tenga en su seno. El Mary se ha alejado y navega - 74- a una milla por estribor. Dos post merídiem: El viento se ha llevado dos velas. Mantengo sólo los foques del mayor para no desviar el rumbo y andamos más de diez millas, haciendo bastante agua. El Mary parece ir sin gobierno y ha perdido el palo mesana. No es posible hacer nada por él, pero Goonsfield tiene recursos y saldrá adelante. Cinco post merídiem: Hace más de dos horas he dejado de ver al Mary. Dios ayude a Goonsfield y a su gente.

* * *

3 de julio de 1527

Hemos aprovechado la calma para leer unos oficios por nuestros compañeros del Mary...
Mis gentes cuchichean y andan inquietas...

* * *

Noviembre

Al abrigo de una pequeña ensenada en la costa meridional de la isla de Mona, entre La Española y Puerto Rico, la carabela Amparo, de setenta toneladas, al mando del capitán don Pedro Fajardo, completaba una carga de casabe para Puerto Rico. Serían las diez de la mañana del día 19 cuando alguien dio la señal de avistarse por barlovento un bajel como de doscientas cincuenta toneladas, bien provisto de cañones. Don Pedro calculó que se trataba de alguna nave procedente de España y ordenó que un bote se acercase para inquirir noticias. Habría el bote mediado el camino, y pudo verse que los del bajel destacaban una pinaza con veinticinco hombres, armados de coseletes y ballestas. Puestos al habla, resultó ser la nave inglesa, y según dijo su patrón, mandados por el Rey de Inglaterra para descubrir la tierra del Gran Kan.

El capitán inglés se llamaba Edward Morris y su nave el Samson. Casi más por medio de la mímica que por palabras, explicó Morris a don Pedro Fajardo la odisea -75- de su navegación. Una violenta tempestad hizo perderse en la noche del 1 al 2 de julio a otro bajel que integraba la expedición. Luego su barco había encallado en un banco de hielo, forzándolo a hacer rumbo al Sur, acostando para reponerse a la isla de Bacallao. Allí los indios le mataron al piloto. Logró hacerse otra vez a la mar y navegando cuatrocientas leguas a lo largo de la costa de las tierras nuevas había ido a parar a la presencia de los españoles. Era poco leído don Pedro Fajardo y nada pudo averiguar de los papeles que Morris le presentó para atestar la veracidad de su relato. Un pergamino en latín y en inglés que Morris explicó ser su patente real y que Fajardo aparentó leer con detenimiento, lamentando no haber cursado Humanidades, le dejó tan in albis como si estuviera en jeroglífico.

Dos días pasaron descansando de sus fatigas Morris y sus hombres, tras los cuales, preguntado el rumbo para La Española, se separaron cortésmente de don Pedro, y al tercer día de navegación daban vista a Santo Domingo y anclaban ante el puerto en las horas de la tarde del 25.

Bien dispuesto Morris por el trato que el capitán Fajardo le había dispensado, dispuso arriar un bote y con diez marineros sin armas se adelantó a la ciudad, pidiendo licencia para entrar y negociar algunos artículos que le hacían falta. Le fue ésta concedida y con él regresaron a bordo el alguacil mayor y dos pilotos lemanes para entrarlo en el puerto sin peligros a la mañana siguiente.

El día 26, recogidas las anclas y con escaso trazo colgado de sus dos palos, el Samson inició su maniobra para llegarse al puerto. No había avanzado un tercio de milla cuando desde el castillo que dominaba las aguas se lanzó un cañonazo contra el bajel inglés. Una columna de agua levantada por su proa como a cien brazas dejó a Morris perplejo y a su

gente revuelta por el recibimiento. Trató el capitán de convencer a la tripulación de que eran salvos, y eso le dijo uno de los pilotos del puerto; pero aún no había acabado de decírselo -76- y ya un segundo proyectil salpicaba su banda de estribor después de partir varias cuerdas.

Rápido y encendido de coraje, Morris ordenó virar en redondo, a riesgo de encallar en los bajos que le rodeaban. Puso proa a la mar abierta y descargó su cañón de popa sobre los que de tal manera lo recibían, llevándose de presa a tres autoridades de aquel puerto. Con viento favorable se llegó a Puerto Rico, adquirió algunas provisiones y después de desembarcar a sus presos en lugar solitario de la costa, con un mensaje para el alcalde de Santo Domingo, don Francisco de Tapia, cuya conducta le valió ser reducido a prisión por los oidores de la Audiencia, decidió cruzar los mares del Caribe y las Antillas para acechar las presas que habrían de pagar la felonía de un funcionario torpe y cobarde.

Otros buques descendieron pronto por las aguas del Támesis para recorrer las del Caribe, pero nunca habían de volver a remontarlas ni el Mary of Guildsford, perdido en una noche de julio del año de gracia de 1527, ni el Samson, cuyas huellas se pierden después de la corta escala de Puerto Rico.

-77-

II. Hermanos de la Costa

Piedad bucanera

El toque del Ángelus vespertino daba por terminadas las faenas del día en la isleta central de Las Santas. El reverendo padre Duarte, de la Orden de Santo Domingo, que regentaba la parroquia de la isla, al acabar sus preces, salió de la pequeña iglesia colonial que apenas si era un cuadrilátero de ocho metros por diez pulcramente enjabelgado y en cuya simple fachada naciente relucía, todavía vibrante por el último golpe del toque de oración, una campana de no más de treinta arrobas de peso. El buen padre Duarte recorría a diario antes de acostarse las veinticuatro viviendas de su feligresía. Para todos tenía la palabra de aliento y el consuelo oportuno. Doce años hacía que había llegado de La Dominica con ocho colonos pobladores en una hermosa tarde de septiembre, y todas las tardes, cuando sus labios musitaban la oración, el padre Duarte sabía qué hombres, mujeres y niños con la cabeza reclinada sobre el pecho, en el campo, en la bahía o en casa, decían con él las alabanzas a la Encarnación del Señor.

Doce años día a día habían ido plateando los cabellos del párroco hasta dejarlos blancos, y sus trazos enérgicos de cántabro se habían ido quedando en los riscos del pequeño archipiélago en un esfuerzo continuo y sin desmayo por animar a su grey en los momentos duros en que unas horas de ciclón antillano habían deshecho la paciente labor de los colonos, destrozando las casas o arrasando las sementeras amorosamente cuidadas.

La última visita del día era para Ambrosio el carpintero, santanderino como él y a cuyos cuatro hijos había -78- bautizado y enseñado la doctrina de Cristo. Hablaban de su tierra, de las noticias que muy de tarde en tarde llegaban de la Corte del rey Carlos II, de la lucha con franceses e ingleses y de la prosperidad de la isleta. Como todos los días, maese Ambrosio acompañó al padre Duarte los cien metros que separaban su vivienda de la casa parroquial, junto a la iglesia, y cada cual se fue a tomar su colación y a esperar que la salida del sol marcara otra jornada en sus vidas tranquilas y honorables.

* * *

Comenzaban los gallos su canto precursor de la aurora. La mar en calma iba adquiriendo la claridad que le daban las primeras luces del día. En el puerto una goleta de mediano porte, pintada de negro, acariciaba con sus mástiles desnudos el cielo, en un suave hurgar como de cosquilleo. Bogando sin ruido, se acercaban a la orilla dos botes repletos de hombres armados. Saltaron a tierra. Eran más de cincuenta. A su frente avanzaba un tipo rudo de mejor aspecto. Calzaba botas altas de cuero, mientras los que seguían iban a pie descalzo. En silencio fueron subiendo el repecho de la plaza, a cuyo fondo se levantaba la iglesia. Sin vacilar se dirigieron a la humilde casa parroquial. La puerta estaba abierta. El padre Duarte se encontraba ya en pie, y al verlos irrumpir, sin alterarse se dirigió al que parecía jefe:

-Usted dirá, señor, en qué puedo servirle.

El aludido pareció vacilar. Se descubrió con muestra de respeto y asombro de la cordial recepción y respondió con marcado acento extranjero:

-Soy el capitán Daniel, de los Hermanos de la Costa, padre. Estoy corto de provisiones de boca y necesito vino, aguardiente y algunas docenas de aves para mi gente. Pero vengo a comprarlas, si no hay inconveniente -agregó rápido.

-Si es eso sólo -dijo el párroco-, no lo creo difícil, mas temo que los colonos se alarman viéndolos de esta guisa -y con sus ojos bondadosos y algo socarrones -79- indicaba las enormes pistolas de los bucaneros y los sables cortos que colgaban a sus costados-. Mejor sería que yo les avisara para evitar cualquier pendencia.

-Tal era mi deseo, señor abate, y aun me atrevería a pedirle que me honrase viniendo con sus feligreses a bordo para decir la misa que hace varios meses no han podido oír estos muchachos y están necesitados de cuidar de su alma a veces un tanto descuidada. Pero son buenos chicos, y saben guardar el respeto a los hábitos que viste su merced.

El padre Duarte sacó unas jarras de vino rosado de Valdepeñas y después de recomendar a sus huéspedes que le esperasen con calma en la casa parroquial, se dirigió hacia la de maese Ambrosio para que advirtiese a los vecinos del acaecimiento.

Atemorizados, pero con cierta confianza en la promesa del padre Duarte, los vecinos se fueron congregando en la plaza. Algunas mujeres lloraban y la mayor parte de los chiquillos se habían reunido junto al mar, mirando curiosamente la goleta, cuyos cañones y cuyo casco negro pregonaban la aventurera actividad de los visitantes de la isla.

El capitán Daniel organizó la requisa de las mercancías y una vez cargadas en los botes, en tres viajes se trasladaron a bordo bucaneros y vecinos, presididos por el capitán Daniel y por el padre Duarte, a quien el corsario trataba con gran deferencia. El pobre párroco pedía a Dios que todo aquello terminase con bien. Sobre el puente de popa se instaló por los Hermanos de la Costa el altar y ayudado por el bueno de maese Ambrosio, que no se separaba de él, el padre Duarte se revistió para el santo sacrificio. Sobre cubierta y en el entrepuente, los hombres del capitán Daniel, entre los que abundaban los franceses, algún holandés y unos cuantos ingleses, miraban con mezcla de misericordia y desdén a los pacíficos feligreses del padre Duarte, que se habían apiñado hacia la escala del puente de popa, lo más cerca posible del altar. El capitán Daniel, que había ordenado preparar salvas en cuatro de los cañones, -80- recomendó la máxima compostura a su gente, alzó el brazo para que disparasen los artilleros y adoptó un aire teatral de recogimiento después de persignarse ostensiblemente con las dos rodillas en tierra.

El vinillo manchego con que había obsequiado el párroco a los que irrumpieron en su casa, había hecho, por lo visto, efecto a un bucanero marsellés llamado Antoine, y para atemorizar a los vecinos, les lanzaba terribles miradas fanfarronas. En el momento de alzar, al oír el estampido del cañón de proa, Antoine hizo ademán de sacar el sable de abordaje. El capitán corsario le había seguido en sus gesticulaciones y al verle empuñar el arma se aproximó a él y en tono firme le dijo:

-Compostura, Antoine. Si estás bebido, retírate.

-Menos orgullo, Daniel. Soy tan hermano de la costa como tú y haré ahora y siempre lo que se...

Un pistoletazo cortó la frase del bucanero. El capitán, rápido como el rayo, había levantado el brazo y descargado una de sus pistolas a medio metro de la cabeza del marsellés. El padre Duarte continuó sin volver siquiera la cabeza, y maese Ambrosio, que actuaba de acólito y que creyó llegada la hora de la matanza, musitó entre dientes: «Piedad, Señor.» El capitán Daniel guardó su pistola sin alterarse, miró dominador a vecinos y bucaneros y acercándose al sacerdote, que al oírle llegar no pudo ocultar un ligero temblor en sus manos y cierta palidez en el rostro, le dijo con estudiada humildad:

-No se alarme, padre mío; es un bribón que falta a su deber y lo castigo para enseñarlo mejor.

En la aldea, el ruido de los cañonazos tenía en alarma a las esposas de los que se encontraban a bordo. La misa continuó sin más incidencia, seguida con todo respeto por los corsarios y la consiguiente intranquilidad por los vecinos de la isleta. El cadáver del marsellés irreverente se quedó cara al sol en medio de un charco de sangre que millares de moscas se apresuraron a gustar. Con las piernas separadas, la cabeza deshecha y los ojos abiertos, mirando sin mirar al cielo, el despojo de Antoine parecía esperar la bendición del oficiante. Tras -81- el Exaudiat y las oraciones por la vida del rey nuestro señor, el padre aprovechó el instante en que Daniel lanzaba un estentóreo Vive le roi!, para impartir su bendición al desdichado. Un minuto después, con una piedra al cuello, y sin la menor ceremonia, dos compañeros suyos lo lanzaban por la borda y Daniel apuntaba en su cuaderno el reparto entre los bucaneros restantes del botín que en el viaje había correspondido al muerto, después de entregar al sacerdote, como precio de la misa, un esclavo negro, y algunos objetos de culto procedentes, sin duda, de un saqueo anterior.

Vueltos todos a tierra, el padre Duarte se trasladó a su iglesia seguido por los vecinos y las familias. Un ferviente tedeum en acción de gracias y un responso por el alma de Antoine fueron oídos devotamente por los feligreses. Cuando al salir miraron a la bahía, la goleta, izadas sus velas, enfilaba a la mar, y el capitán Daniel, seguro de haber ganado el cielo por su «piedad» religiosa, saludaba desde lo alto del puente agitando el sombrero y pensando en voz alta:

-¡Qué bruto ese Antoine! Estoy seguro de que el padre ha debido de asustarse. Si no me apresuro, el marsellés estropea la misa más bonita de toda mi carrera.

Cortó el hilo de su pensamiento para gritar: «¡Ohé, izad los foques!», y terminó: «¡Qué bueno es sentir aliviada la conciencia con una misa a bordo! Si alguna vez vuelvo por aquí, le ofreceré el puesto de capellán de mi goleta a ese bendito padre.»

-82-

III. Tres estampas de Francis Drake

I. De corsario a almirante

Todavía reinaba Enrique VIII de Inglaterra y compartía su tálamo Catalina Parr, sexta de sus mujeres. La cabeza de otra Catalina (Howard) había rebotado en el cadalso tres años antes, cuando la infeliz reina acababa de cumplir los veinte abriles. La vida en Inglaterra era una sorda batalla de pasiones. Anglicanos y católicos luchaban sin cuartel. Las costas escarpadas, las bahías amplias y los bellos jardines del condado de Devonshire conocían las

inquietudes de un pueblo que despertaba al impulso ambicioso del primer Tudor y se disponía a conseguir el señorío de los mares.

En la aldea de Tavistock, sobre el Tave que lleva sus aguas rumorosas a la bahía de Barnstaple, un día de 1545, el ciudadano Drake, rígido y celoso anglicano, aceptaba la responsabilidad de ser padre, al darle su esposa un niño a quien se puso por nombre de pila Francis. El día había sido tormentoso, y la luna en creciente ofreció el espectáculo de unas extrañas manchas rojizas. Los signos de la Naturaleza predecían turbulencias en la vida del recién nacido.

* * *

Con las primeras nociones de educación entraron en la mente de Francis las legendarias correrías de William Hawkins por una remota región de salvajes que llamaban La Guayana, de donde había traído el navegante, -83- presentándose a Su Majestad en el palacio de Whitehall, uno de sus caciques o reyezuelos. El pequeño Drake se dormía viendo saltar sobre fantásticas olas, a velas desplegadas, un hermoso navío de tres puentes, el Polo of Plymouth, que mandado por Hawkins, había conseguido la gloria de descubrir para Inglaterra países ignorados.

* * *

La muerte de Eduardo VIII en 1553 marcó, con el reinado de María Tudor -declarada enemiga de la Reforma-, una época de violentas persecuciones para los anglicanos. El padre de Francis tuvo que huir de casa y refugiarse en el condado de Kent con unos parientes donde nadie le conocía. Regresó cuando al morir María Tudor subió al Trono la reina Isabel (1558). La vocación de Francis se había decidido ya en la ausencia del padre. Los mares le esperaban y pronto se embarcó de grumete en un lugre de cuarenta toneladas que hacía el cabotaje entre los puertos de Inglaterra y Francia. Tenía dieciocho años cuando por vez primera arribó a las costas de España, en Vizcaya, y avistó en sus poblados marítimos a los españoles, contra quienes había de combatir hasta su muerte.

* * *

El año 1565 es fecha señalada en la vida del joven Francis Drake. Su pericia y su destino de aventura le llevan a alistarse como piloto en una nave de la trata de esclavos, y bajo su mano experta, una carraca negrera sorteó los peligros de la mar atlántica; cargó en la Guinea su mercancía humana, y alcanzó, con el éxito de la expedición, el grado de capitán de alto bordo, que comenzó a ejercer como dependiente de John Hawkins, el sobrino de William, al mando del navío Judith; un bergantín buen marinero, de tres palos y resistente casco, como para afrontar dificultades y acortar y alargar distancias según lo demandasen los acontecimientos.

-84-

Su nombre empieza a circular por las Antillas, por las islas Caribes y por las ciudades costaneras de Tierra Firme de Indias. La protección de la reina Isabel, que incluso hubo de regalarle un buque, había permitido a Hawkins armar una flota de seis navíos, entre ellos

Judith, que comandaba Drake. La espada, la argucia y cuantas malas artes eran usuales en el inhumano comercio de la trata, les permitieron una carga de cuatrocientos cincuenta esclavos negros en las costas desiertas de Guinea. Habían levado anclas en Plymouth, en octubre de 1567. Marzo del año siguiente les sorprendió dando vista a la Dominica. Navegaron al largo de la costa continental «realizando su tráfico», y terminado éste, el pretexto de la guerra angloespañola les sirvió para elegir a Río Hacha como primera víctima de Tierra Firme. Drake, al frente de doscientos hombres, condujo el asalto, dirigió el pillaje, mató por su mano cuanto ser se le opuso y ahorró sangre corsaria. Sólo perdió dos hombres. Su prestigio crecía a los ojos de los desalmados que le seguían. Quemado a todos los vientos, el capitán Drake, implacable, duro, se convencía a sí mismo de que vengaba con aquellas muertes de seres inocentes la persecución sufrida por su padre cuando él era niño. Los católicos, sólo por serlo, los españoles por enemigos, despertaban en su alma turbulenta y mística un sentimiento de rencor a cuyo soplo, además, podía enriquecerse. El mar era su medio y el corso su elemento. En el puente de mando de la Judith la silueta arrogante del corsario de Tavistock se recortaba sobre el fondo azul del cielo tropical, o se deshacía en los reflejos verdes de las aguas profundas del Caribe.

La batalla de San Juan de Ulúa

Merodeaban el Judith y los demás navíos de Hawkins aguas de Cartagena de Indias a la espera de presas, en agosto de 1568. Encapotado el cielo, decía a los marinos presagios de tormenta. Los restos de un tifón separaron -85- la flota, y el joven pirata, capeando el temporal y sorteando fragatas y bajeles españoles armados, día y noche en el puente, dando órdenes y mascullando salmos, corrió el golfo de Méjico, logrando reunirse con los suyos en la tarde del 16 de septiembre, al amparo del puerto de San Juan de Ulúa (Veracruz).

Rompían las luces matinales del día 17. Reunidos Hawkins y sus oficiales en la nave capitana que mandaba el primero, discutían los planes inmediatos. Desde la cofa del palo mayor, la voz del vigía advirtió la presencia de grandes navíos por el Sureste. Hawkins y Drake, seguidos de los otros cuatro capitanes, subieron a observar los movimientos de las naves. Poco rato les bastó para convencerse de que eran trece las que se acercaban. El pabellón del almirante de la flota de Nueva España les permitió identificarlos. Era mucho enemigo y los corsarios estaban sin descanso, tras el combate con el viento y la mar. Hawkins decidió entablar negociaciones. El capitán Drake, con veinte hombres, se destacó en la pinaza de su barco, como nuncio de paz. Su noble continente le ayudaba. Severo, correcto y ricamente vestido, el corsario se desenvolvió en su embajada con los españoles a la manera de un emisario personal de la reina Isabel. Bebieron los capitanes enemigos a la salud de sus respectivos soberanos, y se convinieron promesas de paz y de amistad. Los ojos del marino inglés observaban el armamento de las naos españolas. Mentalmente calculaba las probabilidades del combate. Al retirarse, en tanto salía con honores de militar en misión, sus ojos sonreían socarronamente con amabilidad fingida y su mano izquierda acariciaba la rica empuñadura de su espada.

Del día 17 al 20 mantuvieron la distancia, ancladas las escuadras españolas e inglesa. Las noches se aprovechaban febrilmente por los ingleses para reparar los daños causados por el temporal. Cerrando el semicírculo del horizonte, el 20 a mediodía entraron las naves de Castilla en el puerto. Formadas las tripulaciones sobre cubierta, ingleses y españoles cambiaron los saludos. El -86- pendón de Castilla y el de los Tudores bajaron y subieron de sus mástiles en cortés movimiento... y, sin embargo, todos sabían que la tregua tenía que quebrarse.

Dos navíos de sesenta cañones y uno de cuarenta y cuatro cerraban el paso a los corsarios en la bocana del estrecho puerto. El día 23, Hawkins, Drake y sus gentes ultimaban preparativos de largar amarras. La aurora del día 24 ofreció un cambio de posición. Cuando los buques corsarios iniciaron su maniobra para hacerse a la mar, las bocas de más de cien cañones les miraban, prestas a entablar el sangriento diálogo. Los ingleses aparentaron no enterarse, y momentos después de desplegar su trapo, el gallardete de combate flameaba en el palo mayor de la capitana de Hawkins, como señal para la primera andanada contra los buques españoles. Tres veces lanzó Drake al abordaje su Judith sobre la nave almirante enemiga. Las tres veces fue rechazado con fuertes pérdidas. El navío español, con hábil maniobra, evitaba el encuentro y aprovechaba la pasada para descargar sus potentes cañones y los mosquetes y arcabuces de su gente a escasa distancia de los piratas. La gavia del trinquete de la Judith partida por un certero disparo de la artillería enemiga, le había dificultado, apenas comenzada la acción, la necesaria rapidez. También las piezas inglesas vomitaban fuego sin cesar. Drake, sin inmutarse y descargando de vez en cuando sus pistolas, lanzaba sus órdenes, en medio del fragor del combate. Dos incendios amenazaron volar su santabárbara, y sin abandonar un instante su puesto, previno lo necesario. Sólo sus cejas se apretaban más, cuando veía sucumbir en la lucha alguno de sus barcos. Dos habían sido totalmente incendiados; un tercero, hundido por el golpe poderoso del espolón de un gran navío español; el cuarto aún combatía, desarbolado y con fuerte escora de estribor, cuando dos bajeles enemigos lo abordaron y acuchillaron uno a uno a sus tripulantes, que se negaron a entregarse. Pero la capitana y la Judith aguantaban bravamente. No eran hombres para rendirse John Hawkins y Francis Drake.

-87-

Se iba acercando el fin del día. Aprovechando el correr de una bordada de la nave almirante enemiga que abría el paso, Drake dirigió la Judith hacia la bocana, y cuando los españoles quisieron cerrar de nuevo el camino, ya era tarde; los dos buques corsarios, delante el de Drake y casi pegado a él la capitana de Hawkins, salieron a mar abierta. Una última andanada de la artillería española alcanzó al segundo. Drake, desde su puente, vio a su jefe abalanzarse con sus hombres a apagar un incendio que amenazaba dañar las partes vivas de su nave. Pensó en volver para auxiliarle; pero cuando iba a hacerlo, observó a tres de los adversarios acercarse velozmente a la capitana. La mitad de sus hombres estaban fuera de combate; una gran parte de su pólvora se había inutilizado por el agua que fue necesario arrojar para evitar la explosión de la santabárbara. Drake tomó en el acto la decisión. Abandonó a su suerte, bien a su pesar, a John Hawkins; pidió a Dios que sostuviera la brisa que soplaba con fuerza, y se alejó de aquellas aguas, con el pensamiento de vengar algún día la derrota que la mala fortuna le había impuesto.

La Judith, maltrecha, pero animosa, cortaba con su proa las aguas brillantes que encendían aún los últimos reflejos del sol de Poniente. Allá atrás, con el sol, quedaron las naves castellanas, el buque de Hawkins y los restos de cuatro bajeles corsarios. Hawkins, con seguridad continuaba el combate. La costa se perdía por la distancia y por el rápido crepúsculo del trópico. Mientras el cirujano cuidaba de los heridos, el capitán Drake hacía alinear sobre cubierta los veintiocho cadáveres que certificaban el encono de la batalla. Sobre una tabla y con una bala de cañón cada uno, sujeta a los pies, quedaron mirando al cielo, que iba oscureciendo y en el que comenzaban a brillar unas cuantas estrellas.

Descubierto, con la melena al aire y el aspecto sombrío, el capitán corsario leía unos versículos. Sesenta hombres endurecidos por todos los mares y ennegrecidos por la pólvora daban guardia de honor a los muertos. El lejano ruido del trueno, como eco de los cañonazos -88- que cortaron la vida a aquellos veintiocho aventureros, se mezclaba al que producía el tajamar del bajel corsario. Los labios de los hombres se movían salmodiando palabras de piedad. A los pies del capitán cayó un pez volador, como una cruz de plata, y con voz bronca y acento conmovido se oyó a Drake ordenar: «Dar agua.» Uno tras otro resbalaron los cuerpos sobre las tablas que sostenían apoyadas en la borda de babor los nervudos brazos de sus compañeros ya en silencio. Uno tras otro veintiocho chapuzones golpearon el corazón del corsario, y perdiendo su rostro la expresión de fiera, Drake, el pirata, volvió a ser niño y a pensar en la plácida orilla del río de su aldea y en los jardines risueños de su casa de Tavistock. En ellos había soñado con mandar algún día un barco como el Polo of Plymouth y se había visto al frente de sus hombres saltando al abordaje sobre la cubierta de una presa repleta de monedas de a ocho que su audacia escamoteaba al tesoro del Rey de Castilla. ¡La vida era más ruda! Y el pensamiento de la muerte, aunque bello con el mar de escenario, le hizo subir pausadamente al puente de mando y poner la proa hacia Inglaterra, con el deseo puro de reposar en las verdes campiñas de Devonshire las emociones de la jornada de San Juan de Ulúa.

Reposo

El 25 de enero de 1569, en el puerto de Plymouth, una nave corsaria recibía estopa y brea y martillazos de los calafates que la reparaban. En las amuras y por encima de la línea de flotación, más de veinte boquetes evocaban los diversos calibres de los proyectiles que golpearon al buque. Recogidas las velas en las vergas, despintado el casco y colgando tristemente el cordaje, producía la impresión de un inválido que apenas ha salido de un grave peligro. Nadie creería que era la valiente Judith de Francia Drake. Y era ella. Con esfuerzo y valor, haciendo agua, medio desarbolada, huyendo -89- de temporales y de buques enemigos que acabasen con ella, hacía cinco días que descansaba de sus fatigas en el puerto. Multitud de curiosos la observaban. Su historia aventurera corría por las tabernas, deformándose y adquiriendo vuelos de leyenda.

El capitán Drake había alcanzado la jerarquía de héroe popular. Se hablaba de que iba pronto a emprender la hazaña de dar la vuelta al mundo, que ningún inglés acometiera después de terminarla el vasco Sebastián Elcano. Los corrillos charlaban animados por entre fardos y cuerdas del muelle. De pronto llega el héroe.

-Es Drake -dice un mozuelo.

-Dios os guarde, capitán -dijeron varios de los presentes.

Drake saludó casi con ceremonia y por el planchón subió a bordo. Le preocupaba el retraso de Hawkins. Seis días después del combate de San Juan se habían reunido, pero la última tormenta a trescientas millas de Inglaterra separó las embarcaciones que navegaban en conserva.

Sturm, el maestro, se adelantó a él con respeto y con el rostro alegre, le dijo:

-Mire, capitán -y señaló el horizonte lejano. Con lento cabeceo la nave de Hawkins iba ganando el puerto.

-¡Dios salva a la reina, Sturm! Aún nos quedan por delante muchas jornadas gloriosas.

-90-

II. El último viaje de Drake

En el extenso azul de la bahía de Plymouth, pequeños rizos blancos comenzaban a dibujarse al impulso de la brisa matinal. El puerto despertaba respirando ese olor acre de las proximidades de la marea alta en los días calientes del verano. En el centro de la rada, veinte navíos ligeros cabeceaban mecidos por el tranco de la marejada, rota en los acantilados lejanos de la punta sureste. La mañana marinera vestía sus galas de fiesta para alegrar el bullicio de la despedida. Con los hatos terciados a la espalda, marinos, pilotos, artilleros, arcabuceros y demás gentes de mar y de guerra se separaban de los suyos entre risas, abrazos, bravatas y bromas. Varios oficiales iban y venían por el muelle vigilando la carga de los últimos pertrechos y vituallas. Eran las siete de la mañana de un día de agosto de 1595. A las nueve y media, con la pleamar, levaría anclas la escuadra de los almirantes Drake y Hawkins, rumbo a Occidente, en busca de provecho y nombradía para la Marina de Su Majestad la reina Isabel de Tudor.

Jimm el tuerto avanzaba hacia el malecón, del brazo de su mujer, que lo contemplaba entre orgullosa y entristecida. Jimm era cabo de escuadra en la nave almirante. Servía a las órdenes de sir Francis Drake desde 1570, cuando el entonces capitán corsario salió del mismo puerto con un privilegio regular de corso firmado por la reina para atacar galeones

españoles en los mares -91- de Indias. Casi un niño, todavía grumete, había perdido el ojo izquierdo, en 1572, combatiendo junto a su jefe, en el asalto al almacén de mercancías de Las Cruces, en el embarcadero de Chagres, de la provincia de Panamá. Drake lo había salvado de la muerte, y el apego del grumete al corsario se había transformado en la más leal adhesión. Junto a Drake saltó Jimm sobre la cubierta del barco del tesoro del Rey de España, que transportando oro en tejos y barras de plata, había tenido la mala suerte de tropezarse con la Golden Hind en 1579, durante su famoso viaje de circunnavegación. A sus órdenes servía en el mismo bajel en 1587, cuando el ataque a los barcos españoles surtos en el puerto de Cádiz. Y al año siguiente no perdió un combate de los muchos en que intervino Drake, como vicealmirante de lord Howard en la lucha contra la Invencible del austero Felipe II. Jimm había formado parte de la tripulación de presa del galeón que comandaba don Pedro de Valdés, derrotado por la furia de los elementos y la habilidad del enemigo que le abordó con un bajel de cien toneladas para llevarlo prisionero a Inglaterra, después de diezmar a su tripulación. Jimm, en fin, hombre de confianza de sir Francis, se había alegrado con las bienandanzas de éste y había llorado sus penas. Su buena voz abaritonada atronaba las calles de Plymouth el día que sir Francis se posesionaba del cargo de Mayor de la ciudad en 1581, y el único ojo del marinero fiel, azul como las aguas tranquilas de un estanque nutrido de nieves y como ellas limpio y profundo, se había enrojecido llorando sin rebozo tras el féretro de la señora Drake el triste atardecer en que el corsario, conteniendo su pena, daba tierra a su primera esposa.

Galés de nacimiento y escocés por su padre, Jimm sabía reír y beber; y en los cortos ocios de la vida de a bordo sus canciones y sus bailes desfruncían el ceño de los más adustos compañeros. Mares en calma, temporales rotos, los cielos del trópico y las aguas heladas de Terranova habían visto juntos al corsario y a su fiel cabo de escuadra.

-92-

Ahora, como hacía dieciocho años, la mañana brillaba para decir adiós a los marinos. Entonces era un brillo frío de un 13 de diciembre. Recién casado, Jimm llevaba del talle a su mujer, y ésta quedó llorando, sola en medio de tantas otras, pero riendo a través de sus lágrimas para animar al que partía hacia la aventura peligrosa de dar la vuelta al mundo. De aquel viaje volvieron el 26 de septiembre de 1580. Dos años y diez meses largos le había esperado, segura del regreso, su buena Margaret. Ahora, la mañana tenía un extraño brillo caliente; Jimm la llevaba del brazo y después de mostrarle un viejo bajel comido por gloriosos servicios que descansaba inclinado sobre su costado de babor en la inmediata playa, señalaba a Margaret los veinte navíos listos para largar el aparejo a la voz de mando. La Golden Hind, reseca y carcomida; la nave que dio días de peligro y de gloria a la armada esperaba el carenaje, mientras sus hermanas alegremente pintadas relucían al sol con la proa a Occidente... piafando por saltar ligeras sobre las olas que tantas veces habían mecido a Drake y a Jimm.

La figura corpulenta de Jimm se detuvo. Richard Grey, el tabernero, le gritó al pasar:

-¡Buena suerte, Jimm!

-Espero mejor vino al regreso -dijo Jimm.

Los chinchorros iban y venían presurosos completando las dotaciones de los bajeles. Jimm y Margaret habían llegado al borde mismo del muelle.

-Éste es el viaje definitivo, Margaret. Cuando regrese no tendrás ya por qué preocuparte. Te traeré diez esclavos negros para que sean ellos los que trabajen, y el oro no te ha de caber en el arca grande que te regalé en el viaje pasado. Compraremos la casa de Peter y una buena barca bien aparejada para la pesca.

Por los ojos de la mujer pasó una nube de tristeza, y Jimm continuó:

-Más dura fue la vuelta a la pelota en la Golden Hind; ella está derrengada y aquí me tienes a mí como hace veinte años diciéndote hasta pronto.

-93-

-¡Dios te escuche, Jimm, y buen viaje!

-¡Eh!, Antony, ¿no quieres buena carga? -gritó el cabo de escuadra a uno de los remeros que hacía la breve travesía entre el puerto y los navíos.

-Aunque se hundiera el bote, tuerto galés. Sube, que ya hablaste bastante con la parienta.

Desde el muelle se veía en las naves la actitud precursora de salida inmediata. Al filo de las nueve los dos almirantes que comandaban la escuadra estaban sobre el puente. Las voces se sucedían rápidas. Las medias culebrinas y los sacres alineados en las bandas relucían al sol sus tubos de bronce labrados. Los cordajes estaban listos para izar las velas vírgenes aún de aire que las curvase. A las nueve y media en punto el falconete de popa de la nave almirante disparó una salva que retumbó por la bahía. Jimm, que atendía al servicio en la maniobra, dirigió la mirada al malecón donde aún permanecía erguida Margaret. Sir Francis ordenó al maestro de nao de su bajel: «Largo.» Y al repetir éste con su portavoz la orden de partida, subieron unánimes las velas a lo alto de los mástiles, mientras las anclas, arrancando arena del fondo, se levaban por el esfuerzo de los nervudos brazos de diez hombres que rítmicamente las recogían junto al botalón. Un redoble de tambores prolongó por unos instantes, como un eco, el ruido de cuarenta cadenas culebreando sobre los pisos de los veinte bajeles, y al recibir la caricia de la brisa cerraron formación proa al destino con las velas henchidas de ilusiones.

* * *

La mañana del 16 de octubre, sesenta y tres días después de haber dejado las costas de Inglaterra, la escuadra de Drake navegaba sin incidencias. No habían divisado aún barco enemigo. La mar se había enfurruñado un poco a la altura de las islas Azores, como para entrenar a los que hacían su primer viaje. Ahora, el buen tiempo permitía a soldados y marinos soñar despiertos -94- con la esperanza de victorias y de fáciles presas. Jimm entonaba su canción favorita, que hablaba de una bella moza de Veracruz muerta de amores por un corsario. La almirante rompía las aguas del tranquilo Océano y el susurro de las olas que lamían glotonamente sus costados invitaba a la paz y a la alegría. Detrás de ella,

esparcidas, sin guardar formación, seguían las demás. El vigía de guardia destruyó con un grito el encanto que parecía envolver aquella hora:

-¡Galeaza a la vista por proa!

La voz produjo a todos la conmoción de la sorpresa. Se oyó de nuevo:

-¡Tres galeones a barlovento!

Desde el puente partió la orden:

-¡Todo el mundo a su puesto!

Un marinero izó rápidamente el torrotito de Drake en el palo de mesana. La escuadra era advertida de la presencia de enemigos. En movimiento de abanico los bajeles de Drake se extendieron avanzando a babor y estribor de su almirante, que, momentáneamente, recogió su trapo para dejarse dar alcance. El Francis y el Quicksilver, quizá los dos más rápidos bajeles de la escuadra de Drake, quedaron en las alas. Ya eran doce los navíos enemigos que se habían señalado, y seguían apareciendo otros. Los artilleros preparaban febrilmente el repuesto de proyectiles. Ágiles como gatos, los hombres de mar subieron a las gavias para estar atentos a la maniobra, mientras otros permanecían junto a los cabos del cordaje, listos a secundar la voz de mando. Sir Francis Drake sonreía en su puesto como si aquello le llenase de vida. Sus ojos relucían en la mañana y las aletas de la nariz se ensanchaban respirando por anticipado el olor de la sangre y la pólvora que se presentía.

La galeaza corrió una bordada cruzando el horizonte hacia el Francis. Las velas latinas, tirando de sus tres mástiles, ayudadas con treinta largos remos por banda, hacían volar la nave de Castilla. Las altas estructuras torreadas de la galeaza comenzaron a lanzar proyectiles, -95- cuando estaba como a unos mil pies de distancia del Francis. El bajel se avanzó bravamente hacia el enemigo, separándose de las demás unidades. Los buques de Castilla le envolvieron. Drake se dio cuenta del peligro. La flota enemiga tenía una rara facilidad de movimientos. No se veían las panzudas urcas que habitualmente convoyaban los galeones. Era la flota despachada por la Casa de Contratación de las Indias para darle caza, y que había salido del puerto de Sevilla, casi al mismo tiempo que Drake zarpaba de Plymouth.

Veinte bajeles de guerra tenía enfrente. Ocho galeones, dos galeazas y diez carabelas. En conjunto, siendo igual el número de buques, el enemigo tenía más de dos veces su tonelaje. Los galeones pasaban sin duda de quinientas toneladas; las galeazas hacían más de trescientas cincuenta cada una y las carabelas alcanzaban las ciento cincuenta. Los ocho galeones españoles desplegaron en orden de batalla, dando frente a los bajeles ingleses y cortando al Francis del resto de la escuadra. El almirante inglés formó una cuña para tratar de defender a su bajel perdido. Por dos veces trató de romper la formación contraria. El fuego implacable de las culebrinas y los falcones españoles era certero. El viento además favorecía la posición de los castellanos, y el Francis, abordado por la galeaza y dos carabelas, había sido apresado a pesar del valor de Gladswey, su capitán, que murió disparando sus pistolas sin haber arriado el pabellón. Sir Francis Drake, pálido de coraje,

veía la partida perdida; sólo en su nave más de cuarenta muertos dificultaban la necesaria rapidez de maniobra. Providencialmente el viento saltó de cuadrante y pudo dar las órdenes para alejarse. Los castellanos, con su presa, se dieron por contentos y a las tres horas se había perdido en lontananza una escuadra de otra. El Francis, nombre puesto en honor del almirante, no habría de volver a la rada de Plymouth.

Cuando al caer la tarde las luces rojizas del sol daban color de sangre al ambiente, sir Francis Drake, solo en -96- su cámara, con la vista abstraída y el puño izquierdo fuertemente apretado, sintió la mano invisible del destino que le apretaba la garganta en un sollozo. La noche era estrellada y la luna en creciente guardaba manchas semejantes a las que tuviera otra noche, allá en Tavistock, en el Devonshire, hacía justamente medio siglo, cuando naciera bajo igual presagio el niño que hoy, hecho almirante, había abandonado a su mala suerte el bajel que llevaba su mismo nombre.

-97-

III. La muerte del almirante

Con una espectacular riña de gallos en el segundo puente se festejaba a bordo de la nave San Andrés, el día de la Navidad del Señor del año de 1595, al aproximarse a las aguas de Puerto Rico, después de dos meses y medio de navegación, desde que se perdió de vista, junto a los muelles de Sevilla, la Torre del Oro. La calma era casi absoluta y apenas si se andaban tres millas. La panzuda nave que pocos días antes se había separado de la flota para dirigirse a Cartagena de Indias, recogía a conciencia el sol abrasador de las aguas del trópico, y el pasaje, aun a la sombra de las velas, se acaloraba con los gritos que las incidencias de la pelea provocaban en su temperamento apasionado. Cuando la brisa cedía y colgaba lacio el velamen, los espectadores, sudorosos, emanaban un tufillo ácido que, unido al de la pez, al del salitre y al calor asfixiante, era capaz de marear a un bucanero.

Dos gallos luchaban fieramente en el apretado círculo de cuerpos humanos, de un diámetro no mayor de dos brazas, y el más pequeño de sus movimientos era seguido con avidez por los cien ojos clavados en ellos. Eran un gallo gaditano y uno inglés. El gaditano, blanco, con pintas grises, se iba cubriendo de color púrpura. Lleno de heridas, con la cresta casi arrancada, y el plumaje erizado, no cedía terreno a su adversario. Sus duros espolones -98- buscaban el corazón del enemigo, cada vez que éste, más grande y más fuerte, se le echaba encima. Tampoco el inglés estaba demasiado fresco. Sobre sus plumas negras enhiestas brillaban las manchas rojas de la sangre que brotaba abundante. Un marinero vasco era su dueño y la insolencia de su mirada preludiaba el triunfo de su animal.

-Maldito sea tu inglés, Sebastián -barbotó un extremeño cetrino y delgado que había apostado por el gaditano los cinco escudos que le quedaban para probar fortuna en Tierra Firme, y que parecía iba a estallar de congestión y de rabia-. Vergüenza debiera darte echar ese gallo contra el Marqués para que lo asesine y robarme a mí el dinero.

-Así se habla -gritó el dueño del Marqués, que con un trapo empapado en vinagre esperaba el descanso para fortalecer y lavar al gaditano-. Pero es mucho Marqués para que ese bicho de Sebastián pueda con él. Ni una higa doy yo por el alma maldita de ese inglés.

-Duro con él, Marqués: ¡que no se diga!-, apuntó un calafate toledano en tono de chunga.

El gallo inglés de Sebastián, con la cresta del pobre gaditano sujeta por el pico, le hincaba los espolones por junto al nacimiento de las alas.

-Retíralo ya, criminal -le gritaron al dueño del Marqués-, que no va a servir ni para el arroz del domingo.

-¡Bravo, Marqués! -rugió nuestro extremeño. Y antes de que Sebastián pudiera darse cuenta, su gallo se desangraba en un charco con el corazón atravesado por el acerado espolón del gaditano, que sobre su agonizante contendiente lanzaba el grito de victoria, estirándose con el orgullo rebotante del gallo vencedor.

Sebastián recogió lo que había sido su gallo, aguantando las cuchufletas del público y la indignación de los que habían confiado en el tamaño del bicho para ganar unos escudos. La gallera improvisada se fue disolviendo entre disputas y comentarios. Dos pajes limpiaron las señales sangrientas de la pelea, con unos cuantos baldes de agua, y tripulantes y pasajeros esperaron como todos -99- los días con buen apetito la hora del almuerzo un tanto ilusionados porque la festividad que celebraban añadiese cualquier extraordinario de vaca o de ave a las raciones de puerco salpreso, ya exiguas a aquella altura de navegación.

Al sol del mediodía el capitán Vergara ordenó las salvas de reglamento. La costa de San Juan se percibía limpia y el capitán esperó oír pronto el sonido de los «basiliscos» festejando su llegada y la fecha de Navidad con veintiún cañonazos.

La calma de los últimos días había salvado al San Andrés de recalar en San Juan a tiempo que el almirante Drake intentaba el asalto de la plaza y dejaba cincuenta hombres y dos bajeles, después de haber enviado a reposar eternamente a su maestro Hawkins al fondo de los mares antillanos, muerto de fiebres al largo de las islas Vírgenes.

* * *

No marchaban las cosas bien en la flota del almirante Drake. Diecisiete navíos en crucero de corso parecían regidos por la mano arbitraria de un lunático. En su cámara o en el puente, la faz de sir Francis revelaba siempre la angustia y el desconcierto. Su maestro y su amigo Hawkins había pagado su tributo al mar, en el que tantas veces saliera victorioso de las empresas más arriesgadas. Pasto de tiburones, como la mayoría de los corsarios. Esta imagen no se borraba de la mente de Drake. Y ahora, no era ya el corsario que haciendo méritos ante la Corte, buscaba gloria, carrera y provecho. Su nombre corría en boca de ingleses para venerarle y en boca de españoles para execrarle. La Golden Hind, sobre la que había navegado todos los mares del planeta, cumpliendo así para Inglaterra la aventura en la que antes había muerto Magallanes y triunfado el marino de Guetaria, debía ya reposar triunfalmente para la posteridad bien carenada y con las letras en oro sobre su redonda

popa, prestándose al juego de palabras y a la -100- duda de los visitantes que fueran a admirarla. No, él, el gran almirante ennoblecido por su reina, no podía ser pasto de tiburones. Como su Golden Hind, tenía que ser un recuerdo perenne. Sus huesos habían de reposar eternamente en la aldea de Tavistock, bajo un imponente monumento en mármoles, para orgullo de los que luego tuvieran la suerte de nacer en aquel grupo de casitas, junto al río. El símbolo en piedra, y el símbolo del agua del Tave, marchando irremisiblemente a mezclarse con las aguas del mar.

Las largas horas de la noche en los mares calientes torturaban al almirante. No dormía. Los labios reseco y los ojos hundidos iban abatiendo la gallardía de aquella figura que, todavía a los cincuenta años, hubiera dado, sin eso, la impresión de señorío y dominio.

* * *

Una noche de brisa fresca y continua en que los navíos avanzaban unánimes y regulares en su marcha, el almirante subió al puente. Su tez se veía pálida a la luz de la luna en menguante. Apoyado en la borda del castillo de popa llenaba sus pulmones con el aire saturado de sabor de mar. La noche era limpia y estrellada. A lo lejos, por estribor, se recortaba la silueta del cabo de la Vela. Un fuego de San Telmo jugaba en el extremo del palo de mesana, y de vez en cuando bandadas de millares de peces voladores ofrecían sus escamas de plata al reflejo silente. El antiguo corsario sentía estallarle la cabeza y uno que otro estremecimiento le sacudía en una convulsión casi placentera de la que salía rendido. La gente dormía, y los de guardia, inmóviles en sus puestos, por respeto al almirante, a quien habían visto reiteradamente apretarse la cabeza entre las manos, daban la sensación de una tripulación fantasma. El almirante clavó con fijeza los ojos doloridos en la estela luminosa del barco. Como a veinte brazas por la popa y en medio -101- la blanca espuma, el triángulo negro de una aleta de escualo parecía cortar la pureza de aquella cinta ondulada que se perdía ensanchándose hasta confundirse con la masa anónima del Océano.

«¡Pasto de tiburones!», se dijo a sí mismo en voz quebrada. Y apartó la vista en un raptó de cólera, de ira y de miedo.

Bajó al primer puente, donde, sujetos a la barra del timón, dos marineros gobernaban la nave. El oficial de guardia se le acercó respetuoso:

-Ninguna novedad, sir.

Como si despertase, Drake le miró para reconocer al que le hablaba.

-¡Ah!, sí, bien -contestó. Y cuando el oficial iba a alejarse, dijo:

-Sí, sí hay novedad, Pearson. Avise a la escuadra. Rumbo a Rancherías. En orden de batalla y todo el mundo a sus puestos. Que estén listos doscientos hombres para desembarco. Yo los mandaré, y conmigo que venga el capitán Mackpherson y al alférez Will.

Y como el oficial le mirase con asombro, replicó iracundo:

-¿Desde cuándo se quedó usted sordo, Pearson?

* * *

Y así, primero Rancherías, luego Río Hacha, después Santa Marta y por último Nombre de Dios, conocieron la iracundia del almirante obseso por la próxima muerte. Quiso cruzar el istmo de Panamá para caer sobre la Audiencia. Setecientos cincuenta hombres le seguían. En esfuerzo titánico se sostenía en pie. Sin la tensión de su voluntad de hierro, las rodillas temblaban. Noventa muertos quedaron en la intentona. Hubo que regresar. Su fiel Jimm había perdido el antebrazo izquierdo al parar un golpe dirigido certeramente por un español, contra el almirante. Y el 15 de enero, de regreso a bordo, tuvo que guardar cama.

-102-

Llamó a Jimm junto a él. El bravo cabo de escuadra apenas si podía contener la emoción. Nada le importaba su antebrazo amputado y todavía sangrante, pero presentía el fin de su amo.

-Jimm -le dijo-, no tengo miedo. Sé que voy a morir, me lo dijo la luna el día de Año Nuevo. Tenía unas manchas rojas como las que veo por las noches cuando cierro los ojos sin poder dormir. Pero yo no soy pasto de tiburones. No, no digas nada -añadió al ver que Jimm iba a interrumpirle-. Sé lo que serías capaz de hacer por mí, y lo que has hecho. Esto es más sencillo. Quiero una caja de plomo grueso para dormir en ella tranquilo bajo las aguas y quiero que sepas tú exactamente el sitio donde se le da fondo. Prepáralo todo; y ahora vete, Jimm. Quiero tratar de dormir. No puedo más y no puedo dormir. Veo a mi esposa y a tu pobre Margaret diciéndonos adiós en el muelle de Plymouth, y allí estarán para esperarnos cuando tú vuelvas solo. Dile que por ella siento no vivir más. No, no le digas nada. Ella lo sabe. Vete, vete, Jimm.

El alegre galés parecía otro. Besó respetuosamente la mano alargada de sir Francis y conteniendo un hipo de llanto salió de la cámara.

* * *

En el centro la nave almirante y en semicírculo ocho bajeles como resto de la escuadra que salió de Plymouth, estaban anclados en la bahía de Nombre de Dios. Amarras reforzadas sujetaban las naves. El viento silbaba en los cordajes y arrastraba hacia Poniente las llamas de las hachas que sostenían cien hombres de mar y que no podían reprimir el temblor de sus fuertes brazos.

Sobre el castillo de popa de la almirante, el capitán Mackpherson, con voz casi rota, leía unos salmos a la luz desigual de las antorchas. Junto a la baranda, una gran caja de plomo con la tapa abierta permitía ver el cadáver de sir Francis Drake, almirante de la armada de Su Majestad la reina Isabel. Un sable corto de abordaje -103- con piedras en la empuñadura descansaba a su costado izquierdo. En sus manos, apoyadas la una en la otra, un crucifijo de oro abría sus brazos. Terminada la lectura, el capitán se acercó conmovido y ayudado por Jimm cerró la tapa de la caja. Guardó la llave en su casaca de gran uniforme, y

a su orden ocho marineros izaron el pesado arcón, envuelto en el pabellón de los Tudores y se oyó un ruido sordo de chapoteo.

-¡Dios lo lleve a su lado!

Y después:

-¡Soldados y hombres de mar: Dios salve a la reina!

La noche era sin luna. Las nubes corrían bajas y amenazantes. Gotas grandes y calientes comenzaron a caer sobre cubierta. En la cara de Jimm, el fiel cabo de escuadra galés, las gotas de agua eran amargas y habían salido, empañando la mirada de su único ojo azul, que seguía viendo a su almirante comandando la flota a la salida de Plymouth, aquel día de agosto del año anterior, cuando su buena Margaret le decía adiós desde la orilla.

Con dificultad anotó en una pequeña tabla: «Frente a Nombre de Dios, 28 de enero de 1596.»

-104- -105-

Apuntes de la España liberal

-106- -107-

I. Precursores de afrancesados

Preludio y tres estampas matritenses

La crisis de crecimiento en Francia, su mala administración y las doctrinas de los filósofos del siglo XVIII, roturaron, sin sospecharlo, el campo revolucionario, preparando el derrumbe de los monarcas sucesores de San Luis.

Fue un noble, el Barón de Montesquieu, quien con sus Cartas persas (1723) y el Espíritu de las leyes (1748) abriera el camino al pensamiento libre en el examen crítico de instituciones hasta entonces tabú.

D'Alambert, Diderot, Mably, Raynal, Voltaire y Rousseau llenan con sus escritos el solar de Francia; se cartean con príncipes, aristócratas y abates; difunden en una sociedad que se encuentra en postura incomoda la «manía de pensar» y alumbran, sin colegir su alcance, las fuentes de la futura Democracia, rojas en el turbi6n revolucionario de sus primeros pasos.

Se afanaron los enciclopedistas por alcanzar las cumbres de las naciones en sus m6s caracterizados dirigentes, y el rey Federico en Prusia, Catalina en la Corte del viejo imperio de los zares y los ministros de Carlos III en Espa1a, recibieron el soplo de sus doctrinas, con el af6n resuelto y sincero de aprovechar en beneficio de los pueblos las nuevas concepciones.

Acaso el colof6n de aquellos fil6sofos no rebas6 nunca en su concepto la Constituci6n francesa de 1791. Mon6rquicos eran Montesquieu, Voltaire y Mably, y los que como Diderot no estimaban forma 6til la monarquía, ni aun en lo m6s rec6ndito de su pensamiento imaginaron una rep6blica para Francia.

-108-

Espa1a había llegado al siglo XVIII impregnada de la tristeza de los 6ltimos Austrias, y el ansia de vivir apuntaba en el alma de aquellos de sus hijos so1adores en un ma1ana mejor. AsÍ se forja por el padre Feijoo su Teatro crÍtico universal para desenga1o de errores comunes, y asÍ tambi6n por forcejeo contra el atrevimiento peligroso que significaba su sana orientaci6n, se top6 con el Tribunal del Santo Oficio, de cuyas manos hubo de sacarle el bondadoso rey Fernando VI, a quien había deleitado la lectura de la obra de Feijoo.

Como a lo largo de casi toda la Historia de Espa1a, es en ella donde se encuentra el inicio de las buenas doctrinas y no obstante su cuerpo vuelve luego con el marchamo de la extranjería.

Si Blanco White aprendió en el padre Feijoo a raciocinar, a examinar y a dudar, tambi6n hubieran podido en 6l saciar su sed de humanidad los Jovellanos, los Campomanes o los Conde de Aranda, que aspirando al viento ultrapirenaico se olvidaron de la brisa gallega tan vivificadora como aquel y de mayor raigambre hispánica.

Sino doloroso el de la hispanidad, que cuando encuentra un vocero, lo ha de ser a la manera ciega y torpe de un Bartolom6 Jos6 Gallardo, capaz de afirmar que «poner el franc6s a la altura del castellano, es lo mismo que comparar el chiflo de un castrador con un 6rgano»; o del an6nimo autor de un Catecismo civil, en el que a la pregunta de si es pecado matar a un franc6s, se responde: «No, padre; por el contrario, se gana el cielo matando a uno de esos perros herejes.»

El hecho es, sin embargo, que a partir de la publicaci6n del Discurso preliminar de D'Alambert a la Enciclopedia (1751), los aires de ParÍs -aires de fronda y de revuelta- se filtran por los collados del Pirineo para ejercer su influjo en el solar del Cid, tan exhausto como necesitado de aciertos en la polÍtica exterior y en la interna.

Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, cada cual a su modo, son reflejo y juguete de remolinos, formados unos -109- en los alrededores del Temple o la Bastilla, y otros

provocados por hombres de toga y publicistas, idealistas o ambiciosos, que lanzaban desde sus rincones de la provincia francesa, en miles de ejemplares, libelos e invectivas, alimento apropiado para el incendio que latente alentaba en el corazón de un pueblo cansado de fastos en la Corte y miseria en sus casas.

Las proclamas de Desmoulins en su Filosofía al pueblo francés; de Robespierre en Arrás o de Mirabeau en Aix, haciendo llamamiento a las naciones arlesiana o provenzal, y los Avisos a los buenos normandos que lanzara Thouret en Rouen, se difundían por España como si fuera cierto el «no más Pirineos» del Rey Sol, y calentaban los meollos de los buenos súbditos de Su Majestad Católica, de tal modo, que la prohibición de introducir en los reinos ejemplares de la Enciclopedia decretada el año 1784 no hace más que servir de estímulo y acicate a las lecturas subrepticias tan en boga siempre por la «piel de toro ibérica».

* * *

Voltaire bebía los buenos vinos que su amigo el señor Conde de Aranda le mandaba, agradecido a las ideas que aquél suministraba al magnate español. Montesquieu y Rousseau, pusieron, con décadas de anticipo, las bases de la gran Constitución «doceañista»; y el golpe que expulsó en 1763 a la Compañía de Jesús de las verdes tierras de la dulce Francia, tuvo su redoble en posterior labor conjunta de Moñino y Aranda al poner a la firma de Carlos III el decreto, aprobado en Roma y favorablemente informado por la mayoría del episcopado español, que lanzó del «ruedo ibérico» a los discípulos de San Ignacio.

Francia dirige el pensamiento español cuando más necesarias le son a éste directivas propias; y los lutos del desastre de Trafalgar a que condujo nuestros barcos el francés Villeneuve, por deseo de Napoleón e inconsciencia del apuesto extremeño don Manuel Godoy, son desvalida -110- aurora del sangriento amanecer de la Independencia en que el puro sentido difuso españolista del pueblo se revuelve contra una tutela ya desenguantada. Y por el mismo fondo de atávico respeto que hacía gritar a los comuneros de Nueva Granada: ¡Viva el rey y abajo el mal gobierno! -cuando el gobierno lo sostenía el rey-; los españoles que se batían por una libertad que su monarca cobardemente enajenara, caían bajo el plomo francés brotándole a los labios, junto a la roja flor de su heroica sangre vertida, el grito incomprensible de ¡Viva el rey Fernando!

-111-

II. Madrid, 1760

Estampas de un domingo septembrino

I. El ambiente

Madrid se agita en las primicias del reinado de Carlos III bien acogido por sus leales súbditos al suceder a su hermano don Fernando, el sexto de este nombre, muerto hace un año.

Plaza de las Descalzas Reales. Sillete de tijera al brazo, velo negro de blonda o tul y recogida la falda en gesto limpio y pudoroso, doncellas, damas y dueñas madrileñas se acercan con recogimiento al señorial templo, cuya campana grande repica el tercer toque de la misa de doce que por especial gracia de Su Santidad se dice en este convento.

A la solana del monasterio y bajo las acacias del jardín público descansan en corrillos los eternos paseantes en cortes. Capas y sombreros que años más tarde habrán de ocasionar un motín, se agitan en saludos y cuchicheos. Y el comentario sobre el afán novedoso de que parece imbuido el rey nuestro señor y las noticias quo de tierras de Francia traen los «enterados» saltan jubilosamente en «confidencia» de lengua a oído y de oído a lengua, dando vuelta a la plaza para lanzarse luego por la Villa y Corte.

-112-

II. Monte real de El Pardo

Hora de mediodía. Por las jaras que rodean el palacete de la Zarzuela un buen burgués persigue afanosamente los bandos de perdices. Tricornio y polainas negros. Peluca y plastrón blanco que le sujeta el cuello. Amplia banda de seda azul asoma por entre la casaca verde que, abierta, deja ver al cinto el cuchillo de caza. El buen burgués lleva en su mano izquierda y a punto de terciarla soberbia escopeta. Delante, a veinte metros, tres perros perdigueros de fina planta. Detrás, un guardabosque y un escopetero le sirven la escolta.

Los perros jadean al quedar de muestra junto a un chaparro. Perdices de abultado buche levantan con estrépito de entre las matas de romero, para salvar en apurado vuelo, a riesgo de tropezar con un plomo certero, la primera loma del horizonte. El cazador, al ir a disparar advierte -acaso por el peso del arma- que su estómago reclama el alimento, y sin oprimir el gatillo descansa la culata en el suelo, llama a sus perdigueros y dirige sus pasos y su nariz prominente hacia el pabellón del cazadero seguido con respeto y a distancia por sus dos rústicos monteros.

Tras su ejercicio matinal, el buen rey don Carlos III, entre su sopicaldo y un estofado, sueña en hacer de su reino un país progresivo y liberal.

III. El mesón de Botín

Recién pintada, la muestra del mesón se balancea llamando miradas de curiosos que pasan por la plazuela de Herradores. Un lechoncillo sonrosado sostiene entre los dientes verde ramo de perejil. Bajo el emblema, -113- el propio mesonero -amplia panza y blanco mandilón- sonríe al ver aparecer por la calle de las Fuentes, braceando en corto, el tronco de alazanes que va enganchado a la carroza del señor Conde de Aranda. No es el primer domingo que el señor conde se entrevista con algún amigo en uno de los comedores reservados, que desde el 25 de enero de 1620 albergan elevados personajes, y hace poco llegó preguntando por él un caballero como de treinta años, con acento murciano y buen aspecto, a quien ha hecho pasar a su mejor comedor del primer piso.

Servilón y jovial el mesonero se adelanta a la puerta del coche, apenas éste se detiene, de la que, abierta, desciende con el paso firme que conviene a su condición de militar y aristócrata en sus cuarenta y dos años, el ilustre prócer aragonés señor Conde de Aranda.

Siluetta fina y nerviosa la del señor conde. Mirada penetrante. Cejas en buen arco. Nariz aguileña y frente despejada que recorta una peluca cuidadosamente rizada y empolvada. La chorrera de encaje de Bruselas asoma por entre la casaca negra de terciopelo, bordada sobriamente en solapas, hombros y bocamangas.

-Bienvenido a esta humilde casa, mi señor conde -dice respetuoso el mesonero.

-¿Ha llegado un amigo? -interroga el de Aranda.

-Hará unos diez minutos que espera en el comedor reservado, señor conde -responde el dueño del mesón.

Y el prócer y el plebeyo se adentran en la casa, seguidos por la vista de los concurrentes del mostrador; suben la angosta escalera que conduce a la segunda planta y el visitante penetra en la salita donde sale ceremoniosamente a saludarle su invitado. Se cruzan palabras corteses de afecto, siéntanse, y concienzudamente dan cuenta de un besugo al horno y un dorado lechón que riegan con añejo valdepeñas servido en panzuda jarra de Talavera.

Se habla de América y del comercio de Indias; de un proyecto del Conde de Peñaflores para impulsar los estudios económicos en las Vascongadas; de otro del -114- propio señor Conde de Aranda para reformar y embellecer el antiguo Prado de San Jerónimo; del Concordato de 1753 que afirma la autoridad del poder real a propósito de unas regalías. Pero se advierte que la conversación no ha llegado al tema que interesa.

Terminado el almuerzo, el compañero del de Aranda dice:

-Y ahora, mi querido conde, que he colmado mi legítima impaciencia, entreteniéndola gracias a vuestro ameno disertar y a los manjares que este picarón de Botín nos ha servido, dígame su merced esas noticias de que me hablara ayer sin concretar.

-Son nuevas de mi amigo Arouet, llegadas el viernes por la última posta de Ferney. Parece que en París no se ve fin a la guerra con Prusia y la marcha no es nada favorable a los aliados. Las gentes no recatan su malestar y aunque monsieur le duc de Choiseul hace esfuerzos por reparar las consecuencias de estos cuatro años de guerra, el gran Voltaire me dice que es preciso adelantarse a las exigencias cada vez más concretas de un pueblo harto de razón y de paciencia. Mientras tanto, él está trabajando en un diccionario filosófico en el que confía poner en claro muchos conceptos políticos. Las nuevas ideas se abren camino y la admirable labor del Barón de Montesquieu no se ha interrumpido con su muerte. Pero lo que hay de más interés en todo esto, amigo Moñino, es que hoy las ideas no conocen fronteras y la labor de estos grandes pensadores franceses puede y debe ser aprovechada por los españoles para sanear nuestra hacienda, mejorar nuestras universidades y colegios, elevar la condición de las colonias de Indias, organizar nuestro comercio, harto raquíptico, y en una palabra, amigo mío, lograr, como me dice mi amigo Voltaire, con sumo acierto, que desaparezcan los obstáculos que se oponen al triunfo de la justicia hasta aquí maltrecha por los apetitos desenfrenados de unos cuantos ciegos y ensoberbecidos.

- Me alegra cuanto vuesa merced me ha dicho -declaró el interlocutor del conde-, porque, a lo que yo -115- creo, la experiencia será aquí posible gracias a la excelente disposición de ánimo de nuestro rey don Carlos.

-Tal es, en efecto, mi opinión, y estimo que de nuestro esfuerzo dependen la paz, el bienestar y la tranquilidad de las Españas, y así habremos de procurarlo poniendo en ello los mayores empeños. Pero todo esto, amigo mío, quede por ahora entre nosotros y sírvanos para como dijo Dido a Eneas: «Non ignara mali, miseri, succurrere disco», que en buen romance podemos traducir por «Conociendo yo el mal, podré socorrer a los desdichados». Mas creo que son las dos y media las que han sonado en San Ginés, y es hora de separarnos.

Con las mismas zalemas que a la entrada, el mesonero los acompaña hasta la puerta; salta ligero a su carroza el señor conde; se aleja don José Moñino con desenvuelto continente, atravesando la plazuela que otrora fuese lonja de contratación de servidores y mozos de sillas de manto, para dirigirse hacia la calle de Atocha, y la sonrisa maliciosa del dueño del mesón llena de nuevo su rostro, mientras al trote de sus caballos se pierde la carroza en dirección de la carrera del Arenal camino de los Recoletos.

Bogotá, a 31 de mayo de 1939.

III. Los clubs y las sociedades literarias españolas

De los «caballeritos de Azcoitia» al Ateneo de Madrid

Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir.

Gaceta del 3 de mayo de 1823; de un documento que publica la Universidad de Cervera.

Sentimiento religioso de catolicidad y sincero afán de incorporarse al progreso humanístico de las ideas liberales se amalgaman en la mente española del siglo XVIII, produciendo terreno apropiado para absorber el caudal de cultura irradiado en la Europa precursora de los derechos del hombre y del ciudadano. La sequedad teológica de nuestros moralistas del XVI y el XVII; el dique que al libre divagar del espíritu había puesto el concepto ibérico de lo non sancto, con más el régimen procesal «suasorio» de la jurisdicción eclesiástica; la intangibilidad de atributos de la realeza; y la válvula de escape al sentido heroico y aventurero que las guerras de Europa y la fortuna en Indias fueron para los disconformes, habían resecaado el intelecto hispánico, ávido de las savias cultas alumbradas de tarde en tarde para ser soterradas entre aspavientos y latines.

No es de extrañar, pues, que con tales antecedentes la sed de cultura estallase con proporciones casi de plaga nacional en el momento en que monarcas de espíritu benévolo, hechos a otros ambientes, abrieron, aunque con cautela, la espita de las fuentes de Minerva ya a punto de obturarse por su prolongado desuso. Al páramo que los fuegos del justicia requemaron, sucedió -117- el jugoso prado de los frescos pastos en que calmar la dolorosa apetencia del secular ayuno. Y fue, en efecto, en las más verdes y jugosas de las tierras de España, abiertas por sus costas y el tráfico de sus naves a todos los comercios - que el de las mercancías engendra inevitablemente el de las ideas-, donde se concretaron los primeros fulgores del renacer. Es Jovellanos, nacido en las Asturias y regado por las salpicaduras de la mar bravía de Gijón, quien primero se atreve a discurrir por los laberínticos pasos de la Justicia, sin atormentar su cráneo con la peluca rígida y empolvada que entre sus cosméticos llevaba prendidas las viejas fórmulas amparadoras a las veces del

desafuero legal. Y son Javier María de Munive y Manuel Ignacio de Altuna, paisanos de los viejos pilotos de la ría de Bilbao, los que primero fundan con sentido orgánico un laboratorio del pensamiento en Azcoitia.

* * *

Las noticias de Amberes, de Amsterdam, de París, de Ginebra, se adentran por la ría y por sus caseríos, repartidas por los hombres de mar, sucesores de los que hicieron el comercio con las estampas de Flandes y con los puertos de La Rochela y Brest; los libros, fresca aún la tinta de las prensas de Europa, llegados junto a la pacotilla del marino, van abriendo con los surcos paralelos de sus letras la feraz y despierta inteligencia de caballeros, clérigos y comerciantes, que unos por negocio, otros por sus viajes y otros por su afanosa vocación de estudio, leen, como si estuvieran en romance paladino, las novedades venidas de Inglaterra y de la Francia precursora.

Las casas de las villas vascongadas se animan por las noches, y entre el alegre departir de los sucesos locales, las partidas de naipes, el comentario a la avería ocurrida a una nave en el golfo de Gascuña y la denuncia de una nueva mina en el monte cercano, quien tuvo la fortuna de digerir el último libro, ilustra a sus contertulios con la impresión recibida, que se discute, se -118- contradice o se apoya, según el rincón de donde surja el parlamento. Cada cual, al llegar el instante de disgregarse, el momento del cada mochuelo a su olivo, piensa que le quedó lo más sabroso aún en el buche, y se promete no perder la velada siguiente, en la que habrá de responder a don Jacinto o al padre Salvador sus objeciones de última hora sobre el fundamento natural del pacto de Juan Jacobo Rousseau que él defendiera.

El hábito polémico va desplazando el comadreo. La afición a las justas académicas y la necesidad de preparar las armas, crea espontáneamente un orden de materias, y los primeros reglamentos sobre lugar de reunión, duración y distribución de tiempo, así como los temas, se fijan ya en Azcoitia en 1748:

«Las noches de los lunes se hablaba solamente de matemáticas; los martes, de física; los miércoles se leía historia y traducciones de los académicos tertulianos; los jueves, una música pequeña o un concierto bastante bien ordenado; los viernes, geografía; el sábado, conversación sobre los asuntos del tiempo, y el domingo, música.»

He aquí el cuadro que nos da Santibáñez de aquellas tertulias azcoitianas sobre las cuales edificaron Munive -marqués de Peñaflores-, Altuna y Narros, el año 1764, la famosa Sociedad Vascongada que el propio marqués dirigió y de la que salieron en ejemplar estímulo el Seminario de Vergara y las innumerables Sociedades Económicas de Amigos del País, de las que dice con acierto un historiador: «Los planes concebidos amorosamente por los Amigos del País están puntualizados en la memoria que elevaron a Carlos III, abogando por el mejoramiento de la agricultura, la repoblación forestal, el fomento de la industria y el comercio, etc., y anticipando los conceptos y las palabras que tantas veces han sido lanzadas al país por las llamadas “fuerzas vivas”, en términos apremiantes, sin cambio sustancial de contenido; persistencia de temas que tanto demuestra la clarividencia de aquellos bien intencionados varones, como la desidia de sus descendientes.»

Pero volviendo a nuestros buenos vascos, más modestos en los fines y más eficaces en el rendimiento, que cumplidamente supieron llenar aquéllos, los «caballeritos de Azcoitia» cultivaron la inclinación y el gusto hacia las ciencias, bellas letras y artes; corrigieron y pulieron las costumbres; desterraron en gran medida el ocio, la ignorancia y sus funestas consecuencias y estrecharon más la unión de las tradicionales provincias vascongadas; o lo que es lo mismo, pusieron en marcha la «peligrosa novedad de discurrir», que, a pesar de los frenos, persecuciones, incidentes, amenazas y torturas, sufridas por sus cultivadores, se ha ido abriendo camino paso a paso por entre los barrotes carcelarios, las condenas al destierro y a la miseria, y las ejecuciones, rebrotando como el ibérico Guadiana con el caudal más limpio por la depuración que el filtro de su curso oculto significa.

* * *

La política liberal carlostercista se anubla en los comienzos del siglo XIX; la ambición del general Bonaparte, anticipo paralelo de los «espacios vitales», provoca, primero, los temores del Príncipe de la Paz, y cuando el de Asturias con cautelosa y repugnante trama logra la abdicación de Carlos IV, casi al repique de las botas de los granaderos napoleónicos que pisan fuerte por las calles de Madrid siguiendo al Duque de Berg en su entrada triunfal por la capital de las Españas, los intelectuales españoles se encuentran en la más dolorosa de las encrucijadas. ¡Momento de intenso dramatismo para los que habiendo bebido con amor las doctrinas de la igualdad y la fraternidad en su fuente originaria, se ven ante el problema de defender su patria, contra un invasor, rector de un pueblo al que debían su pensamiento, o unirse a él para caer en el desprecio y en el odio de los patriotas!

Floridablanca, ya octogenario, y Jovellanos, que hacía tiempo se había percatado de la tormenta amenazadora que pugnaba por salvar las crestas pirenaicas, supieron -120- resolverlo con la altivez del caso, presidiendo aquél la Junta Central, constituida para arrojar al invasor, y éste en respuesta memorable a la invitación que Sebastiani le hiciera para ligarle a las águilas triunfantes de Napoleón.

«No lidiamos -respondía el autor de la Ley agraria-, como pretendéis, por la Inquisición, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos derechos de nuestra religión, nuestra Constitución y nuestra independencia.»

Otro sector que anhelaba para España libertades y progreso y consideraba tan pegadiza la familia Borbón como la Bonaparte, con la ventaja en favor de esta última de la legislación impuesta por Napoleón en los territorios conquistados y las promesas encerradas en los primeros decretos promulgados en nombre de José I -abolición del Santo Oficio, reducción de conventos, etcétera-, se sumaron ciegamente a las legiones del Corso, justificándose a sí mismos un papel en el liberalismo europeo, y fueron despectivamente señalados por el pueblo en armas, que había jurado exterminar al último enemigo antes que permitir el brote de raíces en tierra hispánica de la dinastía Bonaparte.

El cataclismo perturba líneas y conductas, y se da el caso de que un Moratín, después de haber escrito en su carta al abate Melón el panegírico más desenfrenado del absolutismo y

la defensa de los privilegios de casta y fuero, abominando de los progresos que hacen en las gentes «las erradas máximas de los modernos», para agregar que «de otro modo pensaban nuestros abuelos y el pan valía más barato y había más cristiandad y más temor de Dios»; cuando llega el día en que aquellos dislates pudieran servirle para adoptar una actitud honesta de patriota, se olvida, por lo visto, de cuanto dijo, y en una pirueta tan ágil -eso sí- como una de sus buenas comedias, se alinea entre los Azanzas, los Meléndez Valdés, los Cabarrús o los Llorentes, que en Bayona, al discutir aquella carta otorgada con máscara de Constitución, aportan su ingenuo deseo de progreso en algunas -121- reformas, principalmente las propuestas por don Mariano Luis de Urquijo, el antiguo ministro de Carlos IV, traductor, y no malo por cierto, de Voltaire, pero que no por ello se libró del juicio general que sobre los diputados hiciera un día el fiscal Arribas negándoles talento, ilustración e influencia sobre el pueblo, ni tampoco del sarcasmo elocuente, puesto al margen del informe cursado por sus consejeros, de puño y letra del propio emperador con cuatro cortas palabras: «Vous êtes des bêtes.»

La guerra exige el esfuerzo máximo de todos, y escritores, artistas, historiadores, hombres de ciencia, olvidan sus quehaceres para entregarse de lleno a la lucha. La literatura se hace política inevitablemente, recorriendo toda la escala; desde implantar los fundamentos filosóficos del Estado que los doceañistas construyen en Cádiz, hasta el libelo y las aleluyas que cantan las virtudes heroicas de los guerrilleros y ocultan con prudencia la ineptitud de generales como Aréizaga -flor eterna de la Historia-, que en Ocaña, viendo a sus soldados tratando de pegarse al terreno, exclama: «¡Más franceses! ¡Buena va a armarse!», y enfundó el catalejo con gesto suficiente y marcial.

El regreso a España de Fernando VII en medio del general contento, que hubiera podido marcar un importante avance cultural tras la triste experiencia, fue por obra del monarca felón un espantoso salto atrás y el pensamiento libre hubo de ocultarse temeroso de perder hasta el más inocente de sus representantes en la infamante pena de garrote con que obsequiaba a sus más encendidos defensores, el rey que con tantos trabajos y sangre habían logrado reponer en el Trono de su tocayo San Fernando.

Los intelectuales se refugian en las sociedades secretas. El Conde de Montijo reorganiza en Granada por el año de 1816 la decaída francmasonería. Doceañistas y afrancesados conspiran en búsqueda peligrosa de la libertad perdida. El Gran Oriente, Los Maestros y Los Hermanos llevan en su vida pública los nombres de Cabarrús, -122- Argüelles, Romero Alpuente, Gallardo, Riego; y las «tenidas» eran tejer y destejer de alzamientos, conspiraciones, proyectos y esperanzas en las que con el aparato de su liturgia se fortalecían los débiles, entusiasmaban los activos y simulaban su ambición los arribistas.

Cristalizada la conspiración con el gesto de Riego en Las Cabezas de San Juan, el año 1820, traga bien a disgusto, ante los gritos alborozados de los liberales, el rey nuestro señor, aquel papel de Cádiz que siete años antes mancillara; y en explosión incontenible la oratoria política se instala en los cafés madrileños y en los clubs. La tertulia resurge y en discusiones apasionadas y violentas a las veces y en clamores de triunfo en otras ocasiones, pueblan La Fontana de Oro, La Cruz de Malta, el Café del Príncipe, Lorenzini y los cenáculos y tabernillas de la Corte, para aumentar las novedades que El Semanario Patriótico, El Espectador Sevillano o el resucitado Conciso les sirvieran como pasto de

polémica. Liberales exaltados y moderados discutían sus puntos de vista y a los templados argumentos que en el Café del Príncipe exponía Martínez de la Rosa, contestaban con lucubraciones altisonantes, en que la diosa Razón y el nuevo orden danzaban en contrapunto, por boca de un Alcalá Galiano.

El perdón se extendió acogedor a todos los absolutistas, y años después pudo decir, en verdad, aunque con el dolor de su responsabilidad histórica, don Agustín de Argüelles, que en todas las provincias se había corrido un velo generoso sobre los seis años que mediaron entre 1814 y «este glorioso día» -de efímero reinado, añadiremos-; ya que los Cien mil hijos de San Luis al mando de Angulema dieron al traste, por la conjura de Fernando VII y Chateaubriand, con el resplandor de vida cultural que se iniciaba. Acaso llenos de buenas intenciones, no queden en la Historia limpios de culpa los grupos de patriotas que para evitar los errores del Gobierno crearon a manera de rebrote castizo de las logias, las sociedades de Los Comuneros y Los Anilleros, cuyas profundas reformas consistían en bautizar con nuevas -123- nomenclaturas las ya gastadas de los francmasones. Extravío romántico, ingenuo y desafortunado del que no quedó rastro en poco tiempo.

* * *

¡Qué suspiro de alivio no sería el de los intelectuales españoles de 1833, al conocer el óbito de su amado monarca! Ciertamente que algunos se refugiaron en el costumbrismo al modo de Mesonero, para así esperar con viejo criterio mahometano el paso ante su puerta del cadáver de su enemigo; pero el espectáculo constante de la muerte enteriza de los que como Torrijos o Mariana Pineda supieron en sus últimos instantes conservar admirable decoro, hizo a otros como a Espronceda esmaltar su corta vida de escritor con los lances de guerra y de revolución.

En el Café del Príncipe cuaja con rapidez la tertulia del Parnasillo, que Azorín calificó de «solar del romanticismo español» y que Larra legó a la posteridad con estas agrias expresiones, en El Pobrecito Hablador: «El reducido, puerco y opaco Café del Príncipe.» Todavía años después don Juan Valera nos habla del famoso café -Obras completas, Correspondencia, vol. I- y no por cierto en tonos encomiásticos: «Mi tertulia más ordinaria en todos los sentidos, es el Café del Príncipe o de los Literatos. ¡Válgame Dios y qué discusiones y disputas se arman allí y cómo murmuran los unos a los otros! ¡Hay seis o siete pandillas enemigas y ninguno puede ver a los demás!». En aquel recinto favorecido por los poetas y grato a las musas, como dijera también Valera, que por lo visto, a pesar de lo desagradable que le resultaba su frecuentación, no podía pasarse sin ella, pusieron paño al púlpito los Duques de Frías y de Alba, Larra y Bretón de los Herreros -de donde acaso se conocieron lo suficiente como para enemistarse-, Espronceda, Mesonero Romanos, Martínez de la Rosa, Vega, Ceruti y tantos otros; y es posible que el año 1835, presenciando una disputa más agria de lo que lo cortés -124- permite, don Juan Miguel de los Ríos, amigo leal de don Ángel de Saavedra, tercer duque de Rivas, que el 22 de marzo estrenaba en el Teatro del Príncipe su Don Álvaro o la fuerza del sino, pensase en la conveniencia de crear, a imitación de aquella Sociedad Vascongada de los «caballeritos de Azcoitia» un centro en el que con libertad y buenas formas pudieran sacarse a la luz pública discusiones académicas, sin el peligro del intruso, inevitable en la tertulia del café ni el temor de las mazmorras del Saladero que había silenciado a los ingenios de la Corte por

toda la década de 1823 a 1833, cuando el traslucirse una opinión que llegase a oídos de los agentes de don Tadeo Calomarde era, en caso de suerte, traspasar la frontera.

El ambiente optimista de los primeros pasos de un Gobierno liberal moderado propiciaba el desarrollo de la idea que germinara en el espíritu de don Juan Miguel. Bretón de los Herreros, Espronceda, el Duque de Rivas, Alcalá Galiano y los más selectos de los contertulios del Parnasillo, le prestaron su apoyo y obtuvieron el asentimiento benévolo del presidente del Consejo, Martínez de la Rosa; y vencidas las dificultades, surge en pleno Madrid romántico, con el nombre más clásico de cuantas sociedades literales hubo, el Ateneo Científico, Literario y Artístico, que en su memorable sesión inaugural, después de elegidos para presidente y secretario don Ángel de Saavedra y don Juan Miguel de los Ríos -romántico y clásico, respectivamente-, trazó el camino glorioso de un siglo de cultura bajo el símbolo de Palas Atenea.

Bogotá, a 19 de junio de 1939.

-125-

IV. El Duque de Rivas

Vida romántica del Duque de Rivas

Padecer para vivir.

Lema heráldico de los Duques de Rivas.

Tres destinos. Marzo, 1791

Francia hierve en impacencias revolucionarias, inflamada por la prosa demagógica de sus jóvenes letrados. La sublevación de las provincias prepara el terreno a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano que el desdichado Luis XVI habrá de jurar ante la Asamblea Constituyente, ya camino del desastre dinástico. Desquiciado y miserable, muere en ella, fuera de su patria, sin que se sepa cómo, el capitán John Byron, a los treinta y seis

años de edad, dejando en Inglaterra una viuda y un niño de tres años, débil y enfermizo. El niño es cojo, y con el tiempo, siendo el sexto lord, Byron, escribirá el Don Juan.

* * *

Rumbo a las Azores el Saint-Pierre, bergantín de ciento sesenta toneladas, despachado con carga y pasaje en Saint-Malo para Baltimore y escalas, pone a prueba sus condiciones marineras corriendo el temporal bajo la experta mano de su capitán el comandante Dujardin Pintedevin. Entre los pasajeros, clérigos en su mayoría proyectados a la libre América por la revolución en marcha, un joven francés de veintitrés años, pequeño de cuerpo, hermoso rostro, cabellera ondulada y rasgos -126- enérgicos, sueña en alcanzar mando y gloria literaria. En su faltriquera, con escasa plata, guarda una carta de presentación para Washington, que le ha proporcionado el Marqués de la Rouerie, amigo del presidente americano a cuyas órdenes sirvió en la Guerra de Independencia bajo el nombre de «Coronel Armando». El joven pasajero, viendo el azul y el blanco de las olas, recuerda que un día, a los siete años, después de una función de iglesia, su madre le vistió por vez primera como iban otros niños. Hasta entonces sus trajes fueron blancos y azules, y siente la nostalgia de vestirse de nuevo con las olas del mar encabritado, cuya fuerza conoce e intuye como hijo de negrero. Como Ulises, se amarra al palo mayor, y cuando el mar y el viento le golpean el rostro sobre el que cae la cabellera lacia, grita a pleno pulmón para animarse: «¡Oh tempestad, no eres aún tan hermosa como te hizo Homero!». François René de Chateaubriand no era aún vizconde, ni en su mente había germinado Atala.

* * *

Noble mansión de los Duques de Rivas. Doña María Dominga Ramírez de Baquedano, marquesa de Andía y de Villasinda, esposa de don Juan Martín de Saavedra y Ramírez, duque de Rivas, soportaba con entereza los preludios de alumbramiento de su segundo parto. Amanecía en Córdoba el 10 de marzo y el viento frío de la madrugada rizaba las aguas del Guadalquivir.

La Córdoba de Séneca, Lucano, Averroes y Góngora despertaba aquella mañana como tantas otras, y el campanero de la catedral, sucesor acaso sin saberlo, del muezín que en la gran época del Califato congregaba a los fieles, llamaba a la misa de seis con la práctica rutinaria de más de treinta años de repiques.

Antonio, el viejo mayordomo de los duques, después de dar unas cuantas órdenes al servicio, para que todo estuviera preparado de acuerdo con las instrucciones de la partera, acababa los últimos toques de su indumentaria, -127- cepillando cuidadosamente la librea galoneada que, en honor al acontecimiento esperado, vestía aquel día desde sus primeras horas. Antonio tenía, por reflejo fiel de las aficiones poéticas del señor duque, sus ribetes de trovero y debajo de sus cabellos grises bullían unos cuantos consonantes dispuestos para el poema en honor del vástago que iba a llegar de un momento a otro.

En un saloncito próximo al dormitorio de la duquesa, don Juan Martín de Saavedra esperaba tomando polvos de su tabaquera de oro, traída del Perú, la noticia del resultado del trance. La impaciencia le hacía constantemente asomarse al mirador, desde el que podía

contemplar el panorama de los bellos tejados cordobeses, sobre los que se veían brillando a los primeros rayos del sol unos cuantos ángeles de bronce, colocados por la devoción a San Rafael. El sonido de unos pasos precipitados hizo latir el corazón del prócer con ritmo acelerado. El viejo Antonio, con la respiración fatigada por su exceso de diligencia, y la voz entrecortada por la importancia de la nueva que traía, dijo respetuosamente:

-Otro varón, y hermoso, por cierto, señor duque. Dentro de unos minutos la señora duquesa y el niño estarán ya visibles. Y -añadió tras una breve pausa- permita el señor duque a su más fiel servidor que haga votos por la ventura de vucencia, de la señora duquesa, del duquesito y del recién nacido, tan bello como esos ángeles que han presidido con felicidad el dichoso acontecimiento.

-Gracias, mi buen Antonio -respondió el duque, con cariñoso acento-, quiera el cielo marcar una senda gloriosa a este nuevo Saavedra, y Dios te premie tus desvelos por mi casa.

Con continente estudiadamente reposado, don Juan Martín, seguido por su mayordomo, atravesó el pasillo y una antecámara, penetró en el dormitorio de su esposa, dióle un beso en la frente pálida y se inclinó sobre el pequeñuelo, que probaba su capacidad pulmonar en los primeros vagidos.

-128-

En aquel llanto se forjaba el aliento que de por vida hubo de acompañar a Ángel de Saavedra y Ramírez de Baquedano, en sus distintas personalidades de militar, poeta, pintor, político y diplomático. Había nacido ya el autor del Don Álvaro.

Byron, Chateaubriand y Saavedra, a quienes la vida haría tropezarse siempre en circunstancias extraordinarias, marcaban su destino en surcos paralelos trazados en distinta latitud. Siete años después, en 1796, George Byron se transformaba en el sexto lord Byron, al mismo tiempo que Saavedra, niño también, es nombrado capitán de caballería agregado al regimiento del infante. Todavía en 1824 llegan a Inglaterra el cadáver de Byron y la sentencia de muerte que sobre Saavedra dictó la Audiencia de Sevilla, a consecuencia del triunfo de los absolutistas que organizó el señor Vizconde de Chateaubriand.

1809

La justicia de su parte
y la razón de su bando,
con Dios en los corazones
y con el hierro en las manos.

Del Romancero del Duque de Rivas.

Las compañías de Guardias Reales habían logrado reunirse bajo el mando del general Aréizaga, en los alrededores de Ocaña. Saavedra, que por haber renunciado a su condición de capitán venía batiéndose hacía más de un año como guardia real en la compañía que mandaba su hermano mayor el Duque de Rivas, ardía en el entusiasmo de los dieciocho años. El 17 de noviembre, en las primeras horas de la tarde, la caballería española, entre la que figuraba la compañía de Rivas, en una salida de reconocimiento, dio vista a la francesa que mandaba el general París. Invasores y patriotas en plena exaltación de odios, aprovecharon la ocasión para medir sus fuerzas, creyendo los patriotas que su entusiasmo vencería la superioridad numérica del enemigo, y los franceses -129- que su fuerza y su técnica servirían para aplastar a aquellos inacabables defensores de la independencia. Los llanos de Ocaña resonaron bajo los cascos de más de mil seiscientos caballos. Los cuatrocientos jinetes españoles en apretada formación se lanzaron sobre el centro del enemigo. El choque fue de pasmosa violencia y en el primer encuentro, don Ángel de Saavedra libró por una corbeta de su montura que recibió un lanzazo en el flanco derecho. Segunda y tercera vez se produjo la carga, y esta última acabó con el noble bruto de Saavedra, materialmente traspasado. Pie a tierra, don Ángel hacía frente a cinco enemigos que le cercaban, manejando con heroica gallardía su espada en paradas y ataques. La sangre corría ya por su frente y sólo sirvió para encenderle más. Tres de sus enemigos hubieron de morder el polvo para siempre y cuando con diez heridas creía ya salvada la situación, un dragón imperial, lanza en ristre y al galope de su cabalgadura, le dio un bote de lanza en el pecho que al derribarle le hizo desvanecer, entre los centenares de muertos y heridos que llenaban el campo de batalla, en el abrazo fraternal de las víctimas al mezclar su sangre.

Los restos de los escuadrones de Aréizaga, volviendo grupas, ganaron en desorden su base de salida. Al pasar lista los jefes de las unidades derrotadas, el Duque de Rivas repite con insistencia y ansiedad el nombre de su hermano Ángel. Nadie responde, y el oficial con lágrimas en los ojos pide voluntarios para rescatar al ausente. Doce guardias reales, compañeros de don Ángel, se adelantan decididos y siguen a su capitán volviendo al campo sembrado de muertos en rebusca piadosa.

La expedición regresa sin lograr su objetivo y el semblante del joven duque refleja la desesperación por la desgracia. Don Ángel, sin embargo está en aquellos momentos en Ocaña, a donde lo ha llevado un soldado de apellido Buendía, que lo encontró cuando amparado en la noche buscaba despojos por el terreno de la lucha. Don Ángel había recobrado el conocimiento rodeado de cadáveres. Los gritos de los moribundos abandonados -130- le hicieron darse cuenta de su situación y en un esfuerzo de voluntad logró ponerse en pie y trató de marchar. Nublósele la vista por la debilidad consecuyente a la hemorragia y cuando pesadamente caía de nuevo agotado, le vio Buendía, lo reconoció y terciándolo sobre su caballo, le salvó de una muerte segura.

Llegados a Ocaña, Buendía condujo a Saavedra a una cama, y allí las heridas que el frío había cerrado coagulándole la sangre, vuelven a abrirse al calor renovándose la hemorragia

que pudo contener por fin un barbero, cuando el médico recomendaba la extremaunción como su mejor fórmula.

Pudo su hermano verle aquella misma noche y ordenó que en un carro se le trasladara a Tembleque en compañía de otros siete heridos graves, antes de dar comienzo la Batalla de Ocaña, en la que las tropas del emperador quedaron victoriosas. Por el camino fueron quedando varios de los heridos, y al iniciarse la desbandada por las noticias que de la derrota llegaban, debió su vida a la lealtad de sus amigos Pobeda y Mendinueta que negándose a abandonarle en aquel trance, buscaron el camino de Villacañas, por ser Pobeda de Daimiel y conocedor, por tanto, del terreno. En Villacañas entró Saavedra «Con once heridas mortales, / hecha pedazos la espada», como dijera él mismo, años más tarde, recordando en uno de sus romances la aventura más romántica de su vida militar.

1825

«Las olas como montañas
atajar quieren su curso».

Del Romancero del Duque de Rivas.

El puerto de Liorna ve alejarse una goleta inglesa impulsada por fuerte viento de Levante. Un sol mediterráneo del mes de julio ilumina las hinchadas velas que destacan sobre el límpido azul de la mar. Sobre cubierta, acodados a la amura de babor, cerca de popa, don Ángel -131- de Saavedra y su esposa, casados hace unos meses en Gibraltar, contemplan la costa italiana donde, gracias a los buenos oficios del señor cónsul de Inglaterra, en Liorna, no han sido encarcelados. ¡La influencia del embajador de Fernando VII ha podido más que la autorización de Su Santidad para vivir en Roma! Y ahora, rumbo a Inglaterra, de donde saliera hace un año, y en donde dejó a sus amigos Istúriz y Alcalá Galiano, como él desterrados por defender la soberanía nacional. Confiscados sus bienes, condenado a muerte por unos magistrados aduladores de la Real Audiencia de Sevilla, y perseguido hasta en el extranjero por los rencores del monarca absoluto que no olvidaba a Saavedra el haber votado la suspensión de sus prerrogativas regias, el pasajero de la goleta no tiene más amparo que el amor de su esposa y una profunda fe en los destinos de su patria momentáneamente sojuzgada.

El quinto día de navegación, al largo de Sicilia, tras unas horas de mar gruesa, les sorprende un temporal deshecho. Saavedra encierra a su compañera en la cámara y ante lo crítico de

la situación se ofrece al capitán. Los siete marineros, incapaces para hacer frente al mar cada vez más embravecido, se acobardan a pesar de las órdenes precisas del viejo capitán, y éste ruega a Saavedra se haga cargo de la caña del timón para reducir él personalmente a los indisciplinados tripulantes. Don Ángel, en lucha desigual, aguanta los embates furiosos de las olas pugnando por sacar la nave de los arrecifes. Son varias horas de tensión y esfuerzo, y cuando al cabo, aunque desalentados, están a salvo, Saavedra se retira junto a su esposa y ha de meterse en cama. Las viejas heridas reliquia de la Guerra de la Independencia que durante años le habían producido frecuentes vómitos de sangre, se han vuelto a abrir con la violencia del ejercicio improvisado.

El temporal, al alejarlos de su ruta, los ha llevado a las proximidades de Malta, la isla que los ingleses ocupaban desde 1800 y cuyo dominio afianzaron a consecuencia del Tratado de París de 1812. El capitán, en vista del -132- estado alarmante de su pasajero, decide hacer escala en la isla y desembarcar al matrimonio Saavedra.

En Malta

«La vista otra vez la extiende
por la mar que muerta y llana,
fundido oro se diría
del sol poniente en la fragua.»

Malta acoge al enfermo, y su clima es un sedante para el torturado espíritu del patriota. Las dificultades de residencia las resuelve un hecho curioso. Teniendo Saavedra apenas seis meses -septiembre de 1791-, para consolarle, por lo visto, de su condición de segundón de familia ilustre, se le nombra caballero de la Orden de San Juan de Malta, y ese título le abre las puertas de la isla que tanta influencia había de ejercer en su personalidad de escritor.

El Marqués de Hastings, gobernador de Malta, le recibe con cordial simpatía, lo mismo que el general Woodford; pero su gran amigo durante los cinco años que vivirá en el dominio inglés es Frere, el antiguo embajador de Inglaterra ante la Junta Central española durante la Guerra de la Independencia. Conocedor a fondo de España y de sus tradiciones, y hombre de dilatada cultura, le da a conocer a Shakespeare, a Walter Scott y a Byron; le reconcilia con la antigua literatura nacional española, que Saavedra, como tantos otros escritores de su tiempo, desprecia, sin apenas conocerla, y le regala una primorosa edición de las obras de fray Lope Félix de Vega y Carpio, de las mejores prensas del siglo XVII, y una colección de Crónicas de Castilla que después habrá de reflejarse en sus romances históricos y que

fue manejada por don Ángel en Malta para iniciar El moro expósito, que terminó en París en 1831.

Malta, la isla mediterránea que vigila las aguas entre Sicilia y África; que, como Mallorca y Córcega, conserva sus retorcidos olivos milenarios, sus almendros floridos en las primaveras y sus uvas doradas al sol del mar -133- latino agosteano, penetra en el espíritu de Saavedra de la mano de un compatriota del gran romántico lord Byron, señor de Newstead, y frente al mar, en los atardeceres serenos, el alma del desterrado se esponja, recibiendo la brisa que horas después irá a besar las costas levantinas de su España, regada con la sangre de mártires patriotas que ofrecieron su vida años atrás por la vuelta del tirano para ser luego por él sacrificados.

Es uno de esos atardeceres que hacen esperar la presencia instantánea del «rayo verde» sobre las aguas quietas del Mediterráneo. Saavedra y Hyrler, su maestro de pintura, sentados ante los caballetes y con las paletas cansadas de trabajo, siguen atentamente el ocaso de la curva solar. La inminente tangencia del astro con el agua les tiene absortos en espera del milagro. A lo lejos las velas latinas de los pescadores que salen a aprovechar la luna nueva, rompe el poema azul de la marina pura, para componer casi un cromó convencional. Hyrler, sin embargo, se recobra y prepara la mezcla de cobalto y amarillo con que intentará eternizar el momento fugaz de la conjunción del fuego y el agua. Saavedra, preso de la belleza ambiente, quisiera pintar, pero su mano inmóvil y que aprieta los pinceles, cae a lo largo de su cuerpo, como embrujada por el hechizo mágico de la puesta del sol. Quisiera medir el poema que siente con fuerza irresistible subirle a la garganta, y las palabras se le ahogan en ella, pobres de expresión y faltas de color ante la inimitable sinfonía polícroma del atardecer. Allá por donde el sol se pone, presiente a su madre rezando, en el oratorio de la noble casona que le vio nacer, por la pronta vuelta del hijo ausente; y el disco solar se le aparece en rojo como el circo de la trágica vida española. El ritmo de la mar sobre la costa tiene un acento marcado de romance, y unas lágrimas varoniles, amargas y agrídulces, resbalan por el rostro del poeta.

Dos lágrimas relucientes
sus mejillas deslustradas
queman. Un hondo suspiro
del pecho oprimido arranca.

-134-

En silencio, que su compañero sabe respetar, recogidos los útiles de pintura, lentamente, dejan su atalaya. El camino trepa por entre bancales cultivados y la tierra reseca, todavía caliente, parece esperar para enjugarlas las primeras lágrimas románticas nacidas por doloroso amor de España en el corazón del poeta desterrado.

La fuerza del sino, 1835

No hace aún un año que la muerte de su hermano el Duque de Rivas ha hecho entrar a don Ángel de Saavedra en posesión del título y de los bienes familiares. El nuevo duque brilla en el Estamento de Próceres como brilló el año 1822 de secretario de las Cortes. Sus diez años y tres meses de ausencia le han templado en política. La necesidad le hizo maestro de pintura en Orleáns, cuyo museo conserva una espléndida *Natura muerta*, varios de sus cuadros figuraron en la exposición del Louvre, y su nombre se encuentra en el *Annuaire d'artistes de Paris* de 1831.

El destino le compensa de pronto de la dureza de su primera etapa, y es ahora cuando más comprende la belleza y la poesía de su existencia romántica. En medio de su vida prócer, trabaja con mayor entusiasmo que nunca en la versificación del *Don Álvaro* o la fuerza del sino, compuesto en prosa en París cuatro años antes, y el recuerdo de sus primeras obras de frío clasicismo le sorprende y avergüenza como picardías de una vida moza e irresponsable. ¿Cómo pudo escribir el poema del Paso honroso y sus dramas *Ataúlfo* y *Aliatar*? Ante sí mismo se sonroja de los versos satíricos que el año 1812 publicara en *El Redactor General* y de los que mucho antes -tenía quince años- aparecieron en el periódico que dirigido por don Antonio de Capmany y Montpalau confeccionaban con él el conde del Haro, luego duque de Frías, Cristóbal Beña y los hermanos José y Mariano Carnerero. Su canon literario ha cambiado totalmente, -135- y ha cambiado también el tono de su vida. ¡Qué lejos queda ya su pasada admiración por Quintana, Arriaza y Martínez de la Rosa! ¡Qué lejos también los días azarosos de Aranjuez y El Escorial, donde por vez primera se opuso a los designios del emperador, decidiendo su vida militar!

El año 1835, con el estreno, el 22 de marzo, del *Don Álvaro* en el Teatro del Príncipe, se asienta la personalidad literariamente romántica del Duque de Rivas. La crítica en su mayoría ataca violentamente y de un modo perfectamente estúpido la aparición del gran drama que revoluciona las normas del dormido escenario español. Los artículos que aparecen en *El Correo de las Damas* y en *El Eco del Comercio*, llegan a decir que el autor se ha rebajado hasta el nivel de los que abastecen los teatros de los arrabales de París, presentando una composición más monstruosa que todas las que «se han visto ahora en la escena española». Larra en su crítica publicada sin firma -era amigo personal del duque- en *La Revista Española* el día 25 de marzo, trata de adoptar un tonillo irónico, muy en armonía con su estilo bilioso, que tanto admirador e imitador le han valido. Habla del *Don Álvaro* como de «una cosa, en parte imitación de nuestras vejeces y en parte remedo de extrañezas del día y de la tierra extraña» y declara no saber si es comedia, drama o lo que fuere. Y el público, como en el estreno de *Hernani* en París cinco años antes, se apasiona y exalta con acaloramiento sin precedente. Los señoritos aristócratas, con gestos melindrosos de petímetros hueros, silban durante la representación; y el pueblo, el que es capaz de sacrificios y grandeza de alma, se emociona ante la belleza plástica de la obra, el fatalismo de la tesis y el dinamismo de la acción. El hecho es que como *Hernani* hizo a Víctor Hugo, el *Don Álvaro* hace definitivamente al Duque de Rivas, y todavía la polémica anda enzarzada por las tertulias de la Corte y los soportales de la plaza Mayor, cuando la figura

del duque pasa al más destacado plano de la actualidad madrileña. El Ateneo le hace su primer presidente, aclamado -136- por lo más selecto de las letras y las artes. La Real Academia de la Lengua le otorga uno de sus sillones, y el Estamento de Próceres le lleva a su primera vicepresidencia. Con el triunfo inicial de su producción romántica cierra el ciclo de su existencia profundamente literaria y emotiva. En el Duque de Rivas se da esta paradoja: fue clásico, mientras su vida estuvo impregnada de romanticismo, y romántico cuando alcanzó la plenitud de una existencia de brillante y tranquila burguesía.

Bogotá, a 7 de agosto de 1939.

-137-

V. Dos de mayo

Madrid, 1808

Goyesca

Un viejo grabado de la época, que representa el rapto de los infantes españoles del palacio de Oriente por las tropas francesas el día 2 de mayo de 1808, titulado Provocan los franceses la ira del pueblo y en que se ve a los dragones y granaderos napoleónicos ametrallar a los madrileños que protestan al ver que se les llevan a «sus príncipes», es siempre el recuerdo primero que en esta fecha viene a mi memoria. Allí comenzó la epopeya de una guerra de independencia y la sangre vertida ante la fachada del palacio, corrió por las calles de la Villa y Corte durante todo el día hasta encharcar tiñendo de rojo la tierra de la colina de Príncipe Pío, que había de inmortalizar con su pincel el maestro, don Francisco de Goya, en uno de los más rudos lienzos salidos del alma ciclópea del genio aragonés: Los fusilamientos del dos de mayo.

Caracoleaba con prestancia de conquistador, entre sus guardaespaldas, montado en brillante potro azabachero, el serenísimo señor Príncipe de Murat, al enfilear el Real de San Jerónimo. Los buenos madrileños, lívidos de coraje y de impotencia ante el lujoso aparato de fuerzas que el futuro rey de Nápoles, cuñado del gran Corso, había desplegado, miraban con ojos encendidos la brillante comitiva del invasor, en contenidos deseos homicidas.

Nadie había pensado en almorzar, a pesar de haber sonado hacía rato las tres de la tarde. Descalzo y desgredado un mozalbete que apenas contaría los diez -138- años, dio el grito de combate: «¡Acaban de llevarse a los príncipes!». Los buenos madrileños se quedaron por un momento atónitos. Con su barril al hombro, un aguador escupió a la cara del serenísimo señor: «¡Muera el francés!». La primera descarga de fusilería aplastó contra el suelo al desdichado, mezclándose en la tierra el agua y la sangre que por diversos caños salía del cuerpo y del barrillito agujereados por las mismas balas. De los pechos unánimes de los testigos de aquel crimen estúpido salió un rugido que decía: «¡Asesinos!». Y segundos después, locos de dolor y de ira, convertidos en fieras, hacían huir hacia el cuartel, en busca de refuerzos, al señor Príncipe de Murat y a sus escoltas, y ya dueños del campo, se lanzaban camino de la plaza de Oriente, dispuestos a dejarse matar antes de que salieran de la ciudad los infantes que el francés raptaba.

En la calle del Ave María, en la Cruz Verde, en Fuencarral, en la Puerta del Sol, en la plaza Mayor, grupos de patriotas daban la voz de alarma y espontáneos agentes de enlace llevaban las noticias de club en club y de café en café. Cada balcón, cada ventana, cada buhardilla era una atalaya desde la que se avizoraba el paso de las fuerzas invasoras para dejar tendidos de certero disparo de pistola o trabuco a veteranos de las campañas de Italia o de Egipto, que no lograban comprender lo que ocurría. ¡Cómo era posible que un pueblo chirigotero y alegre no se sintiese orgulloso de verles a ellos pasear por calles, plazas y plazuelas el águila triunfante del emperador! Compactas patrullas de granaderos iniciaron el registro sistemático de las casas. Donde eran recibidos con hostilidad, descargas a quemarropa reducían a silencio a los protestantes. Donde, sin resistencia, pero con cara inamistosa, los vecinos salían a engrosar los grupos de detenidos que se conducían al cuartel inmediato. Madrid luchaba enconadamente contra el vencedor de Europa. En el Parque de Artillería, un oficial, al mando de unos cuantos patriotas, vendía cara su vida, que se escapaba de múltiples heridas, con la energía indómita de quien entraba con su gesto por la -139- gran puerta de la Historia. Dos renqueantes cañones vomitaban metralla contra las mejores tropas del gran Napoleón, que mordían el polvo madrileño en una crispación de colosos vencidos.

Se ponía el sol tras las cumbres alejadas del Guadarrama. Por entre las crestas de Siete Picos, los últimos rayos proyectaban reflejos áureos y rojizos sobre los grises perlados del cielo de la Casa de Campo y el Campo del Moro. El estado mayor de los invasores circulaba a toda prisa las órdenes de represión. Las ejecuciones de los prisioneros se celebrarían en la Moncloa, en las praderas del Corregidor y San Isidro, en San Antonio de la Florida, en la Casa de Campo y en el patio de pelota del Palacio del Buen Retiro.

Menestrales, obreros, sacerdotes, ancianos, mujeres y niños, rodeados de soldados franceses, sobre cuyos altos gorros sobresalían brillantes bayonetas, eran arrastrados en interminables cuerdas hacia los lugares designados para el suplicio. El llanto de los niños se unía a las preces de los sacerdotes. A lo lejos sonaban disparos aislados y descargas que decían a los presos su muerte inmediata.

Con los puños crispados y lágrimas amargas presenciaba el horrendo espectáculo de los asesinatos, un fuerte anciano, como de sesenta años. Para cortar los gritos que subían a su garganta, aprisionaba los labios entre sus dientes. Un hilillo de sangre generosa manchaba

su mentón acusado. Cada detalle se le clavaba en la retina hasta hacerle asomar nuevas lágrimas. En aquellos instantes se plasmaba para la eternidad en el alma de Goya el contraste violento, dramático y feroz que su paleta mágica devolvería un día para el arte con su lienzo inmortal de los fusilamientos de patriotas en el pequeño cementerio de la falda de la montaña del Príncipe Pío, donde hasta ese 2 de mayo habían recibido sepultura los empleados del Real Sitio de la Florida.

-140-

VI. Simón Bolívar

Semblanza

En una vieja casa señorial de Caracas hay gran revuelo. Corre el año de 1783. Don Juan Vicente Bolívar Jaspes y Montenegro, caballero del hábito de Santiago, ha logrado la continuidad de su estirpe. Su esposa, doña María de la Concepción Palacios y Blanco, acaba de darle un heredero. Es español el padre, es española la madre; españoles son los abuelos todos. El señor capitán general de Venezuela felicita a sus compatriotas por la alegría que se les ha entrado por las pesadas puertas de cuarterones de su mansión. Con presagios de maravilla se ha asomado al mundo un español por los cuatro costados de los que, desgraciadamente, no suelen prodigarse en la Historia. El pequeñuelo que llora entre los finos pañales de su cuna se llama Simón Bolívar y Palacios Jaspes y Blanco, para que pueda afirmarse siempre su color antes de ser quemado por el sol de los Andes.

Andando el tiempo, Simón Bolívar y Palacios, que conoció en Madrid las corruptelas de la corte borbónica, la pobreza espiritual de algunos dirigentes de España a fines del siglo XVIII y la insatisfacción aneja a todo período decadente, habrá de libertar las antiguas colonias, y a su impulso irresistible de creador surgirán las nuevas naciones de la América hispana. Fue un español de limpia y generosa sangre el que por un ideal de democracia y de libertad tuvo que combatir contra otros españoles.

* * *

-141-

Catorce años antes, en 1769, en Ajaccio, pequeña ciudad corsa, en el seno de una familia toscana de noble y viejo abolengo florentino -los Buonaparte- viene al mundo el niño Napoleone, que a la estirpe paterna agrega por su madre Leticia Ramolino los cuarteles

itálicos de la familia de Pietra Santa. No hay una gota de sangre francesa por las venas del que habrá de ser emperador de los franceses... y conquistador de Italia, cuna de sus abuelos.

Curiosas coincidencias de destino entre Bonaparte y Bolívar. Uno y otro llegan a ser la primera figura del continente en que nacen. Uno y otro sienten el deseo vehemente de unificar los territorios de su mando. Bolívar sueña con la federación de la América hispana. Napoleón desea rehacer el imperio latino bajo su mando. Los dos derrotan a su patria de origen o de sangre. Bolívar a España, Napoleón a Italia. Uno y otro mueren jóvenes, y los dos separados del poder y abandonados de la mayor parte de aquéllos a quienes habían sacado de la nada. Pero Bolívar quería ser un «buen ciudadano», Napoleón quiso ser, y lo fue, un emperador. La diferencia vale tanto o más que las semejanzas.

* * *

Si algún rasgo es capaz de encuadrar la figura de Simón Bolívar, el Libertador de América, yo no dudaría en decir que es el amor. Bolívar es, sobre todo, por encima de todo, el gran amador. Es el hombre que por amor a la Humanidad se subleva contra un régimen que oprime a sus súbditos en la metrópoli y en las colonias. Es el hombre que por amor a la libertad crea cinco pueblos, allá donde crear uno parecía locura. Es el hombre que ama con pasión y con desinterés, sin precedentes y sin seguidores. Ama la gloria, la justicia, la libertad, la naturaleza, la patria, la belleza y la mujer, dándose a estos amores sin reservas y sin egoísmos. «Amaba un ideal -dice Sherwell-, y para ese ideal vivía y ese ideal fue su último pensamiento antes de entregarse al reposo de -142- la tumba.» No hay en la Historia ejemplo de más sincero desinterés que el suyo. Ya en las ansias de la muerte, cuando la verdad se impone sobre las conveniencias, Simón Bolívar dicta estas admirables palabras en su postrer proclama: «Colombianos, testigos habéis sido de mis desvelos por implantar la libertad donde antes reinaba la anarquía. He trabajado generosamente, sacrificando mi fortuna y mi sosiego. Resigné el mando al convencerme de que no creáis en mi desinterés. Mis enemigos aprovecharon de vuestra credulidad y saltaron sobre lo que hay de más sagrado para mí: mi reputación de amante de la libertad; he sido víctima de mis perseguidores, que me han puesto al filo de la tumba. Los perdono. Al desaparecer de entre vosotros, mi amor me impulsa a expresar mi última voluntad. No aspiro a gloria alguna, fuera de la consolidación de Colombia; todos deben trabajar por los inapreciables bienes de la unión... Si mi muerte puede servir para acabar con el espíritu de partido y fortalecer la unión, tranquilo bajaré al sepulcro.»

La vida del Libertador es una práctica constante del más puro y limpio romanticismo. Heredero de una gran fortuna, la pone al servicio de su ideal y muere, después de haber libertado un continente y ejercido el poder en cinco repúblicas, en tan honesta pobreza que la camisa que ha de amortajarle ni siquiera le pertenece. Es la que comprara el Minca Aracataca para que el general Morillo le colgase al pecho una condecoración. La anécdota no es demasiado conocida y merece ser divulgada. Minca Aracataca era un cacique indio de las cercanías de Santa Marta a quien por algunos servicios prestados a la causa de España, el general Morillo, luego conde de Cartagena, promete una condecoración. El cacique sale de su rancho y a mitad de camino, bien porque encontrara dificultades para llegar hasta el general, o porque como dice Restrepo en su historia de la revolución de Colombia, se sintiera avergonzado considerando que traicionaba a los suyos, decide no presentarse a la

ceremonia. Iba con una camisa nueva de chorrera que había comprado para -143- lucirla ante los españoles. Al variar de opinión no se atreve a regresar con aquella prenda de gala y encontrándose cerca de la finca de San Pedro Alejandrino, propiedad del hacendado español Mier, entra en ella, vuelve a ponerse su ropa vieja que llevaba en un hato, la deja allí y desaparece. La camisa es guardada en un armario y tiempo después cuando el 17 de diciembre de 1830 Simón Bolívar muere acogido por el señor Mier en su finca, un ayudante del Libertador, que busca sin encontrarla una camisa en el equipaje de su jefe, se tropieza con la de Minca Aracataca, imagina ser de Bolívar y es con ella amortajado.

Bolívar muere apenas se separa de su gran obra. No necesita para la posteridad, como Napoleón, el purgatorio de los seis años en Santa Elena. Le Temps de París de 1831, cuando se conoce la noticia de la muerte del Libertador, dice de él: «Bolívar ha sido el hombre completo de nuestra Era; ni una mancha se columbra en toda su vida. Ninguna cabeza se ha levantado tanto como la suya. Excede a Washington en la duración, extensión y dificultad de sus empresas y lo iguala en virtudes cívicas. Si cede a Napoleón en cuanto al genio de la guerra, es porque aquél es una especie de excepción en la Humanidad; pero al mismo tiempo, ¡a qué distancia no deja Bolívar a Napoleón bajo el aspecto de la libertad y de noble ambición!». Y Benjamín Constant decía de él en vida: «Si Bolívar muere sin haberse ceñido una corona -como murió-, será en los siglos venideros una figura singular. En los pasados no tiene semejante.»

No fue por un azar por lo que el más grande escritor romántico, lord Byron, bautizara su yate con el nombre de Simón Bolívar. Bolívar, noble y militar profesional como Napoleón, no tiene, como éste, la ambición del mando. Cualquiera otro la hubiera sentido en su lugar, y es maravillosamente cierto lo que dijera Emilio Olivier de que en tiempo de Bolívar el nombre de éste circulaba entre los pueblos de Europa -sin excluir a España- como sinónimo de libertad. La doctrina liberal de Bolívar, en efecto, no tiene quiebra. En el Congreso de Caracas -144- en 1814 dice a los representantes del pueblo allí congregados: «Yo no soy el soberano. Vuestros representantes son los que os han de dictar leyes... Con ansias deseo transferir este poder a los representantes que nombréis, y espero que me relevaréis de un cargo que cualquiera de vosotros puede sustentar dignamente, dejándome a mí el único honor a que aspiro, que es el de seguir combatiendo con nuestros enemigos. No es el despotismo militar lo que puede hacer libre a un pueblo, y el poder que yo tengo no puede ser bueno para la república sino por breve espacio de tiempo. Un soldado victorioso no tiene derecho alguno a gobernar su país. No es un árbitro de leyes y gobiernos: es el defensor de la libertad, y sus glorias han de ser las mismas que las de la república, y su ambición ha de considerarse satisfecha con hacer la felicidad de los ciudadanos.» Así hablaba y así actuó el Libertador de América. Napoleón, en cambio, a los dieciocho años, escribía a Paoli, el gran patriota corso: «Yo nací cuando la patria moría.» Entonces su patria era Córcega. Odiaba a los franceses: «He de hacer a tus franceses todo el daño que pueda», le decía a Bourrienne, el único de sus camaradas con quien tuvo alguna amistad. Y cuando éste trataba de calmarle, añadía: «No, pero a ti no; tú no te burlas nunca de mí; tú me quieres.» No era Napoleón el que quería a Bourrienne, era Bourrienne el que quería a Napoleón. Tampoco quería a los franceses. Su odio estaba alimentado por aquella frase que escribió a Paoli. En efecto, Córcega, como pueblo independiente bajo la dirección patriarcal de Paoli, después de haber sacudido el yugo genovés, agonizaba cuando nació Napoleone Buonaparte. En mayo de 1769 -tres meses antes de que naciera Napoleón- los corsos

tuvieron que enfrentarse en Ponte Novo con las tropas invasoras francesas del Conde de Vaux, y derrotados por la superioridad numérica del enemigo, apenas si pudieron poner a salvo a su caudillo embarcándolo para Londres.

Bolívar nace en Caracas, y por defender la libertad, primero de Venezuela y luego de los pueblos hermanos, -145- se enfrenta al poderío del imperio español. Asume pues la postura difícil, sin reparar en su conveniencia. Napoleón nace en Córcega, reconoce que su patria se muere a manos de Francia y cuando va a estudiar a Francia -como Bolívar va a estudiar a España-, la reacción del uno es egoísta, olvidando los dolores de su tierra; la del otro es del más puro altruismo.

Bolívar es un soñador maravilloso que pone al servicio de sus sueños un Potosí de voluntad, y en los trances más duros, cuando todos los temples se quebraban, el acero de su alma lograba el milagro de reavivar la fe en el ideal. «Más temible vencido que vencedor», dijo en cierta ocasión de él el general Morillo, que tenía motivos para conocerle a fondo y admirarlo. Y después de la famosa entrevista de Santa Ana, en que los dos generales enemigos se abrazaron con la nobleza de quienes en la lucha han aprendido a estimarse, el Conde de Cartagena comunicaba al Gobierno de Madrid la siguiente nota secreta: «Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo. Su arrojo y su talento son títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuantos le rodean. Él es la revolución.» Bolívar es ciertamente la revolución que en España no puede desatarse por la Guerra de la Independencia primero y por el despótico y cercano gobierno de Fernando VII más tarde. En una proclama que firma el Libertador en su cuartel general de Angostura, el 15 de agosto de 1818, se ve el pensamiento de Bolívar a este respecto: «La España que aflige Fernando con su dominio exterminador, toca a su término. Enjambres de nuestros corsarios aniquilan su comercio; sus campos están desiertos. El imperio español ha empleado sus inmensos recursos contra un puñado de hombres desarmados y desnudos, pero animados por la libertad. El cielo ha coronado nuestra justicia: el cielo, que protege la libertad, ha colmado nuestros votos y nos ha mandado armas con que defender la humanidad, la inocencia y la virtud.»

-146-

El sentido de la justicia en el Libertador esmalta su vida, porque a quien combate a sangre y fuego en la época de la guerra de represalias, no es nunca a los españoles amantes de la libertad, sino a los que al servicio de Fernando VII sujetan también en España el pensamiento y sojuzgan las libertades. Y a la intransigencia la combate en todos los terrenos. La imprenta, como alguien dijo de él, es la artillería de su pensamiento. Se da en Bolívar el caso extraordinario de que desde que inicia su labor en pro de la independencia de su patria, hasta muy poco antes de morir, el Libertador no abandona jamás su labor de prensa, y su preocupación por que el pensamiento liberal prospere y gane adeptos, le lleva a preocuparse, como ningún otro hombre de Estado de su tiempo, de responder a cuantos ataques se hacen a su doctrina. Funda periódicos, como El Correo de Orinoco, en Angostura; escribe en El Observador y aconseja a sus redactores que siempre que hablen de Fernando VII se pongan los artículos bajo titulares expresivos de tiranías y fanatismo; indica a un redactor, adelantándose en más de cien años al concepto moderno de la propaganda política, que la imprenta, en la guerra, es tan útil como los pertrechos. Colabora

en periódicos de Venezuela, Colombia y el Perú, y pueden leerse artículos y boletines en las gacetas de Lima, Caracas y Guayaquil.

Simón Bolívar es el pensamiento puro de la revolución democrática, y es al mismo tiempo su incansable ejecutor sin una sola ambición personal. Simón Bolívar va de muchacho a España, conoce la Corte de Carlos IV. Esa Corte cuya crítica despiadada y exacta hiciera el inmortal pincel de don Francisco de Goya. Frecuenta primero las casas de sus parientes aristócratas, después las esferas y camarillas palatinas. Trata al felón del príncipe heredero, conspirador contra su propio padre, débil e infeliz; oye la historia escandalosa de la reina María Luisa, y sobre todo, ve lo que hasta entonces no creyera, que el pueblo español sufre, como el de América, esclavitud y miseria. Visita luego Francia e Italia acompañado de su antiguo preceptor.

-147-

Corre el año 1804 y las ambiciones de Napoleón Bonaparte le han llevado a traicionar a la república a la que servía y a desoír los consejos de Josefina que, según Bourrienne en sus Memorias, le decía constantemente: «Por favor, Bonaparte, no te hagas rey.» Para Bolívar la traición de Napoleón es imperdonable. Toda la admiración que por él sintiera en su primera época, se transforma en desprecio. Su exaltado idealismo no concibe el interés personal y el sacrificio de un pueblo en aras de un interés dinástico. «Desde que Napoleón se ha hecho rey, -dice el futuro libertador de América en más de una ocasión-, toda su gloria me parece como el resplandor del infierno.»

El alma libre y pura de Bolívar, que a raíz de la muerte de su esposa, María Teresa de Toro, decidió no volver a casarse, dedicándose con toda su energía a la libertad del continente americano, no podía perdonar al corso Bonaparte, grande, sin embargo, por tantos conceptos, su vanidad de fundar imperios o monarquías en los que se perpetuase su apellido, por encima del triunfo de los ideales revolucionarios. Al año siguiente, en Italia, presencia el espectáculo de la gran parada de Milán en la que las tropas francesas victoriosas desfilan por delante del emperador de los franceses y rey de Italia -la de los Bonaparte-, sojuzgada por su propio hijo, y el acontecimiento provoca náuseas y odio en el alma ingenua del Libertador, incapaz de egoísmos e impurezas semejantes. Poco tiempo después, encontrándose en Roma y en ocasión de contemplar sus ruinas desde el monte Aventino, el espíritu romántico de Bolívar encuentra motivo para exaltarse ante la opresión de los pueblos, y en explosión magnífica jura no darse reposo hasta conseguir la libertad del suyo. La vista de las grandezas pasadas y presentes no le lleva hacia el fácil camino de tomar ejemplo de los césares, o del emperador de los franceses que decía de sí mismo: «Yo soy un emperador romano, de la mejor raza de los césares.» No, cada vez se arraigan más en él el ansia de libertar a las gentes sojuzgadas y su ideario democrático. No piensa -148- en su grandeza, sino en la de su pueblo, y a esa sublime tarea se entrega con desinterés de gran enamorado, capaz de todo sacrificio, sin pedir nada en cambio.

Las dos frases de Napoleón: «Yo nací cuando la patria moría» y «Yo soy un emperador romano, de la mejor raza de los césares», definen con suficiente claridad el impulso egolátrico del soldado condotiero contra el que había de concitarse el mundo entero para evitar que en su impulso irrefrenable sometiera a vasallaje las coronas imperiales o reales que se alzaban en el mapa político europeo de los comienzos de la decimonona centuria,

aun cuando hay que decir, en honor del emperador de Francia, que la mayor parte de los pueblos salían ganando con la legislación que seguía a los granaderos y a la guardia en sus conquistas, pues entre el régimen despótico de muchas de aquellas coronas y el sentido humano de las leyes napoleónicas imbuidas de los principios de la Revolución francesa, había una notable diferencia en favor del Derecho francés. El republicanismo de Bolívar se aferra y se exalta a medida que se adentra en la realización de su ideal y las dificultades se aparecen como insuperables. «Los intereses reales de una república -dice en la famosa carta de Jamaica, escrita en los dolorosísimos momentos de su destierro de 1815 en aquella isla-, están circunscritos a la esfera de su propia conservación, prosperidad y gloria. No siendo la libertad imperialista, puesto que es opuesta a los imperios, ningún impulso mueve a los republicanos a dilatar las fronteras de su país, injuriando a su propio centro, con el solo objeto de dar a sus vecinos una constitución liberal. Ningún derecho ni ventaja se sacan de conquistarlos, a no ser que los reduzcan a colonias, territorios conquistados o aliados, siguiendo el ejemplo de Roma.» Y más tarde le dice al Congreso de Angostura: «La continuación de la autoridad en un solo individuo fue con frecuencia la ruina de los gobiernos democráticos. Las elecciones repetidas son cosa esencial en los sistemas populares, porque nada hay tan peligroso como permitirle a un ciudadano que permanezca largo tiempo -149- en el poder. Acostúmbrase el pueblo a obedecerle y él a mandarle, de donde resulta usurpación y tiranía.»

Difícil ha de ser encontrar en las antologías del pensamiento político, de gobernantes militares o civiles, que acaben de dar la victoria y la libertad a su país, respeto más profundo a los derechos del pueblo.

No es necesario insistir mucho para llegar a la conclusión de que, en efecto, la cualidad más esencial de Simón Bolívar es el amor o el desinterés; pues el primero sin el segundo habría de llamarse amor propio, que en buena paradoja ni es propio ni es amor, sino más bien trasunto de egoísmo y pequeñez de espíritu. La mirada de Bolívar es apasionada, cálida; la de Napoleón es fría: «Y había una mirada fría en sus pupilas grises.» El amor llena la vida toda del Libertador. A la mujer la ama entregándose y sin exigencia. Por sus brazos y por su corazón pasan no sólo su esposa, sino que cuando ésta muere le esperan temblorosas, para brindarle sus caricias, doña Manuelita Sanz; Fany de Villars; María Ábrego; Manuela Madroño; Luisa Broker, la dominicana; Josefina Madrid; doña María Joaquina Costas, de la que se dijo tuvo descendencia; Anita Lenoit; Balbina Gómez; et sic de caeteris. Napoleón ama a la Condesa Walewska, se deja prender por la bella criolla Josefina de Beauharnais y más tarde la repudia para casarse con María Luisa, la hija del emperador de Austria, de la que necesita un heredero con sangre de alguna casa reinante europea. No es el amor el que le guía, es el amor propio. Los dos, Bolívar y Napoleón querían «ser» y los dos «fueron», pero en el cálculo de Napoleón la piedad no entraba para nada. No se observa en él, como dice un autor, la menor lucha por la afirmación moral. Aquel caudillo militar por naturaleza, escribe Valentín, vinculado a la época, sabía algo más que mandar. Sabía manejar con destreza la retórica del día. Y sabía tratar con prodigioso virtuosismo a los hombres a que quería atraerse: pulsaba con arte consumado el psíquico instrumento, evidenciando de modo insuperable, en estos casos, elegancia, espíritu, ingenio y gracia. La voz clara y penetrante, cabrilleaba -150- entonces, solícita, seductora y parece que en estos instantes cobraba un tono suave y cálido irresistible. Tras todo ello se ocultaba aquel egotismo grandioso que era justamente todo lo contrario de la idea de Humanidad, del

sueño de un nuevo mundo libre, pensamientos ambos motores en la existencia del Libertador americano. Napoleón va en busca de un trono; quiere además eternizarlo en su dinastía. Bolívar va en busca de la gloria; rechaza un trono que reiteradamente se le brinda; rechaza las sugerencias de los amigos que tratan de adularle y dice, ya con el pie en el estribo para el gran viaje, el de su inmortalidad: «La fuente de legalidad es la libre voluntad del pueblo; no la agitación de un motín ni los votos de los amigos.» Ese hombre, español, liberal, demócrata, generoso, merece en puridad el homenaje rendido y fervoroso de una Humanidad que lo ha tributado con exceso a quienes ni de lejos, por grandes que fueran en la Historia, pueden seguir la senda recta y gloriosa de todos los amores que recorriera hasta su muerte el Libertador Simón Bolívar.

-151-

Una estampa bolivariana, 1826

Un día de la segunda decena del mes de noviembre de 1826, bajo fina llovizna mañanera, un grupo de diez jinetes, de los cuales ocho vestían el uniforme militar de la Gran Colombia, descendía, al paso de sus cabalgaduras, por la depresión que conduce del altiplano de Cundinamarca hacia uno de los más bellos lugares de América: el prodigioso salto de Tequendama, a ocho leguas de camino de la ciudad de Santa Fe, capital de la Gran Colombia.

A la cabeza del pelotón montado en brioso caballo blanco de larga cola, el Libertador presidente, general don Simón Bolívar, descubierta y dejando resbalar con placer las pequeñas gotas de la lluvia por su espaciosa frente, sonreía de vez en cuando, al oír las expresiones de alguno de sus edecanos y acompañantes. La arrogante montura del Libertador resbaló de la mano derecha y con presteza el jinete levantando la brida lo sujetó fácilmente.

-Excelencia -dijo uno de los militares, con grado de coronel, que marchaba casi a su mismo andar-, parece como que Palomo no está hecho a caminar por estas alturas de Cundinamarca.

-Tendrá que ir aprendiendo si ha de seguir conmigo, señor coronel. Sin andar con seguridad por entre los riscos de estos escalones de los Andes no se puede ser montura del general Bolívar. Mis caballos tienen que -152- conocer estas montañas y caminar por ellas como una dama por un salón de baile. Pero una vez no hace costumbre, señor coronel, y espero que Palomo que, como lo dice su nombre, es blanco y vuela en el llano, andará también, si Dios lo quiere, por entre los libres peñascos de esta tierra colombiana.

El general Simón Bolívar había cumplido ya los cuarenta y tres años. No hacía aún quince días acababa de llegar a Santa Fe, procedente de Guayaquil y su regreso a la capital de la Gran Colombia no había sido, por cierto, demasiado del agrado del vicepresidente, general don Francisco de Paula Santander. No era viejo, pues, pero se le observaba envejecido,

como abrasado por un fuego constante. Su figura menuda y enjuta tenía, sin embargo, la majestad de quien lleva largos años mandando. El general y su caballo formaban una bella escultura. En su rostro curtido por el sol de los trópicos, a lo largo de las interminables y duras campañas, brillaban dos ojos oscuros, penetrantes, protegidos por abundantes cejas negras, y que parecían consumidos por la fiebre. El cabello peinado todo él hacia adelante, le daba un interesante aspecto romántico. En la mano derecha llevaba su sombrero, y en la izquierda la brida. Del uniforme apenas se alcanzaba a ver el alto cuello, bordado en oro, de la casaca. El resto de su figura nerviosa desaparecía bajo amplia capa que tapaba también la redonda y lustrosa grupa de Palomo.

Un oficial venezolano, capitán de lanceros, adelantó su jaco para situarse al lado de Bolívar.

-Excelencia -comenzó a decir-, he recibido ayer carta de mi general Páez. No soy yo demasiado avisado en materia política, pero se me hace como que mi general no anda muy contento y pudiera haber pereques por allá abajo.

-Así lo tengo entendido también yo, señor capitán, mas pronto habremos de saber lo que sucede, porque tengo decidido salir para Caracas en unos cuantos días. El general Páez ha sido y es un gran patriota y no creo ni espero tener nunca con él dificultades.

-153-

Y cambiando la dirección de la voz y elevando el tono para dar a entender al capitán que había terminado la conversación sobre un tema que no le resultaba grato, añadió, dirigiéndose a uno de los dos jinetes vestidos de paisano:

-Don José Rafael-, ¿no es ésta la famosa hacienda de Canoas del chapetón don Fernando Rodríguez?

-Sí, excelencia. Por cierto que la otra noche en el baile de los Lasso de la Vega, don Fernando me rogó que si el señor presidente venía, como ahora lo hacemos, a visitar el salto, no dejara de advertírselo para prepararnos al regreso adecuado refresco; y así lo he hecho suponiendo que no nos habrá de caer mal un refrigerio poco antes del mediodía. Además, don Fernando tiene fama de muy buena mesa y habrá de esmerarse en la ocasión, porque si bien es cierto que nunca se ha mostrado partidario de la independencia, la verdad sea dicha, se ha comportado siempre muy noblemente. Es hidalgo, es rico y tiene bastantes años. En sus circunstancias suele provocar más la tranquilidad que la guerra.

A la derecha del camino apareció por delante de los caballeros el río Bogotá, cuyas aguas buscaban por el sinuoso cauce el lugar desde donde iban a dar un formidable salto de ciento sesenta y siete metros en el espacio. La leyenda precolombina cuenta que el salto de Tequendama por el que se precipita al abismo el río Bogotá, fue abierto con una varita mágica por el gran Bochicá tocando en las peñas para desecar la laguna que hoy constituye la sabana de Cundinamarca. Era Bochicá, según la tradición de los chibchas, un venerable anciano de piel blanca y luenga barba del mismo color, y los indios veían en la gran catarata que él abrió, la imagen poética de sus barbas. La leyenda chibcha de Bochicá, el hombre blanco y barbado, representante del buen espíritu, coincide en sus líneas generales

con la leyenda azteca de Quetzaltcoatl, que tanto ayudó a Cortés en la penetración de la Nueva España. Pero volvamos a nuestra historia.

-154-

Uno de los edecanes, dirigiéndose a Bolívar advirtió señalando una tupida niebla que se veía como a un cuarto de legua:

-El Tequendama, mi general.

El general Bolívar fijó los ojos en la dirección apuntada, quedó un instante silencioso y luego dijo, casi para su colete:

-El salto a la eternidad de los enamorados despechados. ¡Bello fin para algunos románticos!

El general ciñó apenas los tacones sin clavar la espuela, cedió un poco la brida y Palomo salió al galope seguido por los otros nueve caballos. La capa de paño del general se alzaba al viento con la galopada, como las crines de Palomo. En pocos instantes se cubrió la distancia hasta la explanada tras la cual se veía subir la neblina de los millones de partículas de agua despedidas en el rebote contra las rocas del fondo del salto. El general Bolívar tascó el freno de Palomo y con la agilidad de quien como él había hecho del caballo el compañero inseparable en todas sus campañas, saltó al suelo, dirigiéndose, sin esperar a los demás jinetes, al punto en donde el río se transformaba en «música de plumas» como había dicho un poeta colombiano.

La tierra estaba resbaladiza y pegajosa a consecuencia de la evaporación y de la lluvia. José Rafael Revenga, el secretario privado del Libertador, le dio una voz:

-¡Cuidado, excelencia!

El general, sin detenerse ni volver la cabeza, contestó:

-Gracias, don José Rafael, por considerarme lo suficientemente joven como para intentar medir la altura del salto. Ni soy joven, ni en amores he sentido nunca el despecho. Puedo contemplar sin peligro este espectáculo maravilloso y no sentir vértigo.

Y antes de que nadie pudiera impedirlo, el Libertador presidente de la Gran Colombia se había colocado de pie en la roca saliente a la izquierda de la corriente del río, desde la cual decían adiós a la vida los desesperados santafereños y que por ello se llamaba «la piedra de los suicidas». Como cuando muchacho en el monte Aventino, -155- en Roma, juró luchar sin descanso por la independencia de su patria, como cuando contempló América desde la cumbre del Pichincha, el general Bolívar, cruzó los brazos y se quedó unos segundos meditando o absorto por la belleza que se le ofrecía. El ruido de la cascada le aislaba de las voces que daban sus amigos para que se retirase de aquel peligroso lugar, desde donde cualquier movimiento inadvertido, cualquier resbalón podía ser fatal. Así permaneció como un minuto y en seguida, girando ágilmente, volvió a reunirse con los que le esperaban sin ocultar la intranquilidad.

Volvió sonriendo y satisfecho, como un muchacho que acaba de hacer una travesura.

-Comprendo -dijo- que en holocausto a la dama de sus pensamientos haya quienes den un paso más. ¡Cuesta tan poco! ¡Se debe descansar tan sabroso! ¡Son tan bellas las barbas de Bochicá!

Recorrieron a pie las inmediaciones casi en silencio. El general, sin duda recordando los problemas que le aguardaban a su regreso a Santa Fe. Los edecanes, subordinados y amigos, respetando los pensamientos del prócer.

-¿Regresamos, señores? -dijo de pronto y como volviendo de un sueño.

Y dirigiéndose a todos añadió con voz de mando:

-A caballo.

La comitiva inició el regreso. El general, abriendo camino; los demás, a corta distancia. Palomo, respondiendo a la confianza que en él había demostrado el primer guerrero del continente, iba subiendo con paso seguro. Sentía el freno abandonado a su nobleza.

Cuando llegaban a la altura de la hacienda de Canoas, don Fernando Rodríguez, el propietario de la misma, se encontraba en mitad del camino abrigado en una clásica ruana. Frisaría don Fernando en los sesenta años. Su barba gris y su bigote blanco hacían destacar aún más los rasgos de energía de su rostro castellano. Reverente, se quitó el sombrero y exclamó al tener al Libertador como a seis metros de distancia:

-156-

-¡Bienvenido a esta hacienda, que es su casa, el señor Presidente de Colombia! ¿Puedo esperar el honor de que vucencia y la compañía compartan conmigo el pan?

-El pan y lo demás, señor don Fernando, que ya sé cuán bien se trata a los amigos de vuestra casa, y os agradezco muy de veras la fineza porque el fresco de la mañana y la buena compañía han abierto mi apetito -contestó el general. Y agregó:- Señores: don Fernando y su gentil hospitalidad nos aguardan. No sería correcto pasar de largo.

Don Fernando tuvo la brida mientras se apeaba despacio el Libertador. Hicieron lo mismo los demás y dejando el cuidado de los caballos a los criados de Rodríguez se encaminaron hacia la Casa de Canoas.

* * *

El refresco preparado por don Fernando iba llegando a su fin. El ajiaco de pollo, la sobrebarriga al horno y la ensalada habían sido frecuentemente regados por abundantes libaciones de buen vino tinto de Rioja que Rodríguez recibía años antes en bocoyes de España. En una de las cabeceras de la mesa el Libertador presidía, interviniendo siempre con gracejo en la conversación, cada vez más animada.

Al sacar el queso y los dulces, don Fernando, que ocupaba la cabecera, hizo una seña a los sirvientes y preguntó a Bolívar:

-¿Me permitís que se descorchen unas cuantas botellas de champaña vieja que guardaba para buena ocasión, señor presidente?

-Si la creéis buena, en efecto, don Fernando, por nuestra parte no creo que haya nadie que se oponga a tan gentil agasajo.

Servidas las copas, comenzaron los brindis. El Libertador se levantó y cortésmente agradeció a don Fernando Rodríguez la hospitalidad amable y generosa que mostraba como anfitrión. Don Fernando respondió con otro brindis declarándose muy honrado con la visita del -157- Jefe de Estado y a partir de ahí, cada uno se consideró obligado a decir algo.

Ya eran muchas las copas y muchos los brindis cuando se puso en pie el capitán de lanceros venezolano a quien oímos platicar con el general, camino de Tequendama. Acaso porque la alegría del champaña lo transformara en hombre inconveniente, o porque con sinceridad no recordase que el anfitrión era español, el caso es que con los ojos brillantes y la voz levantada dijo.

-Mi general, yo levanto mi copa para que pronto no quede en nuestra América un solo chapetón (español) que pueda ir a contar a su tierra ni siquiera las glorias de vuestra excelencia.

El brindis fue acogido con grandes carcajadas por los presentes. Era frecuente en las reuniones de militares colombianos «echar contra los chapetones» en busca del éxito fácil. La ocasión, sin embargo, no era demasiado indicada, pero las copas habían hecho su efecto en los jóvenes. El general Bolívar, que se había quedado ensimismado y no había escuchado lo dicho por el capitán llanero, ante las carcajadas se unió al coro, y asombrado de ver con aspecto muy serio al anfitrión hubo de preguntarle:

-Señor Rodríguez, ¿por qué no nos acompaña usted en la razón?

Se hizo un silencio penoso. Alguno de los acompañantes se dio cuenta del aprieto en que Rodríguez se encontraba. Entretanto, el secretario privado del presidente le contaba por lo bajo a éste lo dicho por el capitán en su brindis. Con voz altiva y porte digno y tranquilo, respondió el honrado viejo castellano.

-Porque siendo español, excelencia, no creo que eso sea razonable.

No era el general Bolívar hombre que aguantase lecciones de nadie y la actitud de los que con él iban se descompuso un tanto en espera de ver la reacción del Libertador. Éste miró a su alrededor, impuso silencio con una mirada fulminante, y recuperándose, para dar -158- la mayor amabilidad a su tono, dijo en medio del asombro de sus oficiales y amigos:

-¡Ojalá yuviésemos muchos patriotas tan enteros como usted, señor don Fernando! Y yo le ruego que excuse la inconveniencia del capitán y mi distracción al preguntarle.

México, D. F., octubre de 1943.

-159-

VII. Tres estampas de Larra

Raya francoespañola, 1813

Redobla el trueno, saltando de peñasco en peñasco por el angosto valle del Bidasoa. El alto de Urruña se encapota en el anochecer entre jirones de nubes que velan los caseríos de la tierra vascofrancesa. Calados por los chubascos persistentes, con su andar cansado de autómatas que van a la muerte gloriosa por un sentido de conquistador profesional, los granaderos de Napoleón regresan a su tierra, esta vez sin brillo ni gloria. Decorados con cabestrillos y vendajes que la sangre y el barro casi ocultan, atraviesan el puente de la raya francoespañola, en el puente fronterizo de Behovia.

La estrella del corso Bonaparte no brillará ya esta noche en el celaje cargado de la barrera de los Pirineos. ¡Qué lejanos los recuerdos de las noches estrelladas de Egipto y de las jornadas de Jena y Austerlitz!

En fila interminable, carros militares de impedimenta avanzan con lento caminar por la carretera en sordo chapoteo de caballos mal herrados. Algún juramento y el eco lúgubre del redoble de los truenos encajonados en la cordillera, sirven de música de fondo al espectáculo de la derrota.

El águila imperial vuelve hecha jirones y sin brillo en las pocas plumas que le quedan de su sueño de España. Un pueblo inerme, sin cultura y sin rey, con su solo coraje, fue el muro infranqueable en el que ciega se estrelló el ave ambiciosa que pensara cobijar bajo sus alas recias y protectoras todo el ámbito humano.

-160-

Paréntesis retrospectivo

Cinco años antes, en la villa de Castrillo de Duero se alojaba en fácil «paseo militar» una sección de dragones del emperador. El sargento, que a su llegada caracoleaba orgulloso en la plaza del pueblo, trató de maniobrar como en terreno conquistado con una guapa moza, hija de sus huéspedes. El prestigio de sus mostachos le rindió en distintos paralelos la altivez de otras mozas. Pero ésta sabe resistir firme ayudada por la memoria de su galán y el amparo de sus padres. El señor sargento no comprende el rechazo, y en movimiento colérico maltrata de obra a la familia.

La noticia llega al bravo mocetón que corteja a la muchacha. La ira le enciende. Su honradez se revuelve ante el agravio. Apresuradamente se dirige a la pequeña iglesia del lugar, y allí, ante sus amigos que le acompañan, pronuncia estas palabras: «Juro por Cristo y por su Santísima Madre y por todos los santos, luchar contra los sanguinarios invasores, matarlos y deshacerlos por cuantos medios estén en mis manos y no cejar hasta que mi patria quede libre de su presencia, hasta que ni una sola planta francesa pise el suelo español.»

En ciega carrera sale el joven labriego de la iglesia, alcanza al ofensor de la muchacha y le deja en el campo, brillando sus galones al fino sol de Castilla, para pasto de cuervos. Luego organiza una partida y se echa al monte, sorprendiendo patrullas francesas que son, sin piedad, pasadas a cuchillo.

El mozo, llamado apenas Juan Martín, cumplió su juramento, y su apodo popular de El Empecinado, corría en labios orantes de españoles patriotas, haciendo estremecer su evocación a los apuestos oficiales del imperio.

* * *

-161-

... y salían por Behovia los últimos invasores, ensanchando el corazón de los bravos, que como Juan Martín juraron no darse reposo..., pero con los franceses cruzaban la frontera familias españolas que buscaron acomodo junto al rey José.

Sentados en haces de paja húmeda y pestilente, de aspecto repulsivo, bajo la lona sucia de un carro de intendencia militar, pródigo en goteras, un caballero casi cincuentón, una señora joven y un niño de cuatro años se estremecen en tiritones de frío. El chiquillo lloriquea acurrucado junto a su madre. El caballero trata de mantener su empaque -labor difícil en aquel ambiente-, y al asomar por la trasera del carruaje la cabeza de un funcionario que en rápida inspección a la luz vacilante de una antorcha escudriña el triste cuadro, dice con aire enfático:

-Doctor Mariano Antonio de Larra y Langelot, y familia.

El funcionario los contempla durante unos instantes, mientras el niño domina con sus gritos nerviosos las últimas palabras de su padre y el concierto tétrico del exterior, y prosigue su inspección en sucesivos carros.

Lentamente el vehículo gana la orilla francesa del puente. Dos relámpagos, seguidos muy de cerca por horrísonos truenos, hacen persignarse a la joven madre y crisparse a su hijito. Don Mariano Antonio no puede contener un gesto malhumorado de impaciencia y desdén. Ya en ruta hacia Bayona, el pequeñuelo, en brazos de la madre, que lo arrulla, logra cobrar el sueño, cortado todavía de cuando en vez por un hipo nervioso que le hace estremecer.

Hijo de afrancesado, débil físicamente, malcriado, nervioso y sin el calor familiar de un hogar bien avenido, el chiquillo Mariano José de Larra, que pasó la frontera para Francia en 1813, estaba ya predestinado al romanticismo y a un fin trágico.

-162-

La tertulia de «Fígaro», 1835

Sala del Parnasillo en el Café del Príncipe. La luz vacilante del quinqué que cuelga en el centro, trata de llegar, perforando el humo denso de los cigarros, a los raídos damascos rojos de las paredes. En el rincón del fondo -entrando a la derecha- forman círculo a un velador cuatro chisteras negras. De ellas cuelgan sujetando caras de color de cirio, cuatro barbas muy en el ambiente. La del señor marqués de Molins -don Mariano Roca de Togores- destaca por su brillo. Las otras le sirven de resalte y corte de honor. Aún no hace diez minutos los cuatro caballeros aplaudían con gesto entre inteligente y despectivo desde un palco proscenio del Teatro del Príncipe, la primera representación del drama que acaba de estrenar su buen amigo, secretario del Estamento de Próceres, don Ángel de Saavedra, duque de Rivas. Los cuatro contertulios comentan la osadía del autor de este Don Álvaro o la fuerza del sino.

-Por cierto -dice el señor marqués-, quisiera yo conocer el juicio de Fígaro, a quien he visto en una luneta de la cuarta fila, y que me extraña se retrase tanto. Si no es -añade con estudiada pausa- que ande alguna dama de por medio.

Mientras el marqués acaba su parlamento, atraviesa la salita con seguro continente y como al conjuro de la evocación la silueta de Mariano José de Larra. Envuelto el cuello en un plastrón de raso café oscuro, ceñido el cuerpo enjuta por levita del mismo tono, en la mano derecha la bimba reluciente y enmarcado el rostro largo y cetrino por barbita rala y escaso pelo alborotado, el crítico mordaz que se sabe temido, se acerca con sonrisa enigmática a sus contertulios, planea en lento ademán sobre una silla, encarga a Pedro, el viejo camarero, una taza de chocolate con un mojicón tierno, y librando con un gesto que quiere ser mundano, sus dedos afilados -163- y nerviosos de la prisión de unos guantes de cabritilla gris, pone su paño al púlpito.

Las palabras salen como arrastradas de entre sus labios incoloros. Recibir la merced de escucharlas es premio de elegidos y el propio orador no puede castigarse a perder el regalo de sus sutiles pensamientos.

-Ya les he visto, señores, aplaudiendo a nuestro duque esta noche. Plausible intento de Saavedra con el Don Álvaro... y algunas cosas muy en su punto. Recuerdo aquellos versos que dice el don Carlos inspirados en mi crónica ¿Entre qué gente estamos? publicada en noviembre. Y suenan bien:

Estoy, ¡vive Dios!, corrido
de verme comprometido
a alternar con esta gente.

Porque la verdad es que aquí nadie sabe ocupar su puesto. No hay jerarquías, ni respeto a la inteligencia. Todos somos unos. Cualquiera se cree con derecho a opinar sobre lo divino y lo humano. Seguro estoy que si le preguntásemos a ese anciano Pedro qué le parecen los admirables versos de don Juan Bautista Alonso, que para mí reputo por lo mejor que hay escrito en castellano y en cualquier lengua, nos diría sin embarazo un ex abrupto como cualquier redactor de El Diario de Avisos o de El Observador.

Ante el gesto interrogante de Roca de Togores, Fíguero, complaciente, se explica:

-No puedo creer, marqués, que aún no los hayáis visto. Ya hace un mes que están a la venta en la librería de la calle de Carretas. Son asombrosos de inspiración y sencillez y en la última carta que le he escrito a De Vigny le he copiado esta primorosa quinteta:

Salgamos, bella Jacinta,
a ver tu hermoso jardín
y el robledal de la quinta,
pues ya canta el colorín
y el sol tus rosales pinta.

-164-

Claro que en el monótono y sepulcral silencio de nuestra existencia española estas poesías caen en el vacío. Pocas inteligencias habrá capaces de apreciarlas. ¡Ah, si fuéramos franceses, qué diferencia! Aquí, con ocuparnos de si Zumalacárregui corre por las montañas de Pamplona y si el Ros y Borjes siguen sus fechorías por Cardona, ya imaginamos cumplida nuestra misión. Por cierto, amigos, que en la redacción de la Gaceta, por la que he pasado esta tarde, me han dicho a estos propósitos que Zumalacárregui había conseguido cortar los puentes que dan paso a la Borunda, ha abierto zanjas y parapetos para impedir su travesía, y ha situado fuerzas en Echarren, cubierto toda la línea con partidas de observación y parece que en Echarri-Aranaz ha quemado varias casas contiguas al puente.

Pero ya incido yo en el vulgar trabajo de ocuparme en operaciones como los cien mil estrategas desocupados a los que más valiera callar mejorando con ello el mal gusto reinante que padecemos.

Las palabras de Larra, espesas al principio, van fluyendo luego ante el silencio de sus auditores; ha escurrido la opinión sobre el triunfo del drama de su amigo; ha aprovechado la ocasión para recordar en tintas negras la penuria de España; ha zaherido a sus compañeros de prensa; llenado de elogios desmedidos a un poeta vulgar que nunca le hará sombra, y criticado la preocupación por una guerra civil que ha de llenar el siglo. Todo esto en el tiempo en que su pocillo de chocolate se ha ido vaciando y el azucarillo tostado que le ha puesto Pedro en el vaso de agua se ha disuelto, tiñendo el agua de color caramelo.

Es el final de una jornada de Fígaro. Su acritud se crece ante el silencio ajeno. Pero no le basta el auditorio del Parnasillo; su bilis necesita de una tribuna pública. ¿Por qué, como Saavedra, no ha de ser diputado, aunque para ello se desdiga del credo liberal?

-165-

Lunes de carnaval, 1837

Grupos de destrozonas en alegres comparsas recorren el salón del Prado con escobas y latas en algarabía goyesca. Nuevas coplas del Chíbiri surgen espontáneas sobre los moderados, el fracaso de Istúriz, el Motín de La Granja y los múltiples sucesos políticos del año 1836. El sol poniente del 13 de febrero no calienta los guijarros, ocultos bajo la nevada, de la Carrera de la Virgen de Atocha, por la que suben perezosamente las carretas con bueyes hacia la plaza de Antón Martín. Las tabernas de la calle del Ave María y del Avapiés no dan abasto a despachar tanta clara con limón como trasiegan las resacas gargantas de los castizos que, solos con su borrachera amorosamente cultivada para que dure los tres días de carnaval, recorren calles, callejas y plazuelas golpeando con la mano del almirez el bombo improvisado o sacando roncós sonidos a la zambomba enjaezada que lucen con orgullo. Todo Madrid bulle alocándose bajo el fugaz imperio del dios Momo. No se siente el frío, ni se teme al carlista.

Embromadas constantemente por las pandillas de destrozonas que las rodean y bailan en remedo de danzas litúrgicas, dos damas logran alcanzar la calle de Santa Clara y ganar un portal de no mal aspecto.

-¡Por fin! -exclama la más joven de las dos-. Creí que no llegábamos, Dolores.

-Era preciso hacerlo, hijita. Perdóname, pero hoy ha de quedar resuelto de una vez lo mío con Mariano.

Van a dar las ocho de la noche cuando del portal salen de nuevo Dolores y su amiga. Apenas en la calle, cuatro máscaras sin reparar en las huellas de sufrimiento impresas en el

rostro de Dolores, les hacen coro y acompañan su Chíbiri con grandes saltos. Ellas tratan de escabullirse, pero los del coro, girando con rapidez -166- mientras cantan, se lo impiden. Va a terminar la canción:

Ay chíbiri, chíbiri, chíbiri,
ay chíbiri, chíbiri, pum.

Y un eco que viene del primer piso repite dominándolo todo: ¡Pum!

Dolores y su amiga palidecen y salen corriendo; los borrachos se miran un instante y sin explicarse tan rápida huida, se agarran del brazo y siguen su ronda por la Villa y Corte.

Arriba en el despacho de Fígaro, Adelita Larra se abraza al cuerpo exánime de su padre que yace junto a la pistola con la que, mirándose ante el espejo, se ha levantado la tapa de los sesos.

* * *

Miércoles de ceniza. Gacetilla de cuarta plana de El Eco del Comercio: «A las ocho menos cuarto de la noche de anteayer se suicidó de un pistoletazo nuestro distinguido escritor don M. J. de Larra... No nos atrevemos por delicadeza a manifestar la causa que ha motivado esta catástrofe.»

Iglesia de Santiago. Cuatro de la tarde. Nutrido cortejo acompaña por primera vez a Fígaro. Son los amigos que para evitar la sepultura de misericordia han costado los gastos del entierro.

Todavía, entre dos vasos de clara con limón, algunas máscaras saludan en la Glorieta de Atocha el paso del cadáver. ¡Ay chíbiri, chíbiri, pum!

-167-

VIII. La conjura del Puerto de Santa María

El señor Conde de La Bisbal y sus sentimientos liberales, 1819

Olímpico, pomposo y condescendiente, el señor Conde de La Bisbal se dignó dar a entender a los oficiales de la guarnición de Cádiz que acudiría a la entrevista a que se le invitaba para concertar el levantamiento cuyo fin era proclamar la Constitución doceañista y acabar con el servilismo.

El señor Conde de La Bisbal -arrogante prestancia de ex regente de las Cortes generales y extraordinarias de la nación, reunidas en la isla de León- había dejado entrever a los emisarios del Ejército, con palabras entre anodinas y misteriosas, que, a pesar de todo, él, en el fondo, tenía sentimientos liberales. Y no dejaba de ser su afirmación un tanto cierta.

El señor Conde de La Bisbal -o del Abisbal como gustaba firmar don Enrique O'Donnell, capitán general del Ejército- se había adelantado en 1814 hacia el «amado monarca» Fernando VII, al regresar éste de su prisión en Francia, con dos discursos altisonantes. En el uno se cantaban las excelencias de la autoridad absoluta del soberano y los deberes de los españoles de someterse a la «paternal» sabiduría del príncipe; en el otro se hablaba de las ventajas que para la nación habría de significar el desenvolvimiento progresivo de las instituciones populares. Las voces «progreso», «libertad», «democracia», «pueblo» y «nación», tenían un sonido metálico de falsete ampuloso cuando eran pronunciadas -168- por la importante caja de resonancia bucal de su excelencia.

Pero en tan señalada ocasión como la del regreso del rey a su pueblo que había combatido heroicamente por él y por la libertad de España, tan hermosos vocablos quedaron en el fondo de uno de los bolsillos de la casaca del señor Conde de La Bisbal. Por eso tenía un poco de verdad lo de que «en el fondo» había en él algo de sentimientos liberales.

Los sentimientos liberales del señor Conde de La Bisbal cabían en unas hojas de papel; las hojas cabían en un bolsillo interior de la casaca, y esa casaca cabía con holgura en el bien nutrido guardarropa del señor Conde de La Bisbal o del Abisbal, que, con no reclamarla de su hierático ordenanza de cámara, podía caer en desuso, quedando allá en el fondo y olvidados los sentimientos liberales de su excelencia.

La expedición preparada para acudir en ayuda del general Morillo y, al reforzar sus efectivos diezmados por los patriotas americanos y por las fiebres, tratar de dominar la guerra de la independencia de los virreinos de la Nueva Granada y del Perú, de la Audiencia de Quito y de la capitanía general de Venezuela, había congregado en la ciudad de Cádiz un fuerte ejército expedicionario. Los conspiradores de las logias, de los clubs y de las sociedades secretas, entre los que figuraban muchos militares, habían logrado llevar su acción y su influencia a destacados jefes de ese ejército expedicionario.

El «negocio» de los barcos transportes comprados al zar Alejandro II, que resultaron no estar en condiciones de navegabilidad, sirvió, hábilmente explotado por los conspiradores, para minar los cimientos del Absolutismo, al que nada importaba la seguridad y aun la vida de los soldados españoles.

Se tenía la impresión de que la travesía no podía cumplirse en esos buques comidos de broma, y que la expedición estaba abocada a un desastre. Se habían presentado además varias epidemias entre la tropa por las -169- insanas condiciones del acuartelamiento, y los agentes liberales, moviéndose con actividad, extendían y ahondaban el descontento.

El señor Conde de La Bisbal -con sentimientos liberales en el fondo- se había dejado insinuar el deseo de algunos jefes de que pusiera su «espada prestigiosa» al servicio de la causa de la libertad, asumiendo el mando del movimiento que de un momento a otro estaba para lanzarse.

Para concretar las proposiciones y coordinar la acción se le había citado a una reunión en el Puerto de Santa María. El señor Conde de La Bisbal preciábase de estrategia y de táctico. Su estrategia le aconsejaba asistir; su táctica le hizo adoptar disposiciones previas. Las ambiciones de un general aristócrata que debía al pueblo posición y gloria e incluso el haber sido tratado de alteza durante su regencia, no conocían límite. Le quedaba aún una bella condecoración que añadir a las que en solemnes ocasiones colgaban de su aguerrido pecho: la gran cruz de Carlos III. Se hacía necesario conquistarla y para ello su excelencia no se paraba en barras. Las tenía otorgadas por el pueblo y por el rey absoluto. Rey y pueblo podían subir o descender en la marejada política; el señor Conde de La Bisbal, de cada vaivén, de cada alternativa, lograba en elegante volatín prenderse una nueva presea en su uniforme tachonado de condecoraciones. Un mílite de su prosapia sobrenadaba siempre en las turbulencias de aquella España dolorida y exhausta.

* * *

La carretela del general jefe, señor Conde de La Bisbal, avanzaba desde Cádiz hacia el Puerto de Santa María, dejando tras de sí nubes de polvo cuyas partículas brillaban al sol de aquella tarde de Andalucía del 7 de julio de 1819. Los espléndidos trotones del negro tronco que la arrastraba, marcaban, junto a los arneses, sobre el azabache luciente de su pelo, las manchas blancas del sudor con que les decoraba el ejercicio a pleno sol.

-170-

El cochero hacía restallar al aire el látigo para avivar el trote y el chasquido silenciaba por un instante el monótono canto de las chicharras. Su excelencia quería llegar al cuartel de la brigada con acantonamiento en el Puerto a las seis de la tarde.

Ampliamente repantigado en los asientos posteriores del coche, el señor Conde de La Bisbal comunicaba sus instrucciones al ayudante, que, sentado frente a él, le escuchaba entre respetuoso y bobalicón. De vez en cuando, en alguna curva del camino, los rayos del sol se posaban sobre los esmaltes de las cruces que refulgían en el pecho del ilustre «mílite», y el destello daba insospechadamente en los ojos poco expresivos del ayudante de su excelencia, que, no atreviéndose siquiera a pestañear, aguantaba el relámpago hasta saltársele las lágrimas.

A la entrada del Puerto se detuvo la carretela ante una casa de dos pisos, con tres balcones en el de arriba y dos grandes ventanales con abombadas rejas en el bajo. Sobre la puerta un escudo labrado en piedra sillar, bastante maltratado por el tiempo, hablaba de blasones no

demasiado recientes. El ayudante saltó ligero del carruaje, abrió la cancela, que sólo se encontraba entornada, y se internó en ella para salir a los pocos minutos y ocupar de nuevo su asiento frente a su general. Éste, que había mirado con recelo hacia atrás y adelante mientras el joven oficial había permanecido en el interior de la casa, le interrogó con la mirada, y el ayudante sin abrir la boca hizo un gesto solemnemente afirmativo y ordenó al cochero:

-Al cuartel de la brigada.

Arrancó el carruaje en brusca sacudida que hizo bambolearse al señor conde dejando oír el tintineo metálico de sus preseas, y, hasta que divisó la entrada del cuartel del regimiento de la Corona, una sonrisa sibilina fue iluminando la severa faz del ilustre prócer.

* * *

-171-

El cuarto de banderas del regimiento de la Corona albergaba a la mayor parte de los jefes de los diversos acantonamientos del cuerpo expedicionario preparado para embarque hacia América. Un cierto nerviosismo impedía que la conversación se generalizara.

-¿Y prometió estar aquí a las seis? -preguntó impacienté un joven capitán graduado de teniente coronel.

-Sus palabras fueron exactamente, exac-ta-men-te: «Espérenme ustedes.» Y yo le había dicho que hoy a las seis sería para nosotros un gran honor que nuestro general nos acompañase a merendar -respondió un coronel de infantería poseído de la transcendencia de su intervención.

Se preparaba a continuar, sin duda, cuando las cornetas sonaron en el cuerpo de guardia anunciando la llegada del general jefe.

El silencio era eléctrico. Los tres jefes de mayor graduación: un brigadier y dos coroneles, entre ellos el que acababa de hablar, salieron en busca del importante invitado que llegaba.

El resto de los jefes y oficiales se pusieron en pie en posición de firmes. Uno de ellos se atrevió a formular a media voz la duda que le atormentaba:

-¿No pasará como en lo de Alicante?

Si las miradas pulverizasen, el comandante que se había atrevido a romper el silencio, hubiese quedado aniquilado. Pero no hubo tiempo para que nadie contestara.

Se oyeron pasos en el corredor inmediato, por el que habían ido a esperar al general los tres jefes, y al cabo de unos segundos llenos de solemnidad, la silueta del señor Conde de La Bisbal se recortaba majestuosa en el marco de la puerta.

-Buenas tardes, señores -dejó que su saludo impresionase a los allí congregados y agregó-. No creo que les cause sorpresa mi presencia. Correspondo a su confianza y acepté compartir con ustedes la merienda de esta tarde.

Rebotaban las palabras del prócer.

-172-

-Mi general -dijo el coronel que antes había anunciado la aceptación del convite-, como suponemos que el tiempo de vucencia es precioso, y estamos aquí ya los principalmente interesados, si vucencia lo desea podemos pasar al comedor que se ha preparado. Allí se encuentran varios amigos a quienes creo vucencia conoce y que, por no ser oficiales, hemos preferido que no aguardasen en banderas.

-Pasemos, señores; el servicio de la patria así lo aconseja y nunca podrá decirse que he vacilado en él -sentenció el conde. Y seguido del brigadier, de tres coroneles, uno de cada arma, de cuatro tenientes coroneles, cinco comandantes y doce oficiales entre capitanes y tenientes, el excelentísimo señor Conde de La Bisbal, ex regente del reino en las Cortes generales y extraordinarias del año 1810, se internó por los pasillos y corredores del cuartel, con digno continente, como cuadraba a quien «en el fondo» tenía sentimientos liberales.

* * *

El aspecto del comedor de oficiales era inusitado. Un retrato de su majestad el rey don Fernando VII en uniforme de capitán general del Ejército, debido al pincel no demasiado hábil de algún pintor provinciano, ocupaba el centro de una de las paredes, la del fondo según se entraba en la habitación. En la de la izquierda, dos panoplias con sables, y pistoletes se emparejaban equidistantes. En la de la derecha, dos balcones que se abrían sobre el amplio patio del cuartel hubieran permitido la entrada de la luz, si los cuarterones no estuviesen cerrados. En un rincón, un reloj de caja medía el tiempo con su monótono tic-tac. Sobre la mesa tres grandes velones de Lucena iluminaban a los circunstantes con reflejos entre rojizos y amarillentos. La seriedad de lo que allí iba a tratarse se observaba en los rostros de militares y paisanos. Se habían hecho las presentaciones de rigor. Entre los concurrentes se encontraban un enviado de la Logia de Madrid y cuatro representantes - 173- de los clubs y de la Gran Logia de Cádiz. El señor Conde de La Bisbal presidía la mesa con majestad hierática.

-No sé, en verdad, señores, si mi presencia aquí la hubiera aconsejado una conducta prudente; pero se me insinuó la conveniencia por el bien de España y la invocación del sagrado nombre de la patria no ha sido nunca para mí requerimiento vano. Yo espero que tan ilustres caballeros y patriotas como los aquí reunidos habrán meditado bien su plan, si es que de un plan se trata, y agradecería sus explicaciones sobre el objeto de esta entrevista.

Las palabras solemnes de su excelencia se desgranaban enrareciendo el ambiente.

El enviado de la Gran Logia de Madrid no pudo contenerse:

-Excelencia, sus palabras me causan la impresión de que al llegar aquí desconoce aún nuestros propósitos y planes, y, a lo que tenía yo entendido (ésta es la razón de mi viaje desde la Corte) contábamos ya con la adhesión valiosísima de vucencia, quedando sólo por fijar los últimos detalles. Pero como ya no es tiempo de vacilaciones, he aquí en pocas palabras de lo que se trata: la audacia y la indignidad de los serviles ha llegado a un punto en los últimos tiempos que exige una pronta reacción nacional. Jefes y oficiales del Ejército, que se han batido por la independencia de la patria, se ven perseguidos, postergados y castigados por expresar su lealtad a la Constitución, como si el amor a la Libertad fuera pecado nefando o traición. No tengo que recordar el nombre del valiente general Porlier, ni de su ayudante Umendía, o el general Lacy, fusilado en el castillo de Bellver, ni el de los oficiales del batallón de Marina, o los del de Santiago, o el de Mondoñedo y el de Lugo y el del Cuadro de Navarra, o los oficiales de artillería Viguri, Ángel Ruiz, Pezuela o mi amigo César Tournelle. En la memoria de todos están las persecuciones de los paisanos de La Coruña que se mostraron partidarios de la Constitución. Entre ellos había eminentes clérigos como don Manuel Pardo, don Joaquín Patiño y don José -174- Gayo; el alcalde Larragoiti, el prior del Consulado don Marcial del Adalid; comerciantes, artistas, el director de la Fábrica de Tabacos don Marcelino Calero. Y no era bastante esa persecución implacable. El propósito de la camarilla fernandina de enviar a una muerte cierta a nuestros soldados preparando esta expedición a América para combatir a unos hermanos que pelean por sacudir allá el yugo que aquí nos oprime, ha sido la gota de agua que derrama el vaso de nuestra paciencia. ¿No es así, señores? -preguntó dirigiéndose a los reunidos que afirmaron en silencio con la cabeza-. Y no sólo se trata de combatir a gentes que profesan nuestros mismos principios, sino que para el transporte se han comprado y dispuesto unos buques que no resisten dos días de navegación, cuanto menos la travesía a Indias. Vucencia debe de conocer, quizá mejor aún que yo mismo, el escándalo de ese negocio vergonzoso: España ha pagado en buen oro una mercancía inservible por averiada y en esos navíos que están casi pasados de punto para el desguace, se pretende embarcar al ejército expedicionario. La ofensa es directa al Ejército y así lo han entendido estos amigos. La hora de la redención de España está marcada y recordando que vucencia ha combatido también por la independencia nacional, fue regente del reino y ha tenido su vida amenazada en cierta ocasión por los manejos del servil Eguía, hemos creído que el nombre de vucencia al frente de este movimiento sería la mejor garantía de nuestros nobles propósitos. Y ahora, excelencia, esperamos vuestra decisión para poneros al frente de las tropas que en la noche de mañana, al terminar la revista de fuerzas en el Palmar, proclamarán la gloriosa Constitución de 1812 que tantas ilusiones vio nacer, para morir, desgraciadamente muy pronto, a manos de los serviles.

El señor Conde de La Bisbal encajó sin pestañear el discurso del representante de los masones. Dos o tres veces levantó el arco de la ceja derecha, pero inmediatamente recobraba la impassibilidad. Al terminar las palabras -175- precedentes, los reunidos clavaron sus ojos en el señor Conde de La Bisbal.

Éste carraspeó, apartó de delante de sí en la mesa una copa de agua, dirigió una mirada circular a los conspiradores y cuando se disponía a romper el más espectacular de los silencios, dos solemnes campanadas del reloj de cada comedor, marcando los dos cuartos para las siete, hicieron recordar a todos que inexorablemente se iba aproximando el momento para la ejecución de su compromiso.

-Señores -comenzó el general con la mirada como perdida en la lejanía y el acento grave que correspondía a su elevada condición-, no he de negar que el misterio de que se había rodeado la invitación que ustedes me hicieron para acompañarles hoy tenía su justificación. No quisiera yo que mis palabras se interpretasen torcidamente. Si no he comprendido mal, propóñenme ustedes lo que pudiera yo llamar un honor y un deshonor: el honor de que su proyecto vaya unido a mi nombre al otorgarme el mando; el deshonor de que traicionando la confianza de su majestad, que Dios guarde, tiene en mí puesta, atente contra las facultades que como nuestro legítimo soberano tiene. ¡Dolorosa encrucijada de honores y deberes, para quien como yo, teniendo, ustedes lo saben y tal creo sea la razón de su confianza, en el fondo sentimientos liberales, ha hecho de la lealtad a su rey el norte y guía de una conducta que ha merecido más de una vez el dictado, acaso excesivo, de intachable!

De uno de los extremos de la mesa interrumpió una voz:

-Perdone vuestreza, pero nadie piensa en atacar a su majestad. El movimiento es exclusivamente contra el servilismo que tiraniza a la nación.

El que así cortaba el hilo de los complejos pensamientos de su excelencia era uno de los civiles, representante de los clubs políticos de Cádiz. Levita café, plastrón azul, guedejas negras rizadas, frente no demasiado amplia y con la tez pálida del conspirador romántico, don -176- Tomás Istúriz, miró en su derredor como buscando aprobación a lo dicho.

Su excelencia se había congestionado ante el atrevimiento de Istúriz. Los dedos de su mano izquierda que tamborileaban con las yemas sobre la mesa mientras hablaba el osado interruptor, cesaron en su ejercicio y quedaron crispados, aprisionando una cucharilla de postre. Se oyó el trémolo de un fuerte carraspeo y la voz del señor ex regente del reino se hizo más ronca.

-Mi situación y mis antecedentes, señores míos, creo que me hacen acreedor al máximo respeto. Se me plantea un problema de conciencia y cuando expongo sinceramente lo delicado de mi posición, se cruzan aclaraciones innecesarias, porque si de algo que se dirigiera contra su majestad se tratase, arrestos me sobran para perder la vida en su defensa luchando solo contra sus enemigos.

El tono heroico que por momentos adquirían las palabras en boca del general, tenía intimidado a algunos, pero el representante de la Logia de Madrid, el coronel Arco Agüero y los tenientes coroneles Quiroga y Roten, tras cruzar unas miradas de inteligencia, habían hecho ademán de incorporarse de sus asientos cercanos a la puerta. El señor Conde de La Bisbal captó con prontitud el peligro y cambiando de tono agregó precipitadamente:

-... Pero por fortuna no es ése el caso. Sé que todos ustedes son fieles vasallos de su majestad y acendrados patriotas -los que se incorporaban volvieron a sentarse-. Es muy cierto que de un tiempo a esta parte se han cometido abusos -su voz iba adquiriendo otra vez acentos de epopeya-, y yo he sido el primero, señores, que arrostrándolo todo, he denunciado ante nuestro amado monarca el rey don Fernando, a aquéllos que medran sin consideración y especulan con los dolores nacionales. Lo he denunciado y he clamado

justicia..., por eso comprendo muy bien los sentimientos que les animan y que yo no pudiera decir que repudio. Yo sé que su majestad no está contento de algunos que titulándose -177- sus más rendidos servidores, lo presentan a él, cuya sola preocupación es hacer la felicidad de España, como a un déspota sin alma, y tengo mis razones, que me permitirán ustedes me reserve por ahora, para creer que un cambio de política está próximo. Comprendo su impaciencia, pero yo quisiera, señores, que ustedes comprendieran también que tan grave decisión, ya que la máxima responsabilidad se echa sobre mis hombros, requiere por lo menos meditar en los detalles del plan elaborado, para que nada quede sin prever. ¿Puedo, pues, señores, demorar mi respuesta hasta las nueve de esta noche?

Al observar el general los cuchicheos de los conspiradores, continuó:

-Mi propuesta es la siguiente: que me acompañe usted, mi coronel -señalaba al que le había transmitido la invitación-. Nosotros permaneceremos en el Puerto en su alojamiento. Ustedes, los demás, nos esperan aquí. A las nueve estaremos de regreso con mi respuesta y así no se levantarán sospechas. Desde las nueve hasta mañana a la hora fijada hay tiempo para circular las órdenes y que cada uno se haga cargo de su mando. -Y terminó sonriente:- ¿De acuerdo, señores?

-De acuerdo -contestaron a una los conspiradores.

Con gran ceremonia y estrechando la mano de cada uno de los presentes, el señor Conde de La Bisbal, ex regente del reino en las Cortes generales y extraordinarias de la nación, salió acompañado del coronel, mientras la reunión se iba animando con el convencimiento de que se había definitivamente adscrito al Liberalismo la prestante figura del general O'Donnell, conde de La Bisbal.

* * *

Bajo el cielo estrellado de la bahía de Cádiz las blancas casas del Puerto de Santa María se recortaban en el azul profundo del firmamento. El rumor de las olas al deshacerse contra la costa daba al cuadro la apacibilidad de una bella estampa marinera. Lentas campanadas - 178- del reloj de la parroquia marcaron, tras los cuatro cuartos de sonido alegre, nueve golpes espaciados y sonoros cuyas graves vibraciones iban a perderse sobre las aguas o a quebrarse en las callejuelas impregnadas del yodo de la mar. La paz de la noche veraniega parecía no poder turbarse.

En el alojamiento del coronel, el señor Conde de La Bisbal disfrutaba del sereno espectáculo espiando la calle solitaria, tras el balcón de una salita con suelo de mosaico rojo, muebles enfundados de blanco, doradas cornucopias en las paredes y en la que, ante una campana de cristal de la Virgen del Rosario, erguida en panzuda consola de caoba y custodiada por esbeltos búcaros de porcelana donde se desmayaban unas pocas rosas rojas, ardía mortecina lamparilla de aceite.

Un oficial envuelto en larga capa apareció por la esquina de la calle a poniente y avanzó con cautela pegado a las casas de la acera opuesta hasta ocultarse en un gran portalón frente por frente al del alojamiento del coronel. El general O'Donnell siguió todos los pasos del

prudente oficial, abrió el balcón procurando no hacer ruido con la falleba, sacó el brazo derecho arrojando un papel, cerró de nuevo el balcón y con aire inocente se sentó sin prisa en una de las enfundadas poltronas. En aquel momento se oyó la voz del coronel.

-¿Da vucencia permiso?

-Adelante, coronel -respondió el conde, que no pudo evitar su estremecimiento pensando que pudiera haber sido oída su maniobra.

El coronel asomó respetuoso a la puerta. Nada indicaba que tuviera sospechas. Adelantó tres pasos, en tanto se levantaba el señor conde, y dijo:

-Han sonado las nueve hace poco y los compañeros deben de estar ya impacientes. ¿Le parece a vucencia que vayamos?

-Vamos. Se pasó pronto el tiempo, coronel, y aunque no es mi hábito, llegaremos con algún retraso.

Descendieron hasta la calle y con paso no acelerado, que eso no lo permitía la prosapia de su excelencia, pero -179- sí seguido, se encaminaron al cuartel. El señor conde alargaba el oído. Antes de doblar la esquina se oyeron no demasiado lejos los cascos del galope de un caballo. El general O'Donnell respiró profundamente. Su ayudante continuaba desenvolviendo la brillante táctica que tanta fama diera en la guerra y en la paz al avisado don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal.

Cuando llegaron al cuartel y el general jefe accedió a ponerse al frente de los constitucionalistas, tras de haber exigido garantías de que nada se tramaba contra el rey y de que se reunirían aún al día siguiente a las cinco de la tarde, cada uno de los comprometidos se dirigió a su puesto.

La estrellada noche gaditana cobijó diversas galopadas que con órdenes secretas se iban precipitando por los caminos que se dirigían a Cádiz y a los acantonamientos de fuerzas del ejército expedicionario. Al trote largo de su tronco de azabache, la carretela de su excelencia desanduvo el camino hecho por la tarde. Los agitados pensamientos del prócer se apaciguaron con las caricias de la brisa nocturna.

* * *

En la alcoba de su casa en Cádiz, su excelencia dormía con beatitud, no sabemos si soñando con la solemne imposición de la gran cruz de Carlos III, o con la gloria de haber proclamado la Constitución doceañista. Unos golpes discretos dados a la puerta de la alcoba volvieron a la vigilia al insigne guerrero.

-¿Qué pasa? -inquirió con voz somnolienta.

-Excelencia, el general Sarsfield desea hablarle con urgencia -dejó oír a media voz el ordenanza.

-Pero ¿qué hora es? -preguntó el conde.

-Las dos y media, excelencia.

-Tráeme las pantuflas, y un pantalón recto, y dile al general Sarsfield que pase -añadió nervioso el señor conde.

-180-

Levantose el prócer, se puso, remetiéndose la larga camisa de dormir, los pantalones que le tendía el servidor, deslizó los pies dentro de las pantuflas en chancleta, se alisó los cabellos con la mano izquierda y sin acordarse de que llevaba puesta una bigotera, se adelantó a la puerta a esperar a Sarsfield, el general de caballería del cuerpo expedicionario.

Anunciado por el sonar de sus espuelas, apareció éste.

-Perdón por la visita intempestiva, excelencia, pero el asunto bien merece, creo yo, interrumpir su sueño -dijo sin excesivas contemplaciones el de caballería.

-Pase y siéntese, general. Le escucho -susurró el conde.

-Acaba de llegar un correo especial de Madrid con este pliego urgente para vucencia.

Mientras lo decía, sacaba del bolsillo interior del dormán un sobre lacrado y se lo tendía al general jefe. Éste, con la parsimonia que le caracterizaba al actuar delante de sus subordinados, rasgó el sobre y no pudo contener un gesto de desagrado al leer las cortas líneas del mensaje. Dirigiéndose a Sarsfield, preguntó:

-¿Sabe usted de lo que se trata?

-No, mi general, pero imagino que debe de ser importante porque Regato esperaba que llegase hoy algo para vucencia.

-El asunto es grave, Sarsfield, y sólo a un soldado probado como usted en cien ocasiones se le puede dar a conocer. Claro está que mis palabras son confidenciales y en servicio de su majestad.

-Me alarma vucencia, señor conde, y las espero impaciente -dijo con el heroico continente del que no vacila en lanzarse a un espantable abismo.

-Gracias, Sarsfield, sabía que podía contar incondicionalmente con usted, y en estos revueltos tiempos en que andamos, la lealtad es una de las más escasas virtudes. En este orden de ideas, general, mi criterio ha sido siempre que a los leales se hace necesario premiarles.

Ante un gesto de su interlocutor, que lo mismo podía expresar agradecimiento por la insinuada promesa de -181- recompensa que convencerle de que ésta no se requería para asegurarse su colaboración, continuó el prócer con prosopopeya:

-No, no es que sea preciso para estimular al leal. El leal lo es en cualquier momento y condición; pero sí se me hace que el escatimar las recompensas puede hacer vacilar a quien no esté muy firme en sus convicciones. Sé muy bien, querido Sarsfield, que no es éste su caso -añadió ante otro gesto indefinible del general de caballería-; pero vamos al mensaje que es lo que interesa.

La voz del ex regente del reino perdió su resonancia y adquirió un matiz aterciopelado de confidencia.

-Del Ministerio me dicen que algunos de mis oficiales y los masones preparan para muy pronto un levantamiento constitucionalista.

Clavó el conde los ojos en Sarsfield, y al observar que éste mostraba fiera indignación, cobró ímpetu.

-¡Esto es una vergüenza, mi general! No hay manera de pasar dos meses tranquilo sin descubrir una conspiración. La noticia, debo decírselo, no me ha sorprendido demasiado. El hábito de mando y la obligación de conocer a mis gentes me había hecho olfatear que se estaba preparando alguna cosa.

-La sagacidad de vucencia es proverbial -comentó el pazguato admirador de su excelencia.

-¡Ah!, pero esta vez van a saber quién es el Conde de La Bisbal. Le aseguro que no va a haber contemplaciones. Como me llamo Enrique O'Donnell.

El conde se había puesto en pie y medía a grandes zancadas la habitación.

-Sin embargo -agregó un poco más calmado-, hay que actuar con prudencia y rapidez.

Hizo una pausa, como meditando, y exclamó:

-Tengo ya el plan, Sarsfield.

-Estaba seguro de ello, excelencia.

-Mañana -dijo O'Donnell sentándose en una silla cerca de Sarsfield-, habrá una revista en el Palmar del Puerto de Santa María. Hay que dar la orden de que -182- salgan inmediatamente hacia allí dos brigadas de las de guarnición, y usted mañana a las cuatro de la tarde se pone en camino con toda la caballería. Yo estaré en el Puerto y tomaré el mando de las fuerzas de Cádiz que acordonarán el campamento del Palmar en el instante mismo en que le divise a usted, e intimaré a la rendición a los sediciosos.

-Pero eso puede ser peligroso para vucencia, mi general.

-¿Y qué? No será ésta la primera, ni espero que la última vez en que ponga la vida en peligro por defender a mi rey -salmodió el ilustre personaje.

Se levantó, dando por terminada la entrevista, trató de atusarse los bigotes tropezando con la bigotera, y dirigiéndose al fiel subordinado realista, le confirmó:

-En usted confío, general, para que mis órdenes se cumplan con exactitud y rapidez. De su actuación diligente y discreta puede depender la felicidad de España y de nuestro rey don Fernando -terminó el general jefe, estrechando la mano de Sarsfield.

Al salir éste de la alcoba de su excelencia, el señor conde se metió de nuevo en la cama, y al acostarse se llevó la mano derecha al lado izquierdo del pecho tanteando el lugar en el que pronto luciría la gran cruz de Carlos III. La mala suerte de los constitucionalistas así lo había dispuesto. La táctica del señor Conde de La Bisbal no podía fallar y no fallaba.

* * *

Campamento militar del Palmar, en el Puerto de Santa María. Los toques de corneta se sucedían para activar los preparativos de la revista. Las unidades iban formando con arreglo a lo dispuesto. El sol levemente inclinado de las cuatro y media de la tarde caía inmisericorde sobre los soldados. Los furrieles habían andado muy activos toda la mañana inspeccionando armas en las compañías. Se había anunciado que su excelencia -183- el general jefe, don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal y ex regente del reino, vendría a presidir el desfile.

* * *

La tarde caminaba bajo el sol al filo de las cinco. En el cuartel del regimiento de la Corona los conspiradores constitucionalistas esperaban al señor Conde de La Bisbal. Todo estaba dispuesto. El comandante Quiroga llevaba en un bolsillo la proclama que había de leerse a las tropas, anunciando que el Ejército había decidido acabar con el servilismo y con la expedición a América.

Cuando entró el general con el eco de la última campanada del reloj, un buen observador hubiera visto que trataba de ocultar su nerviosismo jugueteando con la fusta. Se sentaron todos, como en la tarde anterior, alrededor de la gran mesa. El general, sin embargo, continuó de pie, junto a la puerta, acompañado de sus dos ayudantes.

-Señores -dijo de repente, con voz de Júpiter tonante-, se me han ocultado puntos transcendentales del proyecto de ustedes.

Las palabras del señor Conde de La Bisbal cayeron en los reunidos como una ducha de agua helada. Continuó el general:

-Sé; lo sé sin ninguna duda, que se trata no sólo de minar abusivamente la autoridad legítima del rey, sino que, incluso, por parte de algunos, se piensa en destronar a su majestad.

-Mi general, lo han engañado -interrumpió el comandante San Miguel-. Ésa es una calumnia mal urdida contra nosotros.

-No hay calumnias que valgan, comandante. Sé bien lo que me digo. Y mientras esto se pone en claro, me veo en el deber de advertir a ustedes que conmigo no puede contarse para semejante atentado. Son las cinco, señores jefes y oficiales, y les recuerdo que es preciso asistir al desfile ordenado por mi autoridad. Nada ha -184- de acontecer esta tarde de lo platicado, y espero de cada uno de ustedes que sepan atemperarse a las circunstancias.

Estallaba el rumor de la indignación. El general, sin dar tiempo para que se respondiera a sus falsas acusaciones, dio media vuelta estirado como un pavo real, y dándose suaves golpes con la fusta de montar sobre las lustrosas botas altas charoladas, salió de allí con la dignidad de un personaje herido y el aire señorial de quien, no en vano, había sido regente del reino en las Cortes generales y extraordinarias de la nación.

Los comandantes Quiroga y San Miguel y don Tomás Istúriz querían alcanzarle para exigir explicaciones. Algunos compañeros lograron disuadirles asegurando que lo peor en aquellas difíciles circunstancias era el escándalo. Los paisanos decidieron desaparecer, aconsejando a los militares hacer lo mismo. Fueron minutos de espantosa confusión. Por fin se acordó que los jefes y oficiales asistirían al desfile y después se vería lo que más conviniese hacer. El acuerdo fue que era preciso, por lo menos, aplazar la ejecución del plan.

* * *

El desfile se desarrollaba, al parecer, normalmente. Los sones marciales de las bandas alegraban el espectáculo. Las unidades iban pasando por delante del excelentísimo señor Conde de La Bisbal, general jefe del ejército expedicionario, quien rodeado de su estado mayor, rutilaba al sol de la tarde. Su excelencia llamó a uno de sus ayudantes, cuchicheó algo a su oído y éste partió rápidamente a caballo.

Cinco minutos más tarde, el campamento del Palmar estaba rodeado por las fuerzas de la guarnición de Cádiz y la caballería al mando del general Sarsfield entraba en el centro del campamento. En rápido golpe de mano los jefes comprometidos eran rodeados por soldados con la bayoneta calada. Desarmados y custodiados se les condujo al cuartel bajo arresto. Uno de los oficiales -185- -el que el día anterior se preguntaba si no acabaría aquello como lo de Alicante- al pasar cerca del general jefe, no pudo contenerse:

-¡Miserable! -gritó.

Su excelencia hizo como que no lo oía. Su técnica había triunfado en toda la línea. Podía estar seguro de que junto a las demás condecoraciones, luciría muy pronto en su pecho, que en el fondo albergaba sentimientos liberales, la brillante gran cruz de Carlos III.

El 8 de julio de 1819 marcaba una etapa lograda en las infinitas ambiciones de don Enrique O'Donnell.

* * *

Pocos días después los papeles periódicos de Cádiz y de Madrid daban cuenta de una real orden:

«Por cuanto el excelentísimo señor don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, capitán general del Ejército, ha acreditado el mayor celo en defensa de la monarquía y de la patria, con ocasión de la abominable conjura del 8 de julio último en el campamento del Palmar del Puerto de Santa María, encaminada a atentar contra los sagrados, legítimos y absolutos derechos del rey nuestro señor que Dios guarde:

Su majestad el rey don Fernando VII (q. D. g.) se ha dignado conceder al señor Conde de La Bisbal la gran cruz de Carlos III, libre de derechos.»

-186-

IX. Don Rafael del Riego

Las Cabezas de San Juan

La vida de los oficiales del segundo batallón de Asturias, 26 de línea, resultaba monótona y aburrida en su acantonamiento del pueblecillo sevillano de Las Cabezas de San Juan. Al atardecer no era raro que después de una vuelta por la carretera que iba hacia Lebrija, o hacia Arcos, se reuniesen los capitanes de las cinco compañías en la fonda en que se alojaba el capitán, graduado de teniente coronel, don Fernando Miranda, confinado en el batallón por el señor Conde de La Bisbal a consecuencia de las detenciones del 8 de julio en el Puerto de Santa María. Unas manos de brisca o de dominó si no acudían todos, o la apetecida partida de tresillo si se lograba completar el cónclave, les ayudaban a soportar la tediosa vida de guarnición aldeana. Siempre circulaban algunas copas de amontillado o de manzanilla olorosa, y entre las discusiones a consecuencia de las jugadas, cada cual iba contando a los demás las novedades que, por desgracia para la animación de la tertulia, no eran demasiadas. La mayoría de los oficiales del batallón eran sinceramente liberales. Unos más tibios, otros más ardientes, el caso es que todos convenían en que era una lástima que ninguna de las conspiraciones para restablecer la Constitución hubiese triunfado. El capitán Miranda les había contado cien veces el placer que se permitió de llamar miserable a don

Enrique O'Donnell, cuando éste, traicionando a los constitucionalistas, había detenido a los conspiradores -él entre ellos- en la tarde del 8 de julio, y cada vez que -187- el ordenanza descorchaba una botella de vino generoso, durante mes y medio se repitió el espectáculo; Miranda se levantaba solemne imitando la voz del señor Conde de La Bisbal y decía:

-Señores, por la destitución del perillán que nos mandó prender teniendo «en el fondo» sentimientos liberales.

Al principio los más templados de los compañeros le habían rogado que no gastase aquella broma, que de llegar a conocerse podía costarle otro disgusto. Luego se fueron acostumbrando todos al brindis y a las palabras de Miranda respondían a una:

-Por la destitución del perillán -y apuraban la copa.

Una noche acababan de terminar la partida de tresillo en la que Miranda había estado totalmente desafortunado, cuando entró, procedente de la calle y con evidente agitación, el capitán de la segunda compañía, Vicente Llen.

Aquel día se había reunido con Miranda, que era capitán ayudante, José Olay Valdés de la tercera, José Rabadán de la quinta y Miguel Pérez de la primera. Los cuatro le miraron interrogándole. Llen se gozaba en la curiosidad de sus amigos. Éstos no pudieron contenerse:

-Desembuche usted, capitán -gritó Miguel Pérez.

-Calma, amigos míos. Las cosas de palacio van despacio -dijo dándose importancia el capitán Llen.

-No hagan ustedes caso -terció Miranda-. Si hubiese sucedido algo importante, ya lo sabríamos. ¡A fe que no circulan pronto las buenas noticias!

-Pues por esta vez tus correos secretos no han andado rápidos. Valcárcel, que acaba de llegar ahora mismo de Cádiz, es el que me lo ha dicho.

-Pero ¿qué es lo que te ha dicho?

-¿Queréis saberlo?

-Naturalmente -dijeron todos un poco exasperados por la calma de Llen.

-Os advierto que la noticia bien vale un vaso de bon vino como diría el Arcipreste. Y si Furseo no sube la mejor botella de manzanilla vieja, no hay noticia -añadió riéndose el capitán de la segunda compañía.

-188-

Se oyó un verdadero alarido lanzado por los cuatro oficiales impacientes:

-¡Furseo!...

Se abrió la puerta como al conjuro de la voz. Furseo, el ordenanza palentino del capitán Miranda, apareció cuadrándose y preguntó:

-¿Traigo la que nos regaló doña Paloma?

-Ya que estabas oyendo, podías haberla traído -le increpó Miranda.

El ordenanza adelantó la mano izquierda que había quedado un poco oculta tras el pantalón en medio de una ovación por su diligencia, mostró la famosa botella de manzanilla vieja, que doña Paloma, madre de una linda beldad local a la que hacían currutacos la mayor parte de los oficiales, había ofrecido a Miranda, acaso pensando que era el único graduado de teniente coronel de los militares jóvenes y en estado de merecer, y que a pesar de encontrarse castigado en el batallón, por su intervención en la última conspiración, podía estar elegido para los mejores destinos si sus ideas llegaban a triunfar.

Vicente Llen tomó un vaso de encima de la mesa, lo tendió hacia Furseo, que con la habilidad del experto ya había descorchado la botella, se lo dejó llenar hasta los bordes y poniéndose en pie trató de comenzar un discurso irónicamente altisonante:

-No son estos momentos, señores y amigos míos...

-Al grano, al grano -le interrumpieron.

-Vosotros lo queredes, dijo Agrajes -continuó Llen-, sea... -hizo una pausa, levantó su vaso y ante el silencio de los demás agregó-: El perillán que te mandó prender teniendo en el fondo sentimientos liberales, ha sido destituido del mando del expedicionario por su majestad el rey, que Dios guarde, en un momento de inspiración y ha sido designado como general jefe el Conde de Calderón.

Fernando Miranda dio un estentóreo «¡Bravo!», abrazó a Llen y se bebió seguidas dos copas de la famosa manzanilla. Las preguntas comenzaron a sucederse para -189- saber las circunstancias de la destitución. Llen explicó lo que sabía. Parece que su majestad se había enterado de los escarceos liberales del señor Conde de La Bisbal y había decidido separarlo del mando.

* * *

El lunes 7 de noviembre de aquel año de continua intranquilidad política sorprendió a los oficiales del batallón de Asturias alrededor de la mesa de tresillo, como los demás que habían transcurrido desde que supieron la noticia de la destitución del general O'Donnell. En lugar del capitán Rabadán de la quinta compañía, les acompañaba el de la cuarta, Vicente Causá. Rabadán estaba de cuartel y les había prometido que de saber quién iba a ser nombrado comandante del batallón, les informaría. Acababa precisamente Olay Valdés de dar un escandaloso codillo a Miguel Pérez que había alborotado el cotarro, cuando la voz de Furseo el ordenanza anunció la llegada del teniente Pedro Delicado, de la segunda

compañía. Saludó a todos y respondiendo a la pregunta de su capitán Vicente Llen de si le enviaba el capitán Rabadán, contestó afirmativamente.

-Entonces -le preguntó Fernando Miranda-, ¿ya se sabe quién viene?

-El teniente coronel don Rafael del Riego. El capitán Rabadán me ha dicho que llegará mañana por la mañana.

-¿Rafael del Riego? ¿No se llamaba así el que estuvo en la Guardia Real? -interrogó el capitán Olay.

-¿En la Guardia Real? No me gusta la presentación -cortó Causá.

El capitán ayudante Miranda sonreía entretanto.

-¿Lo conoce usted, Miranda?

-Sí, sí lo conozco, y por fortuna no es lo que ustedes suponen. Es un buen patriota y sincero liberal. Puede que también este mando sea de castigo. Yo lo conocí en Galicia. Es cierto que sirvió en la Guardia Real, pero eso nos podía haber sucedido también a nosotros; una - 190- desgracia le ocurre a cualquiera. Es, además, muy buen amigo de Quiroga, y ésa es una buena garantía... aparte de otras.

-Ya, ya me figuro -dijo el capitán Llen con gesto de haber entendido la alusión a la masonería.

-Lo poco que yo sé del teniente coronel Riego lo sabrán ustedes dentro de unos minutos, si son capaces de escuchar unos instantes sin interrumpir -dijo Miranda con una sonrisa condescendiente.

-Sentémonos, señores, y escuchemos a esta gaceta viviente -apuntó Llen, con cierta sana envidilla de no ser él quien pudiera ofrecer la información.

-Si no recuerdo mal, nuestro futuro, casi presente, jefe es de Oviedo, de una familia no mal acomodada. Su padre era administrador de Correos en aquella ciudad y miembro de esas Sociedades Económicas de Amigos del País; fue amigo de don Melchor Gaspar de Jovellanos y progresista empedernido. Don Rafael hizo la Guerra de la Independencia como capitán y por encargo de no recuerdo quién contribuyó a organizar varias partidas que dieron buen quehacer al francés; se batió bravamente en Balmaseda, en San Pedro de Güeñes y en Espinosa de los Monteros. Poco después cayó prisionero de los franceses y no hacía mucho que había vuelto cuando yo lo conocí en Galicia. Tiene, por lo menos a mí así me lo pareció el poco tiempo que lo frecuenté, gran simpatía personal y sabe captarse a las gentes. Es hombre joven, no creo que tenga treinta y tres años, es de buena presencia, afable y enérgico. En resumen, no podían mandarnos mejor jefe que él en estos momentos. Me parece, amigos, que si Furseo se ha dado cuenta y así lo espero si no quiere volver pronto a una compañía, debe tener preparadas unas copas para brindar por el teniente coronel don Rafael del Riego, nuestro nuevo jefe.

-Así se habla, Miranda. Breve pero elocuente ha estado usted, y yo me sumo a lo de las copas y a levantarla por el nuevo jefe -rubricó Miguel Pérez.

Furseo, en efecto, estaba ya escanciando los vasos, cuando el teniente Delicado pidió permiso para retirarse.

-191-

-¿Cómo? Pero ¿es que no está usted dispuesto a beber con nosotros por un buen jefe? -indicó Miranda.

-Con todo gusto, mi capitán, pero no hubiera querido parecer intruso entre ustedes.

-Te olvidaste, Fernando -dijo en broma el capitán Llen-, que no en vano mi teniente se llama, además de Pedro, Delicado, y no es capaz, como lo hubieras sido tú, de convidarse por la tática.

-Mi capitán -replicó el teniente-, ni por la tática, ni por la tacita de plata de Cádiz, que es mi tierra, me quedaría yo, sin la aquiescencia de mis superiores. Pero ya con ella, permítanme ustedes que me felicite doblemente, primero por el teniente coronel don Rafael del Riego y después por el tute de capitanes liberales que nos ha tocado en suerte.

-¿Tute, y somos cinco? ¿A quién se excluye, mi teniente?

-¿Yo? A nadie; es su diploma de teniente coronel graduado el que me impidió considerarlo como capitán, mi teniente coronel.

-Gracias, teniente Delicado. Si de mí dependiese, con ese cumplido se había usted ganado un ascenso.

-Si usted me lo permite, se lo recordaré en momento oportuno, que ojalá no sea muy tarde.

-¡Caray con el joven teniente! Sin ofenderle quisiera hacerle una pregunta. ¿Cuál es su segundo apellido? ¿No será por acaso Aprovechado?

-Vamos a dejar esas pláticas de familia, amigos, y yo creo que después del codillo que me acababa de dar el capitán Olay cuando ha llegado el teniente con el recado de Rabadán, lo mejor será dejar las puestas para otro día y acercarnos al cuartel para preparar la revista de mañana.

Sin esperar respuesta, el capitán Pérez, de la primera compañía, se levantó, recogió su sable que prendió al tirante del cinturón, se abrochó los botones altos de la guerrera y con su ejemplo comenzaron a arreglarse los demás, para salir poco después hacia el cuartel.

* * *

-192-

Las cinco compañías del batallón de Asturias estaban irreprochablemente formadas de a dos en fondo en la explanada de las eras inmediatas a la villa. Serían las once de la mañana del 8 de noviembre. La mañana había amanecido fresca, pero el sol persistente había logrado caldear el día. El capitán ayudante recorría a caballo las filas para cerciorarse del buen aspecto y marcialidad de la tropa, antes de que llegase el nuevo jefe del batallón. En lo alto del campanario había apostado un vigía para que advirtiera la llegada por la carretera de Cádiz. Un punto de toque de clarín le hizo saber que el teniente coronel Riego estaba a la vista. Terminó rápidamente su inspección. Entregó el mando al capitán Causá, como el más antiguo en el empleo y salió al galope a recibir al jefe.

* * *

Por la carretera avanzaba al paso de un hermoso caballo blanco el nuevo jefe interino del batallón de Asturias, teniente coronel don Rafael del Riego. Junto a él, jinete en un tordillo de finos cabos y nervioso andar, iba su oficial de órdenes, el teniente Miguel Gómez. Adelantándose unas veces y metiéndose otras entre las patas de los caballos con la ligereza que le daba el hábito de la vida militar, un perro de aguas, de blanca lana y caprichosas borlas recortadas en las manos y en la cola, andaba y desandaba el camino.

Ya cerca del pueblo divisaron a un oficial que se dirigía hacia ellos al galope.

-Debe de ser el capitán Miranda -dijo Gómez.

-Salgamos al encuentro- contestó el teniente coronel.

Pusieron sus caballos al trote. El oficial de órdenes se situó algo retrasado para dar escolta a su jefe, y el perro, dando alegres ladridos, corría entre los dos jinetes.

Al llegar a la altura de una venta y como a doscientos metros del capitán Miranda, que era, en efecto, quien iba a su encuentro, se detuvieron. Éste avanzó hasta -193- el teniente coronel, frenó en seco su cabalgadura y saludó con el sable marcialmente.

-Bienvenido al batallón de Asturias, mi teniente coronel. -Añadió-: Capitán ayudante Fernando Miranda, graduado de teniente coronel.

-Gracias por esa bienvenida y por la presentación, que en este caso era innecesaria. Tengo buena memoria y no se me ha olvidado que nos conocimos hace unos años en Galicia.

Y alargando la mano para estrechar la de Miranda, continuó:

-¿Tanto he cambiado en este tiempo, que ya no reconoce usted a un viejo amigo?

-Yo sí recordaba, mi teniente coronel, pero nada de extraño era que usted hubiese olvidado a un oficial a quien conoció durante unos días y hace varios años.

-¿Qué tal por aquí? -preguntó Riego-. ¡Ah!, perdón, Miranda, le presento a mi oficial de órdenes: el teniente Miguel Gómez. Espero que hagan buenas migas.

Se estrecharon las manos los recién presentados y emprendieron la marcha hacia las eras, donde esperaba formado el batallón.

Delante iba Riego y a su izquierda Miranda, detrás seguía Gómez. El perrito del teniente coronel Riego se entretenía en mordisquear la larga cola del caballo del capitán Miranda como para trabar conocimiento con la nueva montura.

El capitán Causá, al ver llegar al jefe, dio la voz:

-¡Baaa... tallón, firmes!

Se oyó el golpe seco del movimiento uniforme de quinientos hombres al reunir los pies y llevar los fusiles al costado, y Causá se adelantó andando hasta cuatro metros de los que llegaban, hizo el saludo de ordenanza con su espada, y tras las frases rituales, comenzó la revista de las cinco compañías formadas.

Al terminar de examinar la tropa, cerca de la quinta compañía que mandaba José Rabadán, el teniente coronel Riego se alzó sobre los estribos y con voz firme y clara que llegaba perfectamente a todos hubo de decir:

-194-

-¡Soldados! Sois jóvenes y os veo con disposición para el manejo de las armas: aplicaos al ejercicio de ellas, tened amor y confianza en vuestros oficiales y os conduciremos a la inmortalidad.

La mayoría de los muchachos a quienes iba dirigida la equívoca arenga no se percataron de su significación. No así los oficiales, que se miraron sorprendidos unos a otros. Tras una breve pausa y del reconocimiento del jefe del batallón, Riego asumió el mando poniéndolo en práctica con la grata orden para los reclutas de «rompan filas».

Desmontaron el jefe, el capitán ayudante y el oficial de órdenes, y en compañía de los demás marcharon al alojamiento destinado a Riego.

La franca mirada del nuevo jefe, su voz bien timbrada y su agradable aspecto habían impresionado favorablemente a la oficialidad. Tenía entonces Riego treinta y un años. Las facciones enérgicas; la frente amplia: llevaba el pelo claro rizado bien peinado, con raya partida al lado izquierdo y patillas finas que le llegaban hasta media oreja; los ojos de azul acerado se perdían en la lejanía y expresaban tan pronto la exaltación más vehemente como serena comprensión. Mientras andaba rodeado de sus oficiales los observaba con atención y estudiaba el tono y las palabras de cada uno de ellos.

El teniente Gómez iba contando a sus compañeros los estragos de la peste en Cádiz y se regocijaba por haber salido al fin de la ciudad. El teniente José Heres de la segunda compañía, en cambio, afirmaba que con peste y todo estaba dispuesto a hacer la caminata a Cádiz, antes que seguir unos meses más de guarnición en Las Cabezas de San Juan. Su novia, una bella muchacha gaditana, hija única de don Toribio Manera, rico comerciante en

vinos generosos y hermano durmiente del Taller Sublime, se moría de tedio sin verlo, y el cordón sanitario de la plaza hacía tiempo lo tenía alejado de su amor.

* * *

-195-

En el cuarto de la fonda que ya conocemos, charlaban Fernando Miranda, el capitán Rabadán y el teniente Miguel Gómez. El tema de las pláticas era, naturalmente, el nuevo teniente coronel. Gómez calmaba la legítima curiosidad de sus superiores.

Desde la llegada de don Rafael del Riego resultaba casi imposible que se congregasen alrededor de la mesa camilla más de tres contertulios. Hacía quince días que el nuevo jefe tomara el mando y mañana y tarde se efectuaban ejercicios de instrucción, marchas, contramarchas y simulacros de operaciones con despliegues, asaltos de reductos, etc. La actividad dejaba escaso tiempo al tedio del que tanto se plañían antes los oficiales.

Miranda, tras varias conferencias con Riego, había reorganizado la logia del batallón, aunque ahora se prescindía de los ritos para llegar más pronto a los acuerdos. En la última reunión, durante la noche anterior, en la misma habitación en que se encontraban los tres militares, se dio cuenta de los progresos del movimiento constitucionalista, a pesar de la trastada del general O'Donnell. Ciertamente éste no denunció las ramificaciones civiles de Cádiz, ni las de Jerez de la Frontera, y que las detenciones y castigos fueron, por primera vez -Miranda era la prueba-, bastante leves. Los principales comprometidos huyeron a Gibraltar, pero el joven diplomático masón Álvaro Alcalá Galiano, que destinado al Brasil se quedó en el puerto de Cádiz para conspirar y derrocar al Gobierno absoluto, no había huido, y se las compuso para reanudar los hilos de la abortada conjura.

En realidad eran tres los personajes centrales del movimiento: el citado Alcalá Galiano, fogoso orador en las logias y clubs; el abogado gaditano don Domingo Antonio de la Vega, de alguna edad y no demasiada energía, y el abastecedor del ejército expedicionario don Juan Álvarez Mendizábal, socio y principal agente de la casa Beltrán de Lis.

Los informes que Rafael del Riego comunicara a unos compañeros y oficiales no podían ser más optimistas. -196- Se tenía la impresión de que el mando de la sublevación, cuando estuviera ésta madura, lo asumiría don Juan O'Donojú, cuya lealtad quedó probada al sufrir tortura sin denunciar a los demás implicados en la fracasada intentona de Richard. O'Donojú, que fue ministro de la Guerra en el primer período constitucional y que residía en Cádiz, tenía prestigio y autoridad en el Ejército, y su posible mando hizo excelente impresión en la oficialidad del batallón de Asturias.

Pero volviendo a nuestra escena, oigamos las palabras del teniente Gómez sobre el nuevo jefe:

-... se encontraba prestando servicio hacía poco en los Guardias de Corps, cuando al comenzar la guerra, en 1808, la Junta de Asturias le nombró capitán, y don Rafael solicitó y obtuvo servir a las órdenes del general don Vicente María de Acebedo.

-Sí -interrumpió el capitán Rabadán dirigiéndose a Miranda-, tú nos contaste que intervino en las acciones de Balmaseda, San Pedro de Güeñes y en la de Espinosa.

-Lo que no sé si sabrán ustedes es lo que le sucedió en la de Espinosa.

-¿A don Rafael?

-Sí. Blake se encontraba con que entre las fuerzas del mariscal Víctor y las de Lefebvre se iban a reunir cincuenta mil hombres y decidió retirarse a Espinosa de los Monteros después de unas acciones locales de retaguardia en Balmaseda. Así eludió las fuerzas de Lefebvre e hizo frente a las de Víctor que todavía le eran superiores en cuatro mil soldados. El 10 de noviembre los nuestros hicieron prodigios de valor, principalmente los de Dinamarca y la división asturiana de Quirós, en la que mandaba una brigada Acebedo.

»Al caer la noche se interrumpió la acción, y Blake, en lugar de retirarse, decidió continuar la lucha al día siguiente, a pesar de la falta de alojamientos y de hospitales para los heridos.

»Nuestra ala izquierda la cubrían los asturianos desde una posición elevada que dominaba bien el terreno. -197- Víctor envió contra ellos la brigada De Maison, pero ante la resistencia que encontró mandó apostar tiradores especiales para eliminar a los jefes que se multiplicaban animando a los muchachos. El primero en caer fue el general Quirós, que en un caballo blanco recorría las filas. Poco después eran gravemente heridos los brigadieres Acebedo y Valdés. Al quedar sin jefes los muchachos, con escaso fogueo todavía, comenzaron a flaquear y a ceder terreno. Blake trató de enmendar la situación y envió al general Mendizábal. Cuando llegó, ya los restos de la brigada de Acebedo se retiraban hacia el valle del Pas.

»En la retirada, un destacamento de artillería con el que iba el convoy de heridos fue sorprendido por el regimiento de cazadores franceses que mandaba el coronel Tascher. La artillería logró escapar, creyendo al dejar el convoy que los heridos serían respetados por el enemigo; pero furiosos los franceses al perder una presa que creyeron segura, comenzaron a rematar a los heridos. El general Acebedo casi moribundo iba en el fondo de un carro regimental. Lo acompañaba su ayudante el capitán Riego. Al darse cuenta Acebedo de lo que sucedía, le ordenó a Riego que se salvara y lo dejase. Éste se negó, y cuando vio aparecer a los cazadores franceses ciegos de ira, tiró de sable defendiendo a su general. En la lucha quedó desarmado y todavía entonces trató de cubrirle con su cuerpo y de convencer a los atacantes de lo estúpido e inhumano del crimen que iban a cometer. La gallardía de su conducta llamó la atención de varios oficiales de Tascher, quienes le salvaron la vida cuando después de acabar con el general querían lanzarse contra él los cazadores.

En Francia, mientras estuvo prisionero, aprovechó bien el tiempo y habla con soltura el francés, el italiano y el inglés. De vuelta en España al término de la guerra, esos conocimientos le sirvieron para ingresar en el estado mayor. Por eso estaba en la plana de O'Donnell desde el año pasado. Yo le he tratado allí bastante y tengo la impresión de que es hombre afable, ilustrado, -198- modesto y valiente. En julio procuró avisar a los compañeros del Conde de La Bisbal, pero, por desgracia, su advertencia no llegó a tiempo.

-Si es tal como lo pintáis, teniente, el batallón de Asturias está de enhorabuena -concluyó Rabadán.

-Yo os lo había dicho -sentenció Miranda.

* * *

El jueves 8 de diciembre, festividad de la Purísima Concepción, patrona del arma de Infantería, poco después de haber asistido el batallón de Asturias en pleno a una misa de campaña en honor de la Patrona, y hallándose en banderas tomando un tentempié todos los oficiales y Riego, avisaron a éste que acababa de llegar y deseaba verle urgentemente el abastecedor del ejército expedicionario.

Don Rafael dejó a los reunidos y subió a su despacho. En él estaba esperándole un caballero de elevada estatura, corpulento, con la cabeza muy poblada de pelo crespo mal peinado e indómito, mirada abierta y franca, patillas que descendían hasta más abajo de la altura de la boca ocultándole las orejas, nariz prominente pero recta, boca con labios algo abultados y expresión osada y simpática. Era hombre joven. No pasaría, por su aspecto, de los treinta años. Vestía un macferlán mal cortado, color café, con las puntas de la esclavina vueltas por encima de los hombros, pantalón gris claro ceñido, botas altas de montar y espuelas. Jugeteaba con la fusta haciendo dibujos imaginarios en el suelo cuando entró Riego. Se levantó con presteza -más de la que pudiera suponerse en persona de su corpulencia-, dirigióse al encuentro del teniente coronel y estrechando su mano en vigoroso apretón, se presentó a sí mismo:

-Juan Álvarez Mendizábal, abastecedor del expedicionario.

-Mucho honor en conocerle; le esperaba ayer y estoy a su disposición.

-199-

Mendizábal sonrió, se acercó a la puerta, la cerró cuidadosamente después de cerciorarse de que no había nadie en las proximidades y dejó caer su humanidad en un sillón de terciopelo rojo cuyos resortes gimieron bajo el peso del señor abastecedor.

-Le escucho, señor Mendizábal.

-No sé si sabrá usted, mi teniente coronel, que O'Donojú no ha aceptado la jefatura de nuestro movimiento.

-Me dijeron que ése era ya asunto resuelto.

-Sí, así parecía, pero a última hora don Juan comenzó a poner obstáculos y hubo que desistir. La verdad, después de lo de julio no se puede confiar el mando a quien no muestre verdadero entusiasmo.

-¿Cree usted que don Juan...?

-No, no es que lo crea capaz de lo que hizo La Bisbal, eso es cierto; mas mi consejo ha sido que cualquier general es bueno para estos casos en los que se les da todo hecho. Es más, yo les propuse a Alcalá Galiano y a don Domingo Antonio hacer yo mismo de general, si era preciso para animar a los menos decididos. Con que en el momento oportuno se vieran unos entorchados bastaba para que siguieran. No me imagino qué tal me sentaría el uniforme, pero me divertía pensar en el disfraz.

Mendizábal hablaba en un tono de confianza que se captaba rápidamente al interlocutor. Riego no pudo contener la risa.

-También usted se ríe -continuó-; veo que nadie me toma en serio como posible príncipe de la milicia... y acaso tengan razón. Por eso acepté el plan de Alcalá Galiano.

-¿Qué era...?

-Ponerse al habla con Quiroga y ofrecerle el mando con el ascenso. Quiroga es entusiasta y, además, a nadie le amarga un dulce. Ya se han entrevistado (ése ha sido el motivo de mi retraso). Ayer he tenido noticias de cómo se ha desarrollado todo en Alcalá de los Gazules. No ha habido dificultades ni tropiezos. Cierto que Quiroga, en vez de un detenido, parece el dueño del lugar. -200- Hablaron largamente en la celda, no porque en ella estuviera Quiroga preso. Se encontraron en el salón de billar del pueblo, pero fueron allá para poder platicar sin testigos. La propuesta de don Álvaro fue aceptada, como esperábamos, por el interesado. Luego se trasladaron a la cueva del cerro y Alcalá Galiano arengó a los oficiales. Ya conoce usted su estilo brillante. Se entusiasmaron todos y nuestro amigo se dirigió a Villamartín, donde en una reunión, tras algunas vacilaciones de los eternos tímidos, se impuso la opinión de Alcalá Galiano y quedó aceptado como jefe el coronel Quiroga. Como creí que valía la pena darle la información completa, esperé hasta tenerla. Y ahora quisiera saber cuál es su opinión sobre lo que acabo de decirle.

-La que usted espera, supone y desea. No puede ya detenerse esto por mucho tiempo. Además no es cuestión de personas, ni, a mi entender, de jerarquías. A mí me parece excelente la jefatura de Quiroga, a quien conozco y estimo -agregó volviendo a reír-, como me hubiera parecido admirable el general don Juan Álvarez Mendizábal.

-¡Ja ja ja! Gracias por su intención, mi teniente coronel. Creo, sin embargo, que así todos salimos ganando.

-¿Hay algún plan concreto?

-Hemos convenido tenerlo todo dispuesto para el 11 de enero. Es necesario actuar con rapidez, porque se están activando los preparativos del embarque del expedicionario y cualquier día podemos quedar sorprendidos por la noticia de que se da la orden de salida. Vaya, pues, preparando a su gente, don Rafael.

-No he hecho otra cosa desde que llegué, hoy justamente se cumple el mes; y mentiría si no dijera que estoy satisfecho. Hay alguno un poco tibio todavía, pero la actitud de sus

compañeros será el mejor estímulo. Por lo que se refiere al 26 de línea, pueden contar con él.

-Gracias. Estaba seguro de ello por los informes que de usted teníamos. Y ahora, mi teniente coronel, estimo convendría me indicase alguna de las necesidades de su avituallamiento. Ser abastecedor tiene la ventaja de que -201- mis viajes no despiertan sospechas ni recelos, pero me conviene y nos conviene justificarlos.

Se puso en pie y siguió diciendo:

-Si no le aviso en contra, dentro de tres semanas, el jueves 29, volveré para puntualizar los detalles de ejecución y dejarle las instrucciones definitivas.

Riego se levantó, buscó en una de las gavetas de la mesa, sacó unos papeles, firmó unas hojas impresas haciendo algunos pedidos de raciones de marcha y después de entregárselas a su visitante, lo acompañó hasta la puerta de la calle con la cortesía y la ceremonia de sus aparentes relaciones oficiales.

Un ordenanza que lo guardaba, entregó el caballo a Mendizábal, que montó con agilidad.

-¡Buen viaje, mi señor don Juan!

-¡Hasta pronto, mi teniente coronel!

Mientras don Juan Álvarez Mendizábal se iba distanciando del cuartel hacia la salida del pueblo, el teniente coronel Riego volvía al cuarto de banderas con los ojos radiantes. La impresión que le causara don Juan no podía ser mejor. Ésa era la gente que se necesitaba. Dispuesta a todo cuanto fuera preciso. Acababa de nacer una amistad. Les unía el espíritu de aventura y el mismo amor a la Libertad.

-Señores, no sé por qué, pero sospecho que la patrona de la Infantería es favorable a la Constitución y a la Libertad.

Los oficiales pensaron por un momento que Riego se había vuelto loco.

* * *

El martes 27 amaneció encapotado el cielo; a las diez un fuerte aguacero decidió a Riego a suspender la instrucción de los reclutas. Apenas regresado el batallón al cuartel, el capitán Fernando Miranda entraba preguntando por el jefe. Subió al despacho, permaneció con él unos instantes y con la misma rapidez con que había entrado se dirigió a su casa. No habían transcurrido diez minutos cuando el teniente coronel salía siguiendo -202- el mismo trayecto que Miranda, y poco después se encontraba sentado alrededor de la camilla en compañía de Miranda, de Álvarez Mendizábal y de un cuarto personaje, que ofrecía fuerte contraste con Mendizábal. Todo lo que el aspecto de éste era descuidado tenía de pulcro el de su compañero. Traje impecable del mejor corte inglés, peinado a la moda más reciente de Londres. Rostro perfectamente rasurado y exhalando un leve perfume de agua de

lavanda, el caballero que había llegado en compañía de don Juan Álvarez Mendizábal no podía ser por su exterior más que un diplomático o un lechuguino. En realidad, don Álvaro Alcalá Galiano reunía ambas condiciones, sin que ello le impidiera actuar de tribuno en las logias y multiplicarse en sus actividades de conspirador constitucionalista.

Habían llegado a casa del capitán Fernando Miranda en el momento más recio de la turbonada. Entregaron los caballos a Furseo, que filosóficamente contemplaba la caída del agua sentado en el portón de la fonda, y después de acomodar éste a los animales en la cuadra, condujo a los jinetes a presencia de su capitán.

Se hicieron las presentaciones al comparecer el teniente coronel Riego, y en tanto Mendizábal templaba sus manos al calor del brasero que ardía dentro de las faldas de la acogedora camilla, Alcalá Galiano llevaba la voz cantante de la reunión.

-Mi teniente coronel, los dirigentes del movimiento en Cádiz hemos llegado a la conclusión de que para mejor éxito se hace preciso adelantar los acontecimientos, si queremos evitar que se nos anticipe la orden de embarque del expedicionario. Todo está organizado y en realidad la fecha es un accidente que puede variar sin complicaciones si los jefes militares tienen preparado el dispositivo.

-Mi labor está hecha, señores, y, por consiguiente, en cuanto se refiere a este batallón, no creo que haya obstáculo alguno para cambiar el día. El problema puede presentarse con respecto a otras unidades cercanas a las que no ha habido demasiado tiempo para trabajar.
-203- Pero eso puede sondearse rápidamente. Sobre todo, lo esencial es que las principales fuerzas comprometidas actúen a tiempo.

-Eso está resuelto, don Rafael -continuó el joven diplomático-. Quiroga está en disposición apenas se le advierta. Él debe salir de Alcalá de los Gazules al frente del batallón España y dirigirse a Medina-Sidonia, donde se reunirá el de la Corona, para ir juntos sobre el puente de Suazo, a la entrada de la isla. El coronel López Baños, con la artillería, el batallón Canarias y otras fuerzas de las inmediaciones de su guarnición, marchará hacia la costa donde se concentrarán todas las fuerzas del expedicionario. Si usted cree que los que quedan bajo su mando pueden secundarlo, lo mejor sería no dejar pasar el día primero del año.

-Si a ustedes les parece -exclamó Riego-, se podía llamar al comandante del batallón de Sevilla, para ver qué opina.

-¿Me llevo a buscarle, mi teniente coronel? -preguntó Miranda.

-Sí, y tráigaselo. Puede usted almorzar con él en Villamartín y a las cuatro les esperamos aquí mismo.

Salió Miranda a cumplir el encargo, después de ordenar a Furseo que no dejase entrar a nadie en la habitación más que con orden escrita del teniente coronel Riego; se despidió éste de sus amigos, para atender al batallón, y, concertados para las cuatro de la tarde, quedaron solos en el cuarto de la fonda los dos jóvenes dirigentes del golpe.

-¿Qué impresión le ha producido este jefe, ilustre diplomático?

-Excelente, mi querido don Juan. No exageraba usted en los informes que nos dio. Me parece hombre arrojado y al mismo tiempo prudente. A creer a Miranda, su gente lo adora no obstante el poco tiempo que manda al batallón. Entre los compañeros ya había yo comprobado que se le respeta. Ha de ser un buen segundo de Quiroga.

-Si usted no se me ofende, le diré que a mí me gusta bastante más que el general creado por usted. No es -204- tan ambicioso, y en cambio siente más profundamente la necesidad de acabar con el servilismo. Claro que mis alcances de comerciante no son comparables a los maquiavelismos de quien maneja los secretos de Estado y la taumaturgia política como vos -dijo Mendizábal sonriente.

Charlaron, comieron, volvieron a charlar conservando siempre Alcalá Galiano un tono dogmático y su interlocutor el matiz ligeramente zumbón que casi nunca abandonaba. A las cuatro regresó Riego. Al poco tiempo se presentaron Miranda y el comandante del batallón de Sevilla.

Riego le saludó cariñosamente. Preguntó a Miranda si le había informado de algo por el camino, y ante la contestación negativa de su subordinado, rogó al comandante del batallón de Sevilla que se sentase para darle cuenta de los planes preparados y recabar su colaboración el día primero.

Habló Alcalá Galiano sobre la necesidad de actuar rápidamente y del gran respaldo que el movimiento tenía en importantes sectores políticos, militares y civiles que «todavía no era hora de dar a conocer, por los altos puestos que algunos de ellos desempeñaban»; a continuación Mendizábal, con palabra llana, se esforzó por convencer al comandante de que quienes como él habían dado una vez la libertad a España, estaban en la obligación de ayudar a recuperarla. Por último, Riego, elocuente y persuasivo, expuso cuál debía ser la intervención del batallón de Sevilla en las operaciones planeadas. Resaltó la importancia que para el triunfo significaba la actuación decidida y puntual de aquel batallón y de la gloria que su comandante alcanzaría.

El comandante escuchaba con aparente atención. No interrumpió una sola vez; no pidió una sola aclaración. No perdía una palabra ni un gesto de quien estaba hablando. Mendizábal lo observaba curiosamente. No acababa de entender el prolongado silencio del comandante. Cuando Riego hubo terminado, se dirigió a su compañero preguntándole:

-205-

-¿Está usted conforme y dispuesto, mi comandante?

El interrogado pareció despertar de un sueño, tosió, se atusó las guías del bigote y en medio de la expectación de los cuatro que le escuchaban, respondió:

-Totalmente de acuerdo, mi teniente coronel... siempre que para actuar me dé usted una orden firmada por el general en jefe señor Conde de Calderón.

Miranda, creyendo que se trataba de una broma, no pudo contener una carcajada, pero Riego y Mendizábal se dieron cuenta de que habían dado un paso en falso, y el primero, con cierta indignación y poniéndose en pie para dar más fuerza a sus palabras, increpó duramente al extraordinario comandante.

-Mi comandante, no entiendo su respuesta, tan fuera de lugar, que ya ve usted el efecto en un hombre entusiasta y sincero como el capitán Miranda. Me habían asegurado que su batallón estaba preparado y que usted era persona con quien se podía contar. A estas alturas o se está con nosotros o con la camarilla fernandina, y no me es posible creer que quien conozca la situación del expedicionario y las perspectivas inmediatas de salida, no se preste a cooperar en nuestra patriótica tarea. Espero, por tanto, que no haya sido la respuesta que acabamos de oír su última palabra.

-Pero ¿y si no sale bien el movimiento? ¿Con qué me cubro entonces?

-¿Y con qué me cubro yo atacando al cuartel general? -replicó Riego próximo a estallar ante la pazguatería del jefe del batallón de Sevilla.

-Cuando usted está decidido, sus razones tendrá; yo tengo las mías para no actuar sin orden del general jefe, -dijo, y se puso de pie solemnemente.

-Cuidado, comandante -terció Alcalá Galiano-, nosotros respetamos, aun sin compartirlo, su modo de proceder. No dé usted, si no quiere, el paso adelante; pero conociendo los planes, un paso atrás tiene su calificación y sus consecuencias. No lo olvide.

El comandante de Sevilla, sin añadir palabra, hizo una ligera inclinación de cabeza, a manera de saludo, y -206- se retiró sin que nadie hiciera nada, ni por retenerle, ni por acompañarle.

-Pero ¡este hombre es un perfecto imbécil! -exclamó Mendizábal.

-Es usted muy benévolo, don Juan. Más que imbécil, lo considero un miserable -sentenció Riego-. Miranda -agregó-, procure usted ponerse al habla con el segundo jefe del Sevilla, Osorio, que vigile a este traidorzuelo y que, llegado el momento, se haga cargo del mando, después de poner a buen recaudo al comandante. Este incidente, señores -continuó dirigiéndose a Mendizábal y a Alcalá Galiano-, es el argumento máximo para el adelanto de la fecha. Se hace preciso actuar con toda rapidez y sigilo. Como delante de él se ha hablado del 1 de enero y él se ha negado a secundarnos, es casi seguro que crea que habrá cambio de fecha. Mi opinión es, en consecuencia, que persistamos en el plan por ustedes propuesto. ¿No les parece?

-Conforme -contestaron a una los dos conspiradores civiles.

Estrecharon la mano de Riego, que salió hacia el cuartel, se enfundaron en sus redingotes, calzaron los guantes, y en compañía de Fernando Miranda, quien fue con ellos a caballo hasta la salida del pueblo, regresando luego don Juan Álvarez Mendizábal y don Álvaro

Alcalá Galiano, acción y verbo de la conjura, comentaban carretera adelante la entereza y la actividad de Rafael del Riego.

* * *

Y así nació el domingo 1 de enero de 1820 en el pueblecillo sevillano de Las Cabezas de San Juan. Riego había pasado la noche en vela ultimando los detalles de su actuación en compañía de varios de sus oficiales. Lo importante era la coordinación de movimientos. Si los demás cumplían como él estaba dispuesto a cumplir, el servilismo iba a encontrar rápido fin. A las ocho de la mañana se retiró a su cuarto para vestirse de manera apropiada a la solemnidad del instante histórico del -207- que iba a ser principal protagonista. Pero dejamos a la pluma ingenua de uno de los testigos de los hechos la narración de lo sucedido.

He aquí el texto de la carta dirigida en 1827, desde su destierro de Somers Town, en Inglaterra, por el capitán don José Rabadán al hermano de don Rafael del Riego.

«Vámosle venir hacia la plaza, con un paso marcial y mesurado, conversando con Miranda; y eran las nueve en punto cuando se presentó delante del batallón. Traía puesta una levita gris; un sable corto de vaina de acero pendía de un cinturón, y tirantes blancos acharolados; y el bastón de caña asido de la diestra mano. Los soldados que le aguardaban impacientes al verle llegar no podían contenerse de gozo en la formación, y le miraban de hito en hito, procurando descubrir lo que decían sus ojos. Todos les teníamos fijos en él y hasta procurábamos no resollar para no perder la menor palabra que saliese de sus labios. El caudillo nos miró a todos y a todos nos saludó: colgó después su caña de un botón de la levita; desenvainó el sable, e hizo con él seña al tambor de órdenes para que tocase llamada de oficiales, y todos volamos a nuestros respectivos puestos desnudando las espadas. En seguida hizo salir al piquete en busca de la bandera. Llegó esta sagrada insignia, y después de recibida con los honores de ordenanza, mandó descansar sobre las armas.

»Su vista penetrante y expresiva ya comenzaba a hablarnos y su voz acabó por decir lo que su gesto indicaba en el siguiente discurso que dirigió a la tropa: “Soldados, mi amor hacia vosotros es grande. Por lo mismo, yo no podía consentir, como jefe vuestro, que se os alejase de vuestra patria en unos buques podridos para llevaros a hacer una guerra injusta al Nuevo Mundo; ni que se os compeliere a abandonar a vuestros padres y hermanos, dejándolos sumidos en la miseria y opresión. Vosotros debéis a aquéllos la vida, y por tanto es de vuestra obligación y agradecimiento el prolongársela, sosteniéndolos en la ancianidad; y aun también, si fuese necesario, el sacrificar las vuestras para romperles las - 208- cadenas que les tienen oprimidos desde el año 14. Un rey absoluto a su antojo y albedrío les impone contribuciones y gabelas que no pueden soportar, los veja, los oprime y por último colmo de sus desgracias, os arrebató a vosotros, sus caros hijos, para sacrificarlos a su orgullo y ambición. Sí, a vosotros os arrebatan el paterno seno, para que en lejanos y opuestos climas vayáis a sostener una guerra inútil, que podría fácilmente terminarse con sólo reintegrar en sus derechos a la nación española. La Constitución, ¡sí, sólo la Constitución basta para apaciguar a nuestros hermanos de América!”

»Al concluir estas palabras llenas de fuego y pronunciadas con un entusiasmo que ya no podría expresar, levantó el sable, y vibrando su punta hacia los cielos, prorrumpió en un tono aún más elevado y decidido: “¡Sí, sí, soldados, la Constitución! ¡Viva la Constitución!”

»Este arrojado y generoso grito resonó por entre las filas como el eco entre las montañas, repitiéndose por todas ellas: “¡Viva la Constitución! ¡Viva nuestro comandante y libertador don Rafael del Riego!” Las mejillas del héroe se sonrosaron, y abriendo la proclama que tenía en la otra mano, la leyó en voz alta y sonora; cuya lectura por boca del heroico jefe produjo en el ánimo de la tropa todo lo que en aquel momento pudiera desearse.

»El bando decía: “Don Rafael del Riego, teniente coronel de infantería, comandante del segundo batallón de Asturias y de las armas de esta villa, hago saber a todos sus habitantes, que por convenir imperiosamente al mejor servicio de la nación, ninguna persona de cuantas las componen salgan de ella en todo este día, ni a pie, ni a caballo, bajo la pena de ser pasados por las armas el que la contraviniera, de cualquier estado o condición que fuere; para lo que he mandado establecer un cordón en su circunferencia, cuyo comandante hará ejecutar este castigo, con el que infringiere esta providencia (lo que no espero). A igual pena condeno al que directa e indirectamente se opusiere a las medidas que por superior disposición voy a tomar, y no contribuyere con todos los medios que los alcaldes constitucionales -209- don Antonio Zulueta y Beato y don Diego Zulueta, el menor (que he nombrado con amplias facultades que tengo para constituirlos en el paternal encargo que les confiere la sabia Constitución española, la cual desde este momento vuelve a regir en toda su fuerza y vigor en toda la nación española), les puedan exigir o exijan, para el mejor éxito de la empresa, que de concierto con todo el ejército destinado a Ultramar y la mayor parte de los pueblos de esta provincia y demás de la Península, da principio en esta hora. Persuadido de que todos los dignos y pacíficos habitantes de este pueblo conocerán el origen y objeto de estas operaciones, que no deben ser seguidas sino de los mejores resultados, no temo remotamente verme en la necesidad de usar la fuerza que mando, la cual toda está decidida a sostenerme a todo trance; ni tampoco tener que derramar una sangre inocente, quizá víctima de la más detestable y maliciosa ignorancia, que arrancaría de mi sensible corazón las más amargas lágrimas de dolor y desconsuelo. Para que llegue a noticia de todos y ninguno pueda alegar ignorancia, se publicará solemnemente en la forma acostumbrada y se fijará en los mismos términos. Dado en el primer Cantón Constitucional del Ejército nacional y patriótico, a primero de enero de 1820. Rafael del Riego.”

»Terminada la lectura, el inmortal jefe mandó formar pabellones y dio orden para que se comieran los ranchos. Volvió a recomendar que no faltara jamás un oficial del lado de su compañía. También dijo que como a las tres de la tarde íbamos a formar para dejar el pueblo, y que antes de hacerlo se daría a la tropa una ración de pan, queso, vino y aguardiente.

»A las dos y media de la tarde se presentó en la plaza el ayudante don Baltasar Balcárcel, quien por orden del jefe formó el batallón; y a las tres en punto un ¡Viva! general de entusiasmo anunció la llegada del inmortal Riego... Después de tocar llamada de oficiales pronunció un discurso breve y elocuente que acabó de arrebatarnos haciéndonos prorrumpir en nuevos vivas, que salían -210- de nuestros labios con la mayor sinceridad y

entusiasmo. Luego, mandando formar por mitades en columna a la derecha rompió la marcha con dirección a la ciudad de Arcos. La compañía de cazadores quedó cercando el pueblo, con orden de permanecer así hasta las siete de la noche.

»Luego que dejamos el pueblo nos ordenó silencio, reinando la mayor disciplina entre las tropas. Nuestra marcha exigía toda esta precaución, porque a no más distancia de dos leguas se hallaba acantonada en la villa de Lebrija la segunda división de infantería mandada por el brigadier Michelena.»

Hasta aquí la carta del capitán de la quinta compañía del batallón de Asturias, que mediante la expatriación evitó la pena de muerte en garrote vil a que fuera condenado en 1823. Poco nos queda ya por contar de lo acaecido. Riego con su fuerza avanzó hasta Arcos de la Frontera. Osorio, fiel a su compromiso, había salido de su acantonamiento de Villamartín con el batallón de Sevilla, pero al no encontrarse al de Asturias en las cercanías de Arcos, por un retraso en la marcha de Riego, decidió esperar a que se hiciese de día. No se encontraron, pues, ante la plaza en la que estaba el cuartel general del ejército expedicionario, pero Riego, decidido a seguir adelante, arengó a la tropa y a pesar de saber que tenía enfrente fuerzas mucho más numerosas atacó Arcos por uno de los huecos de sus viejas murallas. La guarnición y el cuartel general fueron de tal manera sorprendidos que el resultado de la jornada fue la captura del general en jefe, señor Conde de Calderón, y de los generales Blanco, Salvador y Fournás. Los gritos de entusiasmo de la gente del batallón de Asturias resonaban por las empinadas callejuelas de la vieja ciudad que preside en lo alto de su roca arenisca la iglesia gótica de Santa María, cuyas campanas se lanzaron al vuelo, estremeciendo las aguas crecidas del Guadalete que casi rodean la estratégica plaza. Riego, a caballo en la plaza, teniendo a sus espaldas los muros de cantería de la iglesia, habló a la guarnición, logrando que se uniera ésta -211- rápidamente a su empresa. El golpe principal estaba dado. La noticia circuló por España. Sin embargo, el resto de las guarniciones no actuaban. Un retraso lamentable de Quiroga complicó la situación en el Sur. Riego siguió su marcha llevando junto a él a don Juan Álvarez Mendizábal. La Constitución se proclamó por ellos en Jerez de la Frontera. De allí, a San Fernando y al Puerto de Santa María, donde se les unieron el brigadier O'Daly, el comandante Arco Agüero, los hermanos San Miguel y otros jefes que habían estado prisioneros desde julio en el castillo de San Sebastián. Pero el soplo no prendía y todo amenazaba con hundirse. La columna de Riego era casi una columna fantasma. Las deserciones comenzaban..., y entonces, poco a poco, el fuego de la sublevación fue prendiendo en Galicia, en Cataluña, en Aragón. La Corte se asustaba. Al llegar marzo, Fernando VII dispuso poner al frente del ejército de Extremadura, para combatir a los rebeldes, a don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal y ex regente de las Cortes generales y extraordinarias de la nación. En aquel momento, no sabemos de dónde, renacieron los ocultos y profundos sentimientos liberales del señor conde. Grave, pomposo y mayestático frente al regimiento imperial Alejandro que en Ocaña mandaba su hermano Leopoldo, el prócer abrió la boca para dejar salir el grito de «¡Viva la Constitución!». Alarmado el monarca, firmó el 10 de marzo el «Manifiesto del rey a la nación española». También el rey felón sentía brotar en su alma los sentimientos constitucionales: «He oído vuestros votos y cual tierno padre he condescendido a lo que mis hijos reputan conducente a su felicidad.» Por la vieja y curtida piel del toro brotaba alegremente el ingenuo decir: «¡Viva la Pepa!». Su majestad, después de haber hecho su solemne declaración -«Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda

constitucional»-, oía el estallido popular en la tonadilla del Trágala. En los ratos de ocio Fernando trenzaba una larga cuerda de esparto con la que contaba años más tarde ahorcar al Liberalismo, en la persona del caudillo que había tenido -212- el valor de oponerse a sus reales deseos y a la camarilla de los serviles.

Las blancas y regordetas manos del rey majo trabajaron bien. El 7 de noviembre de 1823 salía de la Cárcel de Corte de Madrid con hoga y birrete de criminal, tirado en un serón que arrastraba un asno, el que fuera comandante del batallón de Asturias. En la plaza de la Cebada se levantaba una horca, de ella pendía la cuerda amorosamente tejida por Fernando VII. Cuando la fúnebre comitiva llegó, el verdugo pasó por el cuello de don Rafael del Riego el lazo corredizo de esparto, dio el empujón, y mientras el cuerpo bailaba con los espasmos lúgubres del ejecutado, manos serviles aplaudían la justicia que había mandado hacer el rey nuestro señor.

Seis días más tarde las mismas manos tiraban del carro triunfal en el que hacía su entrada, sonriente, y satisfecho de su justicia, acompañado de la reina, el tejedor de la corbata que sirviera de horca a Rafael del Riego.

Se había iniciado la «ominosa década».

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo